


Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia

N° 2008/1 - La violencia en la familia y en la sociedad

Sumario

EDITORIAL

[La violencia en la familia y en la sociedad](#) 
Carles Perez Testor 3

« La violencia en la familia »

FOCUS

[El miedo de la libertad y las violencias familiares](#) 
Alberto Eiquer 8

[La Violencia Transgeneracional Como Parte De La Violencia Familiar Latente. Reminiscencias Corporales Y Patología Somática](#)  *Roberto Losso, Ana Packciarz Losso* 25

[Les violences dans la famille à la lumière des traumatismes vécus par les générations précédentes: catastrophes et secrets](#) 
Serge Tisseron 39

[Niños pedófilos: una violencia bumerán en el seno de la familia](#) 
Anne Loncan 56

[Las raíces generacionales en los jóvenes](#) 
Anna Maria Nicolò 68

[La violencia del decir y el no decir en el campo del psicoanálisis familiar](#)  *Irma Morosini* 78


[Processus identificatoires dans les constellations oedipiennes familiales](#)  *Sonia Thorstensen, Manoel Tosta Berlinck* 88

« La violencia en la sociedad »


INTRODUCCIÓN

[Freud y la violencia](#) 
David Benhaïm 104

FOCUS

[Violencia de estado y violencia revolucionaria en la Argentina. Transmisión transgeneracional del trauma migratorio. Consecuencias en la clínica](#)  *Roberto Losso, Cristina Buceta, Pedro Horvat, Susana Leive de Bonfiglio, Irma Morosini, Ana Packciarz de Losso, Olga Schapiro* 114

[«The bomb that exploded me continues to blow up my family...»](#) 
Hanni Mann-Shalvi 122

[Sociedad sin límites: familias y sujetos en estado límite](#) 
Graciela Consoli, Susana Guerchicoff, Ezequiel Jaroslavsky, Irma Morosini, María Gabriela Ruiz 133

NOTAS DE LECTURA

[Jaitin R. \(2006\). Clinique de l'inceste fraternel. Paris: Dunod](#)
[\(Recensión de Françoise Aubertel\)](#)  141

[Manzano J., Palacio Espasa F., Zilkha N. \(1999\). Les scénarios narcissiques de la parentalité. Paris: Presses Universitaires de France](#)
[\(Recensión de Ludovica Grassi\)](#)  144

Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia

N° 2008/1 - La violencia en la familia y en la sociedad

EDITORIAL

CARLES PÉREZ TESTOR

La violencia en las relaciones familiares es un grave problema que ha dejado de ser un tema de carácter privado para convertirse en un problema de carácter social. La violencia en el ámbito familiar y doméstico ha existido siempre, pero ciertamente ha sido en estos últimos 15 años que ha dejado de ser un tema exclusivamente interno, de la familia, para pasar a ser un problema de toda la sociedad. En el momento en que la violencia familiar aparece en los medios de comunicación, surge la conciencia de que la violencia es un problema social debido a su incidencia en nuestra población y a la gravedad de las secuelas tanto físicas como psicológicas producidas en la víctima.

La violencia familiar sólo puede ser abordable a partir de una concepción multidisciplinar y es que, de hecho, la violencia familiar es un fenómeno que desgraciadamente presenta un carácter repetitivo y crónico. Habitualmente la violencia no aparece como un episodio aislado, accidental, sino que sucede una y otra vez.

Cuando hablamos de violencia familiar podemos describir tres tipologías: la violencia infantil en la cual el padre o la madre pueden maltratar a los hijos, la violencia en la tercera edad, donde las víctimas son los abuelos y la violencia en la pareja, donde el género juega un papel importante. Últimamente aparecen, cada vez más, situaciones de violencia del hijo adolescente hacia los padres o hacia los abuelos.

Pese a que la violencia infantil, en su forma de negligencia, sigue siendo la más frecuente en las familias, las campañas institucionales se centran en la violencia de pareja y más concretamente en la violencia de género.

Las dos tipologías de maltrato familiar que se producen con más frecuencia son el maltrato psicológico y el maltrato físico. El abuso emocional siempre acompaña y en muchos casos precede al maltrato físico. El maltrato psicológico directo y repetido puede afectar severamente la opinión que la víctima tiene de sí misma y de su entorno. Las consecuencias de este tipo de maltrato no se manifiestan necesariamente a corto plazo, sino que muchas de estas conductas tienen severas repercusiones en el desarrollo psicológico posterior. Al contrario de la creencia de que las agresiones físicas comportan más riesgo para la salud psicológica de la víctima, se observa que la coacción psicológica, sin lesiones físicas, puede resultar tanto o más incapacitante y nociva para la mujer. Una de las características principales del maltrato doméstico es que pese a la gravedad y frecuencia del problema, las víctimas permanecen en la relación violenta durante mucho tiempo, más de 10 años por término medio. Por otra parte, en muchos casos, y tras la intervención psicosocial, vuelven a la situación anterior. Es importante identificar los factores que influyen en la decisión de muchas mujeres que optan por continuar en la relación abusiva, pese al riesgo que tienen de sufrir lesiones o, incluso, de morir.

Muchas mujeres siguen viviendo con la pareja pese al sufrimiento, obviando las sugerencias de su entorno. Es típico de las situaciones de abuso ignorar qué está pasando, cerrar los ojos ante la evidencia. ¿Por qué no se separan? ¿Cómo se explica que una mujer pueda soportar durante años maltratos brutales? ¿Por qué no sólo no los rechaza sino que encuentra justificaciones?

Algunas investigaciones nos indican que las variables predictoras del mantenimiento de una relación de maltrato son: 1) carencia de trabajo, 2) duración de la relación, 3) privación económica, 4) estar enamorada del agresor, y 5) no tener donde ir. Cuando mayor sea la duración y la severidad del maltrato doméstico, menor será la probabilidad de romper la relación. La mujer se vuelve cada vez más temerosa y dependiente, y desarrolla sentimientos de culpabilidad, de

baja autoestima y de pasividad ante el problema. A medida que se incrementa el grado de aislamiento social por parte de la mujer maltratada, más probabilidad hay que aumenten las situaciones de maltrato. La violencia doméstica es un hecho complejo que tarda a darse a conocer a la luz pública, por lo cual la actuación puramente preventiva desde el inicio es difícil de realizar. Aun así, es necesario promover intervenciones preventivas y educativas que faciliten la comunicación del abuso sufrido, y eviten, dentro de lo posible, que se sufra nuevamente una situación de este tipo. A nivel asistencial, hace falta que la víctima se sienta escuchada y con apoyo, instaurando una relación de confianza y colaboración, pero también se le ha de ayudar para que descubra como, emocionalmente, ha establecido una ligadura de dependencia psicológica hacia su pareja que hace que le reste libertad para pensar desde ella misma. A nivel general, parece urgente la necesidad de promover programas educativos y psicoterapéuticos que faciliten un cambio de actitudes en la mujer respecto a estas circunstancias y que contribuyan a adoptar estrategias e impedir la aparición de conductas de sumisión y aceptación de la situación de agresión física y o/psicológica. Aprender el manejo del conflicto es una tarea fundamental por mantener una intimidad satisfactoria en la relación adulta. Si el déficit en este manejo es evidente, entender que mecanismos profundos intervienen en el ejercicio de la violencia o en su aceptación nos puede ayudar a erradicarla del mundo de la pareja y la familia.

Todas estas consideraciones han motivado que unos 400 clínicos e investigadores, entre psicólogos, psiquiatras y trabajadores sociales, se hayan reunido en julio de 2008 en Barcelona, en el III Congreso Internacional organizado por la Asociación Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia (AIPPF) y por la "Facultad de Psicología, Ciencias de la Educación y el Deporte Blanquerna", de la Universitat Ramon Llull, con la colaboración de la "Fundación Vidal y Barraquer" y la "Sociedad Española de Psicoanálisis". En las más de 150 comunicaciones que se presentaron se debatió intensamente la temática que daba título al Congreso: "Violencias en las parejas y familias contemporáneas: un desafío para el psicoanálisis familiar".

La violencia en el medio familiar tiene en común la denegación que genera en el medio, incluida la psique de los terapeutas, al punto que se puede considerar como el principal obstáculo al reconocimiento de los profundos efectos desorganizadores a nivel intrapsíquico y en los vínculos. Más que una denegación común constituye una defensa

particularmente propicia a la repetición y a la transmisión transgeneracional.

Eiguer, Losso y Packciarz Losso, Loncan, Tisseron, Nicolò, Morosini, Thorstensen, Tosta Berlinck y todos los autores que han trabajado en la segunda parte de la revista (dedicada a violencia y sociedad), seguían preguntándose: "¿Cómo comprender e intervenir en situaciones de violencia en la pareja y la familia? ¿Cómo tratar su denegación, tomando en consideración los procesos grupales inconcientes de los vínculos familiares en el presente y en su dimensión generacional? ¿Cómo podemos historiar con el grupo familiar ciertas manifestaciones violentas y dar cuenta de la repetición ligada a una perspectiva transgeneracional como fuente de estas situaciones? ¿Qué fantasmas, qué mitos, qué retornos alucinatorios subyacen en los violentos pasajes al acto? ¿En qué devienen los afectos íntimos y compartidos en estas configuraciones clínicas? ¿Cómo pensar y tratar los trazos psíquicos de las violencias sociales y culturales de la historia presente o transmitida como herencia?"

A partir del intenso trabajo de esos días y de su reelaboración cada autor ha reflexionado a partir de las preguntas e intervenciones del público y de los otros expertos que participaron. Los autores han revisado sus aportaciones y el fruto de esa segunda reflexión aparece en estos 2 monográficos sobre la violencia familiar y de pareja. Esperamos que sea de interés para todos los que puedan leerlo.

Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia

N° 2008/1 - La violencia en la familia y en la sociedad

EL MIEDO DE LA LIBERTAD Y LAS VIOLENCIAS FAMILIARES

*ALBERTO EIGUER**

Desde hace 250 años, nuestras sociedades obraron para que los vínculos de familia se vuelvan más flexibles, más tolerantes, más igualitarios que en el pasado. La familia en efecto se transformó y liberalizó. Las mentalidades evolucionaron y un dispositivo jurídico protege en adelante a los niños y a las mujeres de las conductas que limitaban, aún recientemente, su autonomía y que les infligían daños y privaciones.

Con todo, las violencias no dejan de aumentar, tanto las violencias francas como las violencias insidiosas, las que buscan la servitud del otro. Tanto la experiencia clínica como distintos estudios lo confirman (progresión de denuncias y condenas por violencias familiares; véase. ANAES, 2001; A. Eiguer, 2002; P. Benghozi, 2002). En la familia contemporánea, sus miembros se sienten menos seguros, los padres, menos escuchados, su autoridad cuestionada; los ideales parecen menos portadores. Voy a intentar poner de manifiesto que estos distintos elementos están en relación.

Algunas referencias bibliográficas en primer lugar. Según sus observaciones, Freud (1925) comprueba que la vista de la escena de amor entre sus padres es para un gran número de niños su primera

percepción de la sexualidad entre adultos. Y si el niño no tiene testimonio visual, lo que es más frecuente, son sus impresiones auditivas y sus deducciones que producen un impacto en él y configuran una fantasía. Esta escena primitiva se imagina como un acto violento donde el padre adopta una posición sádica hacia la madre. El niño, al mismo tiempo que excitado, se siente excluido, humillado, disminuido. Para M. Klein (1952), el sadismo sexual del padre puede expresarse por la fantasía del padre que nutre compulsivamente a la madre o también por la imagen de los padres en un coito donde sus cuerpos incompletos se enmarañan (padres combinados). El sadismo asignado al padre es sobredeterminado eventualmente por el sadismo oral del niño espectador de los jugueteos parentales: un deseo oral arcaico y muy virulento de devoración del seno, subraya M. Klein. Su discípulo D. Meltzer (1978) llama la atención sobre el sadismo que se manifiesta por ataques contra los niños concebidos por la pareja parental y aún por nacer, incluido el propio niño.

Otras experiencias, según Freud, van igualmente conmover al niño y a determinar la manera en que entiende la sexualidad: la amenaza de castración, la observación por el niño de la ausencia de pene en la niña. Ello parece debido al hecho de que el pequeño humano se vive privado ante dos aspectos de la sexualidad entre adultos que lo asustan: la voluptuosidad y el dominio.

Su prematuridad y su dependencia lo favorecen, aunque no es el factor único. En efecto, mis propias observaciones en parejas y familias me muestran que uno de los protagonistas del vínculo puede "tener miedo" y otro "dar miedo". Estos dos sentimientos y comportamientos se estimulan recíprocamente. Conviene articularlos quizá con otros dos: "darse miedo" y "servirse del miedo del otro para dominarlo".

Mi cuestión es la siguiente: ¿adultos o niños, hombres o mujeres, estamos en condición de aceptar que nuestros vínculos sean libres?

De la liberación en las relaciones entre los géneros y las generaciones al temor de la libertad

Hay indiscutiblemente numerosos malentendidos en relación con las consecuencias de los cambios actuales en las familias. Asistimos, en

pocos años, a una liberalización de las costumbres y actitudes en el sentido de compartir cada vez más más la intimidad, decisiones y tareas entre los cónyuges y entre padres e hijos. No obstante tenemos la impresión que la libertad da miedo: temores de la liberación sexual, de la liberación femenina, del niño, de la pérdida de la autoridad parental, es decir, miedo de ceder poder o perderlo. Las ideas de Eric Fromm (1938) y de Jean-Paul Sartre (1943) esclarecen tales paradojas. La libertad se teme porque angustia quedarse solo, sin el apoyo y el calor de su familia, y más ampliamente de sus amigos y colegas. Ser libre implica tomar sus decisiones de manera independiente, y tener que asumir las consecuencias: los éxitos o los fracasos, la aprobación o la crítica, la incensación o la vergüenza y el oprobio. Los individuos se perpetúan entonces en la dependencia por dos comportamientos contrarios:

1. - No estando en adelante más seguras para saber o crear un compromiso sentimental duradero y suficiente, ciertas personas intentan controlar al otro y someterlo. No se sienten seguras, temen que, si el otro se vuelve demasiado independiente, no los reconozca como individuo, que no lo respete narcisísticamente, en suma que no lo quiera.
2. - Otras personas adoptan la actitud opuesta, el sometimiento, y aceptan sin reaccionar las vejaciones, aunque todo eso les duele y que las capacidades personales de creatividad sufran. El sujeto puede estar de acuerdo, cómplice inconsciente a menudo de un funcionamiento de vínculo cuyos mecanismos no distingue ni le hace temer las consecuencias sobre su integridad.

Estas dos posiciones pueden coexistir en la misma persona o alternar según el momento. Dominar y ser dominado configura un conjunto interpersonal.

Todo apego al otro implica ciertamente una forma de dependencia, pero puede conducir a excesos como en el vínculo perverso. La dominación sirve aquí para negar su propia dependencia hacia el otro y para afirmar que es el otro que depende entera y exclusivamente del primero. Realmente, lo que se niega en éste es la necesidad del otro; el dominador obtiene sin embargo beneficio de algunas competencias y calidades que nota en el otro y que le faltan, y hacia las cuales siente gran envidia: la intensidad de sus emociones; su frescura, su

ingenuidad, su espontaneidad, su energía; su predisposición a tener ideas e iniciativas. Por la manipulación de las conductas, el primer sujeto busca la realización de estos objetivos. El vampirismo es una alternativa de la perversión del vínculo. El término vampirismo es bastante explícito.

El carácter discreto de la violencia perversa en juego permite este deslizamiento. Luego el agente de la perversión elogia las ventajas narcisistas del vínculo; el otro se sentirá alabado por la situación. Hablemos ahora de los vínculos de familia. Se trata generalmente de uno o de varios vínculos intersubjetivos organizados en la red de parentesco, con sus leyes, sus lugares y sus funciones propias (A. Eiguer, 1989, 1997). Un vínculo es más que una relación entre dos personas; éstas se influyen mutuamente y eso de manera inconsciente. Construyen defensas y fantasías comunes.

A veces olvidan que son diferentes y que tienen deseos singulares. Cada uno puede vivir al otro como una parte de sí; lo que sería más grave aún es vivirlo completamente como sí mismo. La deriva perversa en los vínculos de familia podría representar una tentativa para anular al otro, en quien su deseo se vive como que conduce a la insubordinación, al pensamiento crítico, a la autonomía. Pienso útil ahora destacar que el concepto de libertad no se superpone con la idea de autonomía. Aunque la aspiración a la libertad es plenamente auténtica, debe relativizarse cuando se trata de los vínculos de familia e incluso en todo vínculo. La ruptura de la dependencia hacia otros puede hacerse pretendiendo ignorar que estamos vinculados unos con otros por compromisos intensos y permanentes. Querer sostener que el objetivo principal de cada uno consiste en adquirir autonomía está en relación con la concepción individualista del psiquismo. Las relaciones intersubjetivas implican el reconocimiento mutuo y la responsabilidad hacia los demás. Ello supone admitir tanto nuestro deseo de ser diferente como de reconocer el del otro y esencialmente que somos dependientes de él. Si entendemos independencia como sinónimo de libertad nos equivocamos de ruta. El concepto de dependencia madura conviene más a la idea de libertad: es sentirse libre de sus actos y pensamientos teniendo al mismo tiempo reconocimiento hacia los otros (Fairbairn, 1952).

Para que un niño encuentre el camino de su emancipación, deberá sentirse seguro que cada uno de sus padres desea que sea libre e independiente. Estos últimos tendrán que proponerle instrumentos para hacer frente a las contingencias de la vida independiente. Todos los objetos inconscientes mantienen un diálogo interior entre sí y con el yo, conflictual a menudo; es de allí de donde el sujeto inconsciente se define como apegado a ellos: siente que confirman su reivindicación de libertad. Otros objetos internos no son tal vez favorables a la emancipación o mismo se oponen totalmente a ella. Adoptan según cada caso distintas posiciones. La actitud de los padres que favorece la reivindicación del sujeto se inscribe en el inconsciente de este último por las huellas de memoria de sus gestos más que por las de sus palabras. La cuestión sería: ¿Se es libre contra los otros o con ellos? Con respecto al reconocimiento mutuo, deseo recordar que la solicitud de la madre, y también la del padre, hacia el lactante, al principio de la vida y más tarde, es la forma primaria de exploración de las necesidades y deseos del otro. La gratitud, que es un acto de reconocimiento, representa también un paso importante hacia la conquista de la emancipación personal. Reconocimiento significa ponerse en el lugar del otro, sentir sus emociones e identificar sus dificultades. Freud expresa palabras muy sensibles en Malestar en la cultura cuando recuerda el dolor que se puede experimentar cuando un amigo sufre. Esto es la vivencia intersubjetiva: sentir con el otro, es más que empatía. Cuando uno se identifica, se moviliza el grupo de objetos internos, los modelos interiores de estar con los otros (D. Stern, 1985) y las instancias como el superyó, uno de cuyos componentes determinantes es el sentimiento de responsabilidad (A. Eiguer, 2008).

Inversión de la corriente

Como corolario, las violencias familiares tendrían como objetivo el invertir la corriente liberatoria entre las generaciones y entre los géneros. Es como si los antiguos amos desearan recuperar un poder que creen escaparles. Es el caso también de los abusos sexuales y comportamientos perversos. El padre incestuoso es un padre que desea imponerse al niño y a su compañera por el poder de su sexualidad. Al mismo tiempo, se desmiente como padre y con ello se altera cada una de las funciones y roles familiares. En menos grave,

otros padres o madres proponen al niño una entrada prematura en el mundo de los adultos con ofertas que tientan: dinero, regalos, demanda de consejo como si fueran ya adultos. Es una donación ambigua.

La indiferencia, las negligencias y los castigos pueden tener el mismo origen: retomar el poder ante los niños considerados como idealmente "fuertes", y entonces "peligrosos". Los efectos de las incertidumbres vinculadas con el dominio y la voluptuosidad producen otros efectos que son la causa de nuevas dificultades.

En la pareja, violencias físicas

Tomemos el ejemplo del hombre que pega a su esposa o compañera. Reacciona con violencia, en una mayoría de los casos, al deseo de separación de ésta, al anuncio de su deseo de dejarlo. Antes de eso, la pareja pudo establecer un vínculo muy simbiótico con el fin de evitar que la originalidad de cada uno se exprese, una originalidad que se asocia equivocadamente con ruptura y pérdida. Así el hombre teme tanto ser abandonado como el enfrentarse al hecho que su esposa piensa, sabe expresarse con precisión, tiene encanto y que emana de ella un no sé qué misterioso. Obviamente, estas calidades pueden encantar a cualquier otro; eso podría hacer placer al marido también. Pero es lo contrario; lo femenino le hace ver "rojo"; es un peligro para él. No puede tolerar que su mujer sea capaz de dar argumentos, haciéndole frente eventualmente; considera eso como una prerrogativa masculina. Debería seguir estando sometida, ocuparse exclusivamente de los niños y de las tareas domésticas. En el fondo, agita la eterna lucha entre los géneros.

Ciertos hombres puestos en la misma situación y con aprehensiones similares intentan un método distinto que la fuerza física; es la fuerza psíquica de la manipulación, la persuasión y el utilitarismo.

Entre las fuentes intersubjetivas en las violencias físicas, se encuentran distintas alternativas: a veces la separación y la diferenciación de los cónyuges les hacen temer la desagregación de sí mismos, la pérdida de signos identificatorios esenciales. En otros casos, el hombre teme una pérdida de la virilidad ante la mirada del

mundo, que la bisexualidad latente emerja y se exponga. Numerosos cónyuges lo dicen: "Si te vas, es porque quieres darme (echarme) vergüenza." Hay en ese caso una o varias fragilidades; la identidad de la pareja se halla de hecho como dispersada y diluida en los otros. El caso de una pareja vista en consulta es a este respecto ejemplar; el hombre explicó las circunstancias del último conflicto. Vio en el centro del salón de la casa un cubo (balde) lleno de agua, un cepillo y una arpillera; luego "se imaginó" que su mujer los había colocado allí para comunicarle que debía ocuparse de la limpieza, que ella le daba a entender que no se ocupaba bastante de la casa, dejándole las tareas ingratas. Esta serie de suposiciones lo puso furioso, pegó a su mujer terminando por apretarle el cuello. Falto poco para estrangularla. La mujer confirmó que había colocado el cubo en medio del salón, pero sin intención ninguna. El hombre parecía ultrajado por discusiones previas donde la esposa le pidió implicarse aún más en las tareas domésticas. Ella reconoció en la entrevista que anteriormente le había hecho reproches a este respecto. Durante las discusiones aumentaban a menudo de tono y eso terminaba en agresión física por parte del marido.

Me detengo sobre las circunstancias de la última escena violenta. Me siento bastante estupefacto por la naturaleza interpretativa del desencadenamiento del episodio. ¿Fantasía, delirio? En ese momento, me acuerdo que en muchas riñas conyugales las recriminaciones pueden basarse en interpretaciones proyectivas completamente infundadas. En la entrevista, la esposa no puede confirmar que su marido tenga manifestaciones proyectivas fuera de las peleas. ¿Delirio localizado? Dice en cambio que se dio como objetivo querer cambiarlo, enseñarle las buenas maneras, la preocupación por los otros, ocuparse de los niños, y que tuvo satisfacciones a este respecto porque ha cambiado "un poco". Pero el marido parece perturbado al respecto: dice que su mujer le "pone demasiado la presión" y que está bastante cansado de eso. Deduzco de mi parte que los efectos de esta educación no son en verdad beneficiosos.

Les digo entonces: "Cambiar a un adulto lleva tiempo." Añado: Cada uno de ellos parece querer hacer del otro alguien "ideal y perfecto", quizá para que se vuelva más agradable con él y que tenga una razón complementaria de gustarle. Es una intención muy encomiable, insisto. No obstante cada uno debería en ese caso admitir que no es bastante

bueno, que tiene una naturaleza incompleta. Doy mi sentimiento: “Es duro aceptarse con defectos.”

La reacción fue interesante. En un tono de exasperación, el marido replica que tiene en efecto una tendencia al “perfeccionismo” y que es orgulloso, añadiendo una serie de ejemplos donde eso le facilitó la vida. En su demostración, aparece como muy metódico e intelectualmente imponente.

No sé si esta intervención dio resultado; me pareció pertinente; de todas formas, corresponde a la situación del vínculo. No obstante en el momento en que destacaba las consecuencias de querer cambiar a los demás, me mostré “demasiado pedagógico”. El marido manifestó irritación, se presentó en dominador. Un gallo. ¿Sufrió en su virilidad? Probablemente, es lo que la crisis deja entender. La mujer utilizó a continuación un discurso bastante explicativo y defensivo: tiene necesidad “de ver que su esposo cambia”.

¿Qué conclusiones sacar de este ejemplo? La violencia parecía inscribirse en una dinámica de intolerancia hacia el otro, su género, su estilo personal. Pero puesto que los hombres definen erróneamente su identidad de género como la del que se impone, el marido quería afirmarse por la violencia.

Las esposas pueden también plantearse en dominadoras; a menudo, es un juego alternativo, cada uno se convierte a su vez en el amo y el esclavo. Se encuentran también mujeres que pegan a sus esposos o que los manejan, o mujeres que reaccionan por defensas perversas ante esposos que las maltratan físicamente. En el campo de estos horrores, se pueden encontrar todas las alternativas y combinaciones posibles; para nosotros, lo que importa es reconocer los mecanismos subyacentes. Este caso pone de manifiesto que al menos una de las causas de la agresión física es el temor de pérdida del contralor del vínculo, temor de no ejercer ya autoridad sobre el otro y concomitantemente temor que éste se convierta en el amo. Este temor se articula con el de la libertad. En general, se reacciona a la evolución de la sociedad hacia un reequilibrio entre hombre y mujer, entre padre e hijo. Mi hipótesis relativa a las violencias contemporáneas sigue siendo plausible. Obviamente, la diversidad de formas de violencia, abuso y agresión no me autoriza por el momento

a generalizar esta idea aunque dimos hasta ahora pasos hacia su confirmación.

Para examinar las derivas perversas, insistiré en algunas situaciones relativamente graves: las ambigüedades del dar, la captación/captura del niño en el incestualidad¹, las distribuciones de los papeles en el incesto, el ultraje a la discreción y la intimidad, la legitimación de la venganza y la traición.

Cuando el sentimiento de obligación llega hasta el sacrificio

En la familia, podemos buscar la fuente de muchos de estos excesos en la forma en que se viven la solicitud, el don y la generosidad. Los padres tienen una función esencial en la formación del niño. Sin su presencia, cuidado, amor, educación y transmisión de herencias inconscientes, no podría sobrevivir. Brindan mucho de su persona. Tienen naturalmente derecho a reclamar lo debido. Es lo que pasa habitualmente. Dar suscita un contra-don. El niño se siente en deudor. Recibió la vida y una formación, les estará agradecido. Pero, nunca podrá compensar todo lo que recibió. Entonces saldrá esta deuda ofreciendo educación, etc. a sus propios hijos. Es lo que se llama "donación vertical".

Pero permanecer en deuda hacia sus padres puede desarrollar en el hijo un sentimiento de obligación aplastante, conduciéndolo al autosacrificio, literalmente privándose de una parte de sí mismo, de realizaciones, de un matrimonio satisfactorio, de hijos ellos mismos felices. Mecanismos perversos están en juego. Los padres hipergenerosos pueden ser tan nocivos como los padres "carecientes". Encontré esta realidad clínica en las familias migrantes en la que uno o varios de sus miembros (adulto o adolescente) presentan los siguientes comportamientos: adicción, escarificaciones, bulimia, estupefacientes. Se encuentran juntas demasiada donación y demasiada insuficiencia: el sensualidad tiende a compensar la falta de amor; la oferta de regalos - la falta de seguridad; las confidencias inoportunas - la falta de interés o de comprensión relativas a la necesaria intimidad del otro.

La incestualidad (P.-C. Racamier, 1978/1980), en particular, entre la madre y su hijo o hija, está favorecida por la política de la donación, el cual se hace sentir al niño como excepcional u ofrecida con grandes esfuerzos: "Puesto que me sacrifico, debes sacrificarse." Para eso el niño no debe pensar, soñar, tener su mundo propio. La perversión en el vínculo madre-niño es la forma más frecuente y más dramática de perversión femenina. Aunque el hijo puede ser sobrestimado, alabado, llevado al pináculo; en realidad, está fetichizado, considerado como una parte de la madre, su cosa y la herramienta al servicio de su auto-idealidad (A. Eiguer, 2005).

El protagonista, la víctima y el testigo

Examinemos ahora otros aspectos de los vínculos perversos en la familia y en la pareja contemporáneas. Una de las características de la perversión es pues la utilización de los recursos del otro. La codicia (voracidad) está muy vinculada con la envidia.

El partenaire perverso puede iniciar a su víctima a la vida profesional, actuando en Pygmalion. Para eso, intenta probar que su "alumno", su partenaire, es inacabado. Eso justificaría los sacrificios, las renunciadas y los reprimendas; al mismo tiempo, el "alumno" debe reconocer que le son necesarios. Es frecuente que determinadas argumentaciones demuestran el fundamento de los malos tratos infligidos. En la pareja del perverso y su víctima, el compromiso es mutuo.

Para el perverso el otro no es completamente inexistente; importa al contrario que esté presente para destruirle. Una potente reciprocidad intersubjetiva se juega entre ambos sujetos, pero otras personas cercanas están habitualmente implicadas. En familia, los que observan la situación experimentan sentimientos que van de la estupefacción al goce, pasando por el temor de convertirse en víctimas ellos también. Esta observación clínica permitió precisar que un tercer personaje forma parte del juego: el testigo. No es el agente de la perversión o la víctima/cómplice, sino alguien diferente. Está presente en la realidad y en la fantasía común de los miembros de la familia.

El perverso exhibicionista actúa directamente ante una víctima e indirectamente con relación a un testigo: policía, gendarme, juez (G.

Bonnet, 1983). Lanza al testigo un reto, lo provoca, le huye ocultándose y reapareciendo; “permite” también agarrarlo. Un pacto inconsciente parece establecerse entre estos tres personajes, a pesar del sentimiento consciente que la víctima y el representante de la ley pueden tener a este respecto. Estos últimos se integran en el conjunto de manera al parecer fortuita, ocasional y reaccionan mostrándose ofuscados y se rebelan ante su implicación.

Pero el testigo es un personaje cuya presencia es vital para el conjunto: horrorizado por lo que ve, alega la ley, recordando la necesidad de respetarla. Basándose en los contratiempos a los cuales puede conducir el respeto de ésta, el perverso no se privará en destacar a su vez que es “ridículo” someterse. Distintos ejemplos en familias ilustran el hecho que terceros sufren por los efectos a distancia del funcionamiento de un perverso aislado o de una pareja perversa. Son figuras vinculadas con la del testigo. ¿Cuál es la situación del enamorado de la prostituta? ¿La del hombre que asiste al exhibicionismo de su esposa en internet, al ayudarle con sus conocimientos técnicos? ¿Cuál es el lugar en esta red de la esposa del violador, a menudo respetada, admirada, temida por alguien que puede ser con otras mujeres un terrible agresor sexual? Éste puede vivirla como inalcanzable, como no dejándose “penetrar psíquicamente” por sus identificaciones proyectivas. ¿Es por estas evitaciones recíprocas que la relación de pareja termina por ser insípida?

En las familias donde prevalece un padre incestuoso, implica a los otros miembros en distintos grados. Al actuar por inducción, el padre es estimulado por los efectos que su comportamiento puede producir. Su esposa, depresiva, desamparada, parece a veces aceptar en silencio lo que se teje a sus espaldas: funciona como testigo del incesto. El padre sabe utilizar su carisma sexual ante su hija para abrumar y humillar a la madre. Sabe volver celosas a las hermanas de su víctima. Un mito familiar se impone, al cual pueden adherir todos los miembros: el de la superioridad de la sexualidad como emblema de poder y fuerza; la utilización sexual no se presenta como un oprobio sino como un privilegio. En el grupo familiar del agresor sexual, la ideología del sacro santo espíritu de familia puede alegarse para exigir la retractación de la muchacha que lo denunció.

El padre de Patricia tuvo caricias sexuales con ella cuando tenía entre 7 y 8 años. "Se disputaba con mi madre y venía a decírmelo hablando horrores de ella. Hizo mucho para crear una enemistad entre nosotras. Prácticamente no tuve madre. Siempre me conduje como si no existía, no la conocí, no pude apoyarme en ella. Mi padre quería seguir siendo "padre único". Me pregunto si no es eso lo que me hizo más daño que las caricias" (A. Eiguer, 2005).

Las distintas partes de este rompecabezas, esta distribución de las funciones no son fortuitas, sino articuladas entre ellas. El hecho que uno de los miembros de la familia sea el protagonista del guión no excluye que, desde el punto de vista grupal, el conjunto sea trágicamente coherente. Pensar de este modo no significa de ninguna manera reducir el papel instigador y decisivo del embaucador. Eso permite en cambio presuponer que se puede a veces hacer oscilar el conjunto hacia una salida cambiando uno de los elementos, lo que sucede espontáneamente cuando la adolescente abusada se enamora de un joven: un tercero que le ayuda a entender la gravedad de la situación y a encontrar, si es el caso, un recurso fuera de la familia. Deviene un testigo... activo.

Las consecuencias psíquicas sobre víctimas y testigos son gravísimas: detenimiento de desarrollo, excitaciones, agitación, pseudomadurez. Por ello los perversos tienden a funcionar en red; el síntoma sexual se inscribe en una lógica de "reagrupación, de organización de una muchedumbre". Todo indica que el punto de vista grupal resulta más justo que el centrado en el individuo, que hace hincapié en el hecho de que la muchacha abusada o la esposa marginalizada puedan tener goce. El abusador no es menos monstruoso porque se apoye sobre una situación colectiva e inter-funcional.

Otros aspectos merecen destacarse en estas familias: hipersensorialidad en los vínculos; una voluptuosidad indiscriminada parece substituirse a la ternura; ausencia de ley, utilitarismo; ataque rencoroso, por lo tanto, de los vínculos madre-hija o madre-hijo o fraternales. El espíritu de venganza autoriza la traición. Siembrar la cizaña, crear la discordia entre allegados forma parte del juego (véase el caso de Patricia).

Los roles del agente, la víctima y el testigo son inducidos por el conjunto de los miembros. Cada uno se contiene conteniendo al mismo

tiempo al otro. Se confirma tanto más la idea del triunfo sobre la ley y la burla respecto del padre simbólico. "Al ser varios, podemos reafirmar que tenemos raison." Ubicado lejos o cerca, el testigo tiene una función significativa en su manera de supervisar el perverso. Éste parece pedirle funcionar como un espejo que le devuelva su imagen, lo que él mismo no logra, al faltarle la integración de la capacidad de verse como otro (P. Ricœur, 1990).

Esencialmente, mantiene con el testigo una relación que remite a su vínculo con lo paterno, compuesto de reto, provocación del padre y cuestionamiento del compromiso en pro de la ley, que éste representa. Pretende ser el amo del padre (perversión: hacia el padre, en francés: busc de la inversión de las funciones). Imaginamos a estos tres personajes de la perversión como que despliegan su funcionamiento sobre una escena dramática. La concepción general del vínculo permite entender mejor su inter-juego.

E. Pichon-Rivière (1978) observa que los dos sujetos del vínculo establecen una relación vivida como muy cercana y que logra una calidez tal que se sienten bajo la mirada de un tercero. Este puede ser una idea; a veces un tercero real puede encontrarse espontáneamente. En verdad, lo solicitan. "Altera" su comunicación, crea ruido. Tienen la impresión que este tercero los supervisa o que favorece su acuerdo, los cuestiona o los protege, los ataca o los asegura, resumidamente pesa sobre ellos. Los sujetos del vínculo tienen entonces que establecer estrategias en respuesta a esta "presencia", que alude seguramente a la mirada del tercero superyoico. ¿El "testigo", sería una alternativa del tercero del vínculo? (Véase también, Th. Ogden, 1994.)

En la transferencia, incluir la función del testigo es esencial (A. Eiguer, 2007). El concepto de vínculo intersubjetivo nos permite pensar que la perversión genera un guión donde se supone que el analista ocupa una posición, precisamente la del testigo. ¿Por qué?

Mismo si desease hacer de su analista un cómplice, el perverso tendría dificultades para realizarlo. ¿Entonces qué salida le queda? Poner al analista en el lugar de testigo significa imputarle el papel del detentor de la ley como para "le sea evidente" que es ridículo privarse de las satisfacciones que prohíbe. Las conductas perversas permitirían comprobar las ventajas aportadas por la transgresión. Se traducen en

sesión por “incentivos” a violar las leyes del encuadre. Son como el producto y la puesta en práctica de teorías; las consecuencias servirían de demostración, en general sobre el interés en desviarse del camino recto: la sexualidad perversa sería más sabrosa y agradable. Pero desde esta postura el analista podrá convertirse en un testigo activo que busca introducir la ley.

¿Por qué se ridiculiza la intimidad de la pareja?

Algunas precisiones sobre la perversión en la pareja. Al tratarse indignamente, los cónyuges reaccionan ante la ruptura de los pactos inconscientes, uno de los cuales es la norma común de discreción, el deseo que la intimidad esté respetada: abstenerse comunicar a extraños los secretos compartidos. La intimidad inspira y está inspirada por la confianza que se tiene en el otro y en el sentimiento que sabe escuchar si se le comunica dificultades personales o elementos indiscretos de su historia. El pudor a dos implica asegurarse que no se es demasiado extravagante ni demasiado inmaduro; es decir, eso permite solidificar la auto-estima. En otro sentido, ello es tener menos vergüenza de sí, de lo que se siente, piensa, hace o de lo que se vivió. Ahora bien, el desmantelamiento de esta intimidad mutua desencadena un sinfín de decepciones: el partenaire que revela secretos compartidos exhibe las faltas del otro y parece burlarse. Desde hace tiempo, se destacó que la traición es un arte exquisito practicado por ciertos perversos y delincuentes. Ello forma parte de su religión del mal. En la terapia de la pareja French, este problema se manifiesta regularmente. Vienen después del descubrimiento por la mujer de una serie de notas en la agenda de su esposo que dejan entender que frecuenta otra mujer, cosa que él niega ferozmente. Hace unos diez años, el esposo sufrió de un grave accidente que se complicó en un coma durante muchos meses. Al despertar, se lo consideró como fruto de un milagro; luego siguió frágil, impaciente, colérico y parcialmente amnésico. Aún hoy, el Sr. French se ve obligado de anotar todo, sus actividades profesionales y otras. Desarrolló también una psicosis maníaco-depresiva. Su mujer lo sostuvo mucho y lo “soportó”. Es por eso por lo que se siente traicionada al sospechar su infidelidad. Una vez la terapia iniciada, ella repite que es frágil y más todavía se comporta como un ser brutal, todo eso fue “confirmado por médicos”; el Sr. French presenta “las

secuelas caracteriales de su accidente cerebral". Cuando ella añade que es necesario saber "perdonarle", en realidad, lo humilla. A continuación los juicios de sus dos hijas son evocados: "Papá es malo", "no se puede hablar con él", hipersensible a todos los abusos, como el alcohol. A veces estos pareceres son insinados, lo que es una manera aún más percutiente de crear un efecto.

Por cuan justas que sean estas observaciones, surgen en el diálogo como para confirmar el "status de inválido" del esposo. El reacciona entonces como un "perro castigado"; con torpeza, se enfada y termina por ofrecer la prueba palpable de su incapacidad. La mujer dismantela todos sus argumentos. En el fondo, el poder sobre las dos muchachas se juega en este debate. Cada uno solicita el amor de las muchachas para mostrarse el mejor y el que tiene razón. Dicen mal del otro. Por un acuerdo inconsciente de los esposos, las hijas están como parentificadas y aparecen designadas como juezas. Me imagino que, frente a ellas, los padres adoptan una actitud de seducción. El principio de autoridad cede terreno al de la uniformación de las funciones familiares. El primer elemento que fue indicado en el momento de la demanda de terapia de pareja lo prefigura: "La infidelidad del marido." Fue realmente un desplazamiento de la rivalidad de la pareja ante otra mujer (las mujeres), sus hijas.

En la terapia, conseguí lentamente desconstruir estas crueles posiciones perversas, poniendo de manifiesto cómo cada uno quiere utilizar a terceros para afirmar su supremacía.

Conclusiones

Encontramos en este caso desvalorización de los vínculos de amor y confianza la denigración del otro, la maledicencia, la traición. La violencia perversa rompe con la ética y adopta los encajes de la voluptuosidad. La violencia física o verbal, expresada sin rodeos, son formas quizás frustras y abortadas de violencia perversa. Se inscriben en una lógica del miedo y el dominio. El golpeador goza de su preponderancia por el miedo. En cuanto al asesinato, es la señal del fracaso de la voluntad de poder en alguien que se encuentra desbordado por fuerzas disruptivas. No pudiendo mencionar todas las formas de agresión, no sé si fui convincente: muchas situaciones

violentas aparecen como el producto de los temores de la libertad, de la pérdida de la influencia sobre el otro, de su diferencia y su fuerza. Es el lote común de los comportamientos perversos.

Deberíamos defender la idea que la emancipación de otro es beneficiosa para todas las personas implicadas, una oportunidad excepcional del tiempo presente. El bienestar del otro no puede sino aportar riquezas y satisfacciones.

Bibliografía

- ANAES (Agence nationale d'accréditation et d'évaluation de santé) (2001), « Psychopathologie et traitements actuels des auteurs des agressions sexuelles » Pour la recherche, 31.
- Benghozi P. et al. (2002) Violence et champ social, Paris, ENSP.
- Bonnet G. (1983) Les perversions sexuelles, Paris, PUF, 1993, 2000.
- Eiguer A. (1989) Le pervers-narcissique et son complice, Paris, Dunod.
- Eiguer A. (1997) Petit traité des perversions morales, Paris, Bayard.
- Eiguer A. (2002) « La progresión vertiginosa de las perversiones », Revista de psicoanálisis, LIX, 3, 711-724.
- Eiguer A. (2005) Nouveaux portraits du pervers moral, Paris, Dunod.
- Eiguer et al. (2007) La perversion dans l'art et la littérature, Paris, In Press.
- Eiguer A. (2008) Jamais moi sans toi, Paris, Dunod.
- Fairbairn R. (1952) Psychoanalytic Studies of Personality, London, Tavistock Publications.
- Freud S. (1925) « Quelques conséquences psychiques de la différence des sexes au niveau anatomique », OC XVII, Paris, PUF, 189-203.
- Freud S. (1929) Malaise dans la civilisation, tr. fr. Paris, PUF, 1971.
- Freud S. (1932) Nouvelles conférences d'introduction à la psychanalyse, « La féminité », tr. fr. Paris, Gallimard, 1984.
- Fromm E. (1938) The Fear of Freedom (La crainte de la liberté), Londres, Routledge & Kegan Paul, 1963, 257 p.
- Ogden Th. (1994) "The analytic third: working in inter-subjective clinical facts", International Journal of Psychoanalysis, 75, 3-119.
- Klein M. et al. (1952) Développements de la psychanalyse, tr. fr. Paris, PUF, 1966.
- Meltzer D. (1978) Le développement kleinien de la psychanalyse, tr. fr. Toulouse, Privat, 1987.

Pichon-Rivière E. (1978) *La théorie du lien suivi du processus créateur*, tr. fr. Toulouse, Erès, 2004.

Racamier P.-C. (1978) « Les paradoxes du schizophrène », *Revue française de psychanalyse*, 42, 5-6, 877-970.

Racamier P.-C. (1996) *L'inceste et l'incestuel*, Paris, Apsygé.

Ricœur P. (1990) *Soi-même comme un autre*, Paris, Le Seuil.

Sartre J.-P. (1943) *L'être et le néant*, Paris, Gallimard, nouv. éd. 1975.

Stern D. (1985) *Le monde impersonnel du bébé*, tr. fr. Paris, PUF, 1989.

* AIPCF, 154 Rue d'Alésia, 75014 Paris, France

1 Incestualidad es un término inventado por P.-C. Racamier (1978/1980) para explicar ciertos comportamientos familiares típicos donde todos los ingredientes de la intimidad incestuosa están presentes salvo el contacto o la penetración sexuales.

Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia

N° 2008/1 - La violencia en la familia y en la sociedad

LA VIOLENCIA TRANSGENERACIONAL COMO PARTE DE LA VIOLENCIA FAMILIAR LATENTE.

REMINISCENCIAS CORPORALES Y PATOLOGIA SOMATICA

ROBERTO LOSSO_—, ANA PACKCIARZ LOSSO_—***

“Lo que diferencia al hombre del animal es que el hombre es un heredero y no un mero descendiente” (Ortega y Gasset)

“Insospechadas fuerzas mortíferas pueden pasar de una generación a otra y transmitir a los niños la convicción que su destino es el de aceptar su no existencia como individuos separados, a los ojos de sus padres” (Mac Dougall, 1989).

La palabra *violencia* proviene del latín *vis*, que significa *fuerza*.

Violencia era también el nombre de una diosa de la mitología, hermana de la Victoria, y se la representaba por una figura de mujer armada de coraza y en actitud de *matar a un niño* con una maza.

Violencia, pues, está relacionado con *fuerza* y con *destruccion*. Tiene que ver con la lucha por el poder, con el impulso a dominar e incluso a eliminar al otro.

Piera Aulagnier (1975) ha señalado que toda relación humana implica un cierto nivel de violencia, introduciendo la noción de *violencia primaria*, la violencia necesaria para la constitución del Yo, "lo que se impone desde el exterior en el campo psíquico, provocando una primera violación del espacio y una actividad que obedece a leyes extrañas al Yo", e implica el complicado proceso de las primeras identificaciones. En cambio, la *violencia secundaria* "se abre camino sobre la precedente, de la que representa un exceso, en general dañino y nunca necesario para el funcionamiento del Yo".

Los individuos y las familias sufren diversas formas de violencia, y crean mitos, destinados a "historizar" las violencias sufridas. Recordemos que Freud, en *Tótem y tabú* (1913) ha señalado que "Ninguna generación es capaz de disimular a las que le siguen los acontecimientos psíquicos significativos".

Así, las familias están "condenadas a transmitir" aquello que no han podido elaborar, lo cual alude a sus carencias, fallas estructurales y exigencias narcisistas. Imperativo que obedece por lo tanto a una necesidad defensiva para mantener su propia vida psíquica.

La *delegación* -en el sentido de Stierlin (1980)- implica que las generaciones precedentes, de acuerdo con el mito familiar, demandarán inconscientemente al niño el cumplimiento de una determinada *misión* dentro de la órbita familiar (como un *legado*) independientemente de su propio deseo.

A lo largo de la historia, las sociedades han creado ritos violentos con un sentido similar de delegación: así, René Girard (1972) se refiere al personaje del *pharmakos* en la Grecia antigua, comentando que "la ciudad de Atenas, previsoramente, mantenía a su cargo un cierto número de infelices para sacrificios de ese tipo. Cuando una calamidad se abatía

o amenazaba de abatirse sobre la ciudad, epidemia, carestía, invasión extranjera, disensos internos, había siempre un *pharmakos* a disposición de la colectividad". Este *pharmakos* era la víctima expiatoria, una mancha que contamina todo y cuya muerte purga a la comunidad, llevándole tranquilidad. En esas ocasiones era conducido por toda la ciudad para que atrajera sobre sí todo lo impuro y acumularlo dentro de él, después de lo cual era muerto en una ceremonia ritual en que intervenía todo el populacho. Debía atraer sobre sí toda la violencia maléfica para transformarla, con su muerte, en violencia benéfica que trae paz y tranquilidad. Señalemos de paso que la palabra *pharmakon* en griego antiguo significaba a la vez el veneno y el antídoto, cualquier sustancia capaz de ejercitar una acción favorable o desfavorable según la circunstancia y la dosis empleada.

En la antigua Roma, *legados* eran los funcionarios enviados por el Senado a las provincias recién conquistadas violentamente para "arreglar su gobierno", es decir para acomodarlo a los intereses del poder imperial.

En las familias entonces estas delegaciones, estos legados, "delegaciones de legados", ejercen una forma de *violencia familiar transgeneracional*, en cuanto imponen a los individuos modelos identificatorios que tienen que ver con necesidades de la mitología familiar y no de las personas singulares. Muchas veces alguien o algunos en la familia toman el papel del *pharmakos*, como sucede en el caso que comentaremos más adelante.

Se configuran así las que hemos denominado *identificaciones triviales*, un particular tipo de identificaciones en que los sujetos son identificados como una suerte de caricatura de personajes idealizados o denigrados de la mitología familiar. Trivial viene de *trivium*, intersección de tres caminos romanos, que en un sentido figurado significaba camino conocido y muy recorrido. Las llamamos por lo tanto «triviales» en el sentido que son identificaciones con aspectos «esquemáticos», repetidos, conocidos y hasta caricaturescos de personajes del mito.

Esto implica que los sujetos son compelidos a cumplir demandas imposibles, que son en realidad demandas de los personajes míticos, quedando así ligados a *lealtades invisibles* (Boszormenyi-Nagy y Spark, 1973).

Estos legados son transmitidos por la vía *transpsíquica* (Kaes, 1993; Losso, 2006), vía que "atraviesa" la psique de los sujetos. Están pues más allá de las palabras. En este nivel falta el espacio transicional que permite la transformación de los contenidos recibidos en elementos propios. La transmisión no se efectúa *entre* los sujetos sino *a través* de los mismos. Son contenidos que se transmiten casi inmodificados de una generación a otra "en bruto", lo que puede ser sentido por el receptor como "desvitalización" o la presencia de algo extraño que aliena y que perturba. En cuanto transmisión de mandatos narcisistas y experiencias traumáticas que no pudieron ser elaboradas por las generaciones precedentes, implica una violencia transgeneracional.

Estos contenidos quedan escindidos, incorporados, "enquistados", pero no pueden ser introyectados. Son los *restos fósiles* de Framo (1965), o los *fantasmas (fantômes)* que habitan *criptas* de Nicholas Abraham y María Torok (1978). Como ha dicho Abraham: "*un decir sepultado de un padre será en el niño un muerto sin sepultura*"

Eiguer (2006) distingue tres posibilidades de violencia transgeneracional expresadas a través de tres palabras-clave: Lo "*no-dicho*", que se refiere a la cripta, a la escisión y al fantasma; lo "*mal-dicho*" (maldito) que evoca la posible maldición de un antepasado y la palabra "perdida", *mal dicha*, que no logra encontrar un estatuto de palabra, pero actúa entre bastidores. Y lo "*demasiado dicho*": el ancestro demasiado presente que no deja a la represión jugar su papel organizador y perturba al sujeto.

Yolanda Gampel (1991) señala que en estos casos se produce un tipo de identificaciones que ha llamado *identificaciones radiactivas*, en el sentido de que la radiactividad es algo que no se siente, nos invade, pero no nos enteramos de su existencia (a menos que la midamos). Radiactividad que penetra en los sujetos, pero el daño solo aparece muchos años después, sin saber de donde proviene.

Se trata en estos casos de una violencia transgeneracional que podemos llamar "activa", en que se imponen modelos identificatorios por "delegación". Pero existe también una violencia transgeneracional "pasiva", que resulta, *no de la imposición de modelos sino de su ausencia*. Hay una calidad de transmisión que uno de nosotros ha denominado *trófica* (Losso, 2001): la que se origina en el grupo familiar, como transmisión intergeneracional, vía por la cual se transmiten las investiduras narcisistas en el contexto del contrato

narcisista, ideales, valores, mitos “nutricios”, experiencias de separación (la desilusión winnicottiana), historias familiares, modos de ver la realidad, los vínculos intersubjetivos que generan un espacio psíquico entre los sujetos, modelos identificatorios “plásticos”. Esta es por lo tanto una transmisión estructurante, que implica el soporte del grupo familiar plurigeneracional. Es una transmisión “nutriente” estimulante del desarrollo, en la cual existe un trabajo psíquico de cada uno de los sujetos singulares, que posibilita la elaboración transgeneracional de mandatos y legados y permite el desarrollo de un espacio (transicional) entre los sujetos, creándose así una historia (mítica) familiar, de la cual cada integrante podrá tomar los elementos necesarios para armar su propio mito.

En la sociedad contemporánea se ejerce una forma “pasiva” de violencia a través de *un déficit de la transmisión trófica*. Una tendencia a una ausencia, o un rechazo, de los anclajes a pautas culturales y familiares que provienen de otras generaciones. Se tiende a minimizar la importancia de los legados tróficos, la tradición es devaluada, y los modelos despreciados. La cultura de lo instantáneo, de la imagen, hace que prevalezcan como modelos de *imitación* (Gaddini, 1981) -no de identificación-, los personajes que adquieren notoriedad a través de los medios masivos de comunicación.

Este déficit de la transmisión trófica se da en el marco de mensajes sociales particulares. Así el mito de la “independencia” del individuo como valor casi absoluto, junto a la que uno de nosotros ha llamado *“cultura de las “3 E” (eficiencia, eficacia, economía)* (Losso, 1997), y la valoración de los individuos por el grado de progreso material como cambio pasible de ser “medido objetivamente”, ayudan a devaluar los orígenes y fomentar la fantasías de autoengendramiento y son antagónicos con los valores de la solidaridad y sentido de pertenencia al grupo, lo que perturbará los procesos de esa necesaria transmisión trófica.

En este sentido Kaes (2007) se refiere a la existencia de una *cultura de lo ilimitado y de los límites extremos*: “una cultura del peligro, pero también de la proeza trascendente: la heroicización de la muerte”, junto con una *cultura de la urgencia*: predominio del presente, del “aquí y ahora”, del *zapping*. Cultura en que los vínculos son contingentes y solo “actuales”; la sola certeza es que el futuro es indecidible.

Kaes agrega asimismo una *cultura de la melancolía*, refiriéndose a la existencia en las sociedades contemporáneas de un duelo interminable y no elaborado de las catástrofes del siglo XX, donde como defensa frente al desencanto melancólico aparecen “el catastrofismo, las promesas maníacas y los sueños de dominio y control”.

Hay como consecuencia, una suerte de “ruptura del contrato narcisista, una *crisis de la transmisión*. La falta de internalización de vínculos confiables, llevará a fallas en la formación del preconscious y del inconsciente”.

En nuestro país, tenemos la triste experiencia de los casos de los niños argentinos nacidos en cautiverio, cuyos padres fueron asesinados, e inscriptos como hijos propios a veces por los mismos asesinos de sus padres, y otras por otros miembros de los “grupos de tareas”, es decir grupos que se dedicaban a la tortura sistemática y asesinato de opositores reales o imaginarios. Aquí se impone la violencia de construcciones basadas en el ocultamiento y la mentira, que sustituyen a la transmisión trófica de los vínculos de generación verdaderos, destruyéndolos brutalmente.

Todo esto lleva a la ruptura del orden simbólico de las generaciones, con su consecuencia, un serio déficit de los procesos de subjetivación, que podrá manifestarse en algún momento como patología en una o más de las tres áreas de Lagache y Pichon Riviere: la mente, el cuerpo o la conducta de acción.

Desde una mirada más abarcativa, nuestra sociedad globalizada es por lo que veremos un contexto complejo para el buen desarrollo de los mencionados procesos de subjetivación. Giorgio Agamben (2003) se ha referido al estado de violencia social permanente que en la actualidad se vive, en lo que ha llamado un “estado de excepción”, una “guerra civil permanente”, un momento del derecho en el cual, paradójicamente, el derecho es suprimido precisamente “para garantizar su continuidad” e incluso su existencia. Este “estado de excepción” en el cual el orden jurídico es suspendido, y que debería ser provisorio, se ha convertido en una forma permanente y paradigmática de gobierno, idea que Agamben desarrolla a partir de Walter Benjamin. Estamos viviendo, dice Agamben, una situación de “totalitarismo moderno” que instaura una suerte de “guerra civil legal” a través del estado de excepción. Estos estados de excepción paradójicamente

permanentes contribuyen también a la crisis de los vínculos sociales en las sociedades actuales, lo que pondrá en crisis también los procesos de subjetivación, reemplazados por los procesos imitativos (1981) y la ilusión individualista (Anzieu) a las que nos referíamos. La sociedad actual es productora de un individuo productor o consumidor, para Judith Revel y Toni Negri (2008) reducido a ser una unidad productiva en forma de mónada “sin puertas y ventanas”, “desarticulado y rearticulado en función de las exigencias del rendimiento y la maximización de los beneficios”. A lo que se añade el fenómeno de la seriación de esas mónadas, su masificación, su constitución en población indiferenciada y su carácter intercambiable: individuación y seriación como características del hombre actual.

Touraine desarrolla el concepto de garantes metasociales, entendiendo por tales las grandes estructuras que son un marco y un regulador de la vida social y cultural, cuya función es la de garantizar una estabilidad suficiente de las formaciones sociales y darles legitimidad. La violencia social e individual es también expresión manifiesta de la crisis de los garantes metasociales, la que lleva asimismo a una crisis de los que Kaes ha llamado garantes metapsíquicos, a su vez el marco de la vida psíquica.

Parte de esa violencia es el “siempre más” del capitalismo, induciendo una pasión por la acumulación y el consumo, aún para quienes están impedidos de realizarlo. Se acentúa la falta. Se crean permanentemente nuevas ofertas (objetos y actividades: viajes, gimnasios, dietas, etc.) que recrean y realimentan ese *estado de falta*, la sensación de estar en falta, que será saturada (ilusoriamente) por la adquisición y uso de esos objetos y actividades, en un círculo extenuante para el sujeto: la anónima voz del mercado que dicta sobre modelos identificatorios, objetos, actividades. Un Otro imaginario que genera además un modelo de sujeto deseable (y amable) por el Otro: siempre joven, en línea, activo permanentemente, adquiriendo objetos, hiperkinético ... Así, además, produce (mediante este modelo exaltado) un modo de agrupamiento que, como decían Revel y Negri, se caracteriza por su fragmentación, pues la exaltación del consumo, la velocidad, la inmediatez (vivir online) llevan también a un refugio narcisista. Una subjetividad en un estado de distracción constante (conectada a pantallas y celulares, mp3,4 etc.), desconectada del entorno, del cara a cara con los otros, con la sociedad, y consigo misma, una subjetividad agotada por la velocidad y la saturación de información. Ese estar en falta produce un

estado de insatisfacción que se asocia al vacío y depresión. La velocidad, el aislamiento, la fragmentación social, llevan a crisis identificadorias, patologías del acto, pérdida de deseo.

Las reminiscencias corporales

En muchos casos, cuando no se logra "historizar", las fallas estructurales con el déficit de subjetivación pueden hacer que, al no poder ser psicologizados, los contenidos escindidos y no pensados pueden quedar como marcas corporales, a las que hemos llamado *reminiscencias corporales*, lo que hará que la violencia traumática sufrida y no elaborada por otras generaciones se manifieste a través de afecciones psicósomáticas.

En trabajos anteriores (Losso y Ferrazzano de Solvey, 1985), partimos de la idea freudiana de que los afectos poseen una equivalencia en cambios corporales, modificadas por la experiencia personal: como ha dicho Green (1973), "el afecto es él mismo, producto de una conversión a la inversa". Tales afectos, pueden ser transmitidos por la vía transpsíquica, quedando entonces inadvertidos para la conciencia, pero pueden quedar como registros en el cuerpo, como *reminiscencias corporales*. Al lugar de esos registros proponíamos llamarlo *inconsciente corporal*, por analogía con el inconsciente psíquico, lugar de registro de las "representaciones de cosa". Las modificaciones orgánicas ocurridas en ese momento serán entonces fundantes de las respuestas corporales inconscientes. Se producen así verdaderas *fijaciones somáticas*: pautas corporales que quedan establecidas a partir de experiencias muy precoces transmitidas transpsíquicamente. Quizás podríamos encontrar en el último Freud del *Esquema del Psicoanálisis* (1940) una alusión a este hecho en su referencia a "*procesos físicos o somáticos concomitantes de los psíquicos [...] más completos que las secuencias psíquicas*".

Dichas fijaciones podrán expresarse a través de cambios estructurales y/o de función. Uno de los cambios posibles puede ser una alteración más o menos permanente de la sincronización de los *ritmos* del organismo, o bien una predisposición a dicha perturbación que se traducirá por una particular labilidad del sujeto a la desincronización de sus ritmos biológicos.

Gaddini (1982) expresa una idea similar al hablar de la existencia de *fantasías en el cuerpo*. En estos casos -dice Gaddini- hay memoria corporal y no mental. La experiencia no es evocada en el recuerdo, ni tampoco alucinada, ni proyectada al exterior, sino *actuada* en el cuerpo. En adelante, el drama se desarrollará en el cuerpo.

O, en palabras de Piera Aulagnier, "un texto sin palabras...texto que habla de las matrices corpóreas, marcas...como huellas de un tiempo que quedará siempre como fondo enigmático..."

La familia C

En el caso que comentaremos de la familia C, la violencia sufrida por ambas familias de origen, en una de ellas como violencia social y en la otra como violencia autodestructiva, no elaboradas y mantenidas escindidas, reaparecen como grave patología somática

La familia estaba integrada por Norma (35 años), su esposo Eduardo (37), y sus dos hijas, Cristina (5) y Laura (2). Llegó a la consulta, enviada por la pediatra que atendía a Cristina, porque Cristina presentaba graves trastornos broncopulmonares (asma bronquial grave con complicaciones neumónicas inicialmente y ulterior compromiso pleural), complicaciones que implicaban un serio riesgo para su vida, y que, en dos oportunidades, habían requerido su internación. Eduardo era hijo único, y su padre había fallecido cuando Eduardo tenía cinco años. Su abuelo había muerto por suicidio, arrojándose a las vías del tren. La madre de Eduardo por su parte padecía de un cuadro depresivo crónico, y tenía en su haber un intento de suicidio, habiéndose arrojado a las vías del tren...subterráneo, el metro, del cual sobrevivió gracias a que se había colocado paralelamente a las vías entre los rieles. Eduardo se presentaba en la consulta como un obsesivo, con un fondo depresivo.

Norma, por su parte, había tenido un hermano secuestrado y "desaparecido" durante la época de la dictadura militar en la Argentina, pero ella y su familia negaban que pudiese haber muerto, a pesar de que habían transcurrido más de quince años desde su desaparición.

Durante las primeras etapas de la terapia familiar psicoanalítica, los analistas (trabajábamos en coterapia), sentíamos que la familia, pero en especial Cristina, nos transmitían una amenaza de aniquilamiento psíquico, de derrumbe, y de peligro (real) de muerte de Cristina, por lo cual nos encontrábamos en una situación de permanente alarma, con amenaza de que algo muy grave podía suceder. El contenido de las sesiones giraba alrededor de la enfermedad de Cristina, sus avatares, sus tratamientos, etcétera.

Pero a medida que Cristina mejoraba de su sintomatología, el clima en el campo comenzó a ser más "aburrido" y luego pasó a ser francamente depresivo. La depresión ocupaba el lugar de la angustia por la enfermedad de Cristina. La familia concurría con puntualidad a las sesiones, pero después nos parecía que "no pasaba nada", como si viniesen "a perder el tiempo". Contratransferencialmente, sentíamos sensaciones de parálisis, futilidad, aburrimiento, y falta de esperanza. Eduardo decía: *"es todo inútil, pero es mejor no hablar, porque si hablamos, llegamos a un conflicto total, sin retorno"*. "Conflicto total" significaba catástrofe, aniquilamiento, derrumbe, y finalmente lo único *sin retorno* es la muerte.

La consulta inicial había tenido relación con una amenaza de muerte: la pediatra nos había transmitido su preocupación por la sintomatología de Cristina, quien, decía, "expresaba la rabia, el malestar, la incomodidad" familiares; "es como si se estuviese suicidando", agregaba. Cristina decía "que se iba a ir bajo la tierra" y comunicaba sueños donde ella y la madre eran capturadas por "monstruos" que las martirizaban, arrancándoles el cabello, y otros en los que *su madre moría pisada por un tren* (señalemos que nunca se le había hablado de cómo había muerto su abuelo paterno ni de los intentos de suicidio de la abuela, ni de la existencia del tío desaparecido). Recordemos aquí el concepto de *identificación radiactiva* de Gampel.

La violencia transgeneracional se manifestaba en el campo a través de la "misión de muerte" con que era delegada Cristina, por las "cuentas pendientes" con las generaciones anteriores. El cuerpo de Cristina era el lugar de resonancia de los duelos no elaborados: sintetizaba todas las muertes.

La *fantasía inconsciente familiar compartida de elaboración transgeneracional* (Losso y Packciarz Losso, 2007) de la familia C era

que la muerte real de la paciente-síntoma, y la presencia concreta de un cadáver, permitiría la "elaboración" de todos los duelos que la familia no había logrado procesar a lo largo de por lo menos tres generaciones. *Alguien debía morir*. Cristina estaba destinada a ser el *pharmakos* familiar.

Estamos aquí frente a una violencia transgeneracional vincular. Tanto Eduardo como Norma portaban desde sus respectivas familias de origen, violencias originadas en situaciones traumáticas a causa de duelos no elaborados. La pareja se constituyó alrededor de esos duelos y de una vivencia común, como una suerte de "compañeros de desgracia", organizando entonces un vínculo "depresivo", en el que la depresión compartida protegía de algún modo, del derrumbe (la amenaza de que hablaba Eduardo). Constituyeron así un vínculo organizado en una confusión entre la vida y la muerte, en el que la muerte estaba "suspendida" pero debía reaparecer en la generación siguiente.

Después de haber analizado en el campo vincular terapéutico estas fantasías, la familia pudo comenzar a enfrentarse con el intenso dolor de los duelos no elaborados, y las delegaciones violentas tanáticas de las generaciones anteriores. El poder descryptar y develar los legados de las otras generaciones y "hacer circular" en el campo vincular terapéutico los secretos encriptados ayudó a la familia y liberó a Cristina de su destino de *pharmakos*.

Nos hemos permitido desarrollar diferentes niveles de violencia con sus consecuencias en las familias. La "combinación" de violencia social y violencia transgeneracional lleva a cambios en las familias y en los individuos de ningún modo superficiales, que obligan a redefiniciones clínicas y a repensar nuestros tratamientos.

Bibliografía

ABRAHAM, N. y TOROK, M. (1978): *L'écorce et le noyau*. Paris, Flammarion.

AGAMBEN, G. (2003): *Stato di eccezione (Homo sacer, II, i)*. Torino, Bollati Boringhieri

- AULAGNIER, P. (1975): *La violence de l'interprétation. Du pictogramme à l'énoncé*. Paris, P. U. F. Tr. cast., *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires, Amorrortu, 1977.
- BOSZORMENYI-NAGY, I. y SPARK, C. (1973): *Invisible loyalties*. New York, Harper & Row. Trad. cast.: *Lealtades invisibles*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983.
- EIGUER, A., GRANJON, E., LONCAN, A. (2006): *La part des ancêtres*. Paris, Dunod
- FRAMO, J.L. (1965): *Fundamentos y técnicas de la terapia familiar intensiva*. En: Boszormenyi-Nagy, I. y Framo, J.: *Terapia Familiar Intensiva. Aspectos teóricos y prácticos*. México, Trillas, 1976.
- FREUD, S. (1912-13): *Totem y Tabú*. A. E., 13.
- FREUD, S. (1940b): *Esquema del psicoanálisis* A. E., 23.
- GAMPEL, Y. (1991): *Intervención en la Mesa Redonda "Genocidio, víctimas y victimarios"*. *Rev. de Psicoanálisis*, Bs. Aires, 48, n.4, pp. 837-864
- GADDINI, E. (1981): *Note sul problema mente-corpo*. *Rivista di Psicoanalisi*, 27, 1
- GADDINI, E. (1982): *Fantasie difensive e processo psicoanalitico*. *Rivista di Psicoanalisi*, 28,1.
- GIRARD, R. (1972): *La Violence et le sacré*, Paris, Bernard Grasset. Trad. It.: *La violenza e il sacro*, Milano, Adelphi, 1980
- GREEN, A. (1973): *Le discours vivant*. Paris, P.U.F. Trad. Cast.: *La concepción psicoanalítica del afecto*. Mexico, Siglo Veintiuno, 1975
- KAES, R., FAIMBERG, H., ENRÍQUEZ, M., BARANES, J.J. (1993): *Transmission de la vie psychique entre générations*. Paris, Dunod. Trad. cast: *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires, Amorrortu, 1995.
- KAES, R. (2007) : *Estructura, función y transformación de las alianzas inconscientes*. Conferencia dictada en la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, Buenos Aires.

LOSSO, R. (1997): Les processus de transmission et d'acquisition de l'identité. Leurs avatars par rapport aux nouvelles organisations familiales de la modernité et de la postmodernité: Une étude psychanalytique. *P T A H, Psychanalyse, Traversées, Anthropologie, Histoire*. Num. 3-4, p. 109.

LOSSO, R. (2001): *Psicoanálisis de la familia. Recorridos teórico-clínicos*. Buenos Aires, Lumen.

LOSSO, R. (2006): Intrapsychic, Interpsychic and Transpsychic Communication. En; *New Paradigms for treating relationships* (ed. Scharff, J. S. & Scharff, D.). Lanham, MD, Janson Aronson, pp. 33-42

LOSSO, R. y FERRAZZANO de SOLVEY, R. (1985): El cuerpo: un campo de batalla. *Actas XIV Congreso Interno y XXIV Simposio "La Agresión"*. Buenos Aires, Asociación Psicoanalítica Argentina.

LOSSO, R. y PACKCIARZ LOSSO, A. (2007): Repetición transgeneracional, elaboración transgeneracional. La fantasía inconsciente compartida familiar de elaboración transgeneracional. *Revista de Psicoanálisis*, 44, 2, pp. 215-224

MAC DOUGALL, J. (1989): *Théatres du corp*. Paris, Gallimard. Trad. cast.: *Teatros del cuerpo*. Madrid, Julián Yébenes, 1991.

PICHON RIVIERE, E. (1971): *Del Psicoanálisis a la Psicología Social*, Buenos Aires, Galerna.

REVEL, J., NEGRI, T. (2008) : Inventar lo común de los hombres. Buenos Aires, Ñ Revista de cultura, num. 248

STIERLIN, H., RÜCKER-EMBDEN, I., WETZEL, N. & WIRSCHING, M.: (1980): *Das erste Familiengesprach*. Stuttgart, Ernst Klett. Trad. cast., *Terapia de Familia. La Primera Entrevista*. Barcelona, Gedisa, 1983.

* Psiquiatra, psicoanalista, Miembro Titular Didacta, APA e IPA, Profesor de Psiquiatría, Universidad de Buenos Aires, Director de la Especialización en Psicoanálisis de la Familia y la pareja Asociación Psicoanalítica Argentina y Universidad CAECE. Secretario de Relaciones Internacionales de la Asociación Internacional de Psicoanálisis de

Pareja y Familia. Dirección: Laprida 1916 (1425) Buenos Aires, Argentina. E mail rhosso@intramed.net.ar

** Psicóloga, psicoanalista. Miembro Titular Didacta, APA e IPA; Especialista en Abordaje Psicoanalítico de la Familia y la Pareja. Profesora de Clínica de la Pareja y la Familia, Universidad John F. Kennedy. Dirección: Laprida 1916 (1425) Buenos Aires, Argentina
Email: aplosso@arnet.com.ar

Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia

N° 2008/1 - La violencia en la familia y en la sociedad

LES VIOLENCES DANS LA FAMILLE À LA LUMIÈRE DES TRAUMATISMES VÉCUS PAR LES GÉNÉRATIONS PRÉCÉDENTES : CATASTROPHES ET SECRETS

SERGE TISSERON *

La famille n'est pas seulement un rassemblement de personnes unies par divers liens de parentalité. Elle est aussi un espace social qui fait pont et lien entre d'un côté, les individus qui la composent, et d'un autre, la société. Elle est, pour reprendre une expression de Marcel Mauss, une « courroie de transmission », et cette courroie fonctionne dans les deux sens : de la société vers les individus qui composent la famille, mais aussi des différents membres de la famille vers la société. C'est pourquoi il nous faut apprendre à penser les interrelations et les influences entre ces trois termes : l'individu, la famille et la société.

Je m'en tiendrai ici à un seul aspect de ce vaste problème : les conséquences sur la vie familiale - et en particulier sur les enfants - des traumatismes vécus par les générations précédentes, et liés à des situations de catastrophe sociale.

De tels traumatismes mal élaborés sont en effet souvent à l'origine de comportements épisodiques étranges, excessifs, bizarres, auxquels leurs enfants assistent, ou même dont ils sont victimes. Et cela est d'autant plus traumatisant pour eux qu'ils ne parviennent pas à relier

ce qu'ils voient et entendent alors à ce qu'ils savent et comprennent par ailleurs de leur parent.

Voici quelques exemples ;

Exemple 1 : Un homme qui élève correctement sa fille accepte qu'elle sorte chaque samedi soir. Un samedi comme les autres, il la frappe très violemment au moment de son retour en l'accusant « d'avoir oublié l'heure du couvre-feu ». Puis il refuse de parler de ce qui s'est passé et interdit à sa fille de poser des questions.

Exemple 2 : Un enfant rentre de l'école et chante à son père la chanson qu'il a apprise. Elle débute par ces mots : « J'ai du bon tabac dans ma tabatière, j'ai du bon tabac et tu n'en auras pas ». Son père fond alors en larmes et le supplie d'arrêter de chanter. Puis il se replie sur lui-même, prostré, et ne dit plus rien.

Exemple 3 : Un parent oblige son fils à aller acheter du pain très loin de la maison, alors qu'il y a une boulangerie à côté, et le punit durement, sans donner d'explications, s'il enfreint cette règle.

Exemple 4 : Une mère de famille, qui cuisine habituellement bien, fait régulièrement un plat immangeable. Le père distribue ce jour-là aux enfants des sacs en plastique pour qu'ils puissent faire disparaître la nourriture en faisant semblant de manger.

Toutes ces situations de violence faite à un enfant ont un point commun : elles sont liées à un traumatisme vécu par un parent et imparfaitement élaboré par lui. Dans le premier exemple, le père, qui avait fait la guerre d'Algérie, avait vu à la télévision une émission sur ce sujet, et ce reportage avait réveillé en lui le souvenir traumatique de l'époque où il frappait durement des civils qui ne respectaient pas le couvre-feu imposé par l'armée.

Dans le second exemple, le père est un ancien déporté qui revoit, en écoutant son fils, le Kapo du camp de concentration lui dire : « J'ai du bon tabac, et tu n'en auras pas ».

Dans le troisième exemple, le pays a été déchiré par une guerre civile, avant qu'une amnistie générale ne jette une chape de plomb sur le passé. Le boulanger d'à côté se trouvait appartenir à l'autre camp que le parent.

Enfin, dans le quatrième exemple, cette mère de famille refait régulièrement le plat qu'elle mangeait, et qu'elle n'a pas digéré, quand elle a vu son père mourir d'une crise cardiaque devant elle.

Dans toutes ces situations, le parent est le premier traumatisé, et son enfant est victime par un mécanisme que j'ai appelé « par ricochet »¹. Tout d'abord, je vais donc décrire ce mécanisme puis j'évoquerai les conséquences que cela a sur le déroulement d'une prise en charge familiale.

A. La catastrophe et le traumatisme

1. Les traumatismes ne se « transmettent » pas

Contrairement à ce qu'on entend parfois, les traumatismes ne se « transmettent » pas, pas plus que les catastrophes. En revanche, les traumatismes mal symbolisés s'accompagnent chez un parent de la mise en place de gestes, d'attitudes, de comportements, qui peuvent être traumatiques pour un enfant. Ou plutôt, ce qui est souvent traumatique pour l'enfant, c'est que ce qu'il voit ou entend ne reçoit aucune confirmation explicite, et que c'est même parfois dénié par le parent qui dit : « Mais non, tu te trompes, je n'ai pas dit - ou je n'ai pas fait cela ». Et lorsque le parent dit cela, il y croit, parce qu'il est victime lui-même du clivage qu'il a mis en place pour faire face au traumatisme qu'il a vécu. Il est coupé en deux, entre une partie de lui-même qui revit régulièrement le traumatisme passé, en mélangeant le passé et le présent, et une autre partie de lui-même, qui se comporte comme si le traumatisme n'avait pas existé.

2. Un traumatisme est toujours partiellement symbolisé

Après l'erreur du traumatisme qui se « transmettrait », une seconde erreur consiste à dire que le traumatisme pourrait être « insymbolisé ». Dans la vie psychique, rien n'est jamais « insymbolisé ». Mais pour comprendre cela, il faut accepter l'idée que la symbolisation verbale n'est pas la seule forme de symbolisation. A tout moment, l'être humain symbolise ce qui lui arrive à la fois avec des mots, des images et des comportements. Et la preuve que la symbolisation verbale ne remplace pas les autres, c'est qu'on peut avoir symbolisé un deuil avec des mots, et que cela n'empêche pas de porter chaque année des fleurs au cimetière sur la tombe du mort, et de verser une larme ! Nous avons besoin de mots pour nous distancer des souvenirs, mais aussi de gestes et d'images pour les rendre vivants. Les deux participent au travail psychique de la symbolisation.

Lorsqu'un événement traumatique vécu par une génération a été correctement symbolisé, il trouve donc naturellement sa place dans la famille à la fois sous la forme de récits, de commémoration et d'images qui en rendent compte. Sa transmission est ainsi assurée de trois façons complémentaires : par des mots, des rituels et des images.

Mais lorsqu'un événement grave vécu par une génération n'a pas pu être correctement symbolisé, il est présent d'une façon seulement, par exemple par des émotions ou des gestes. Le problème est que ceux-ci sont coupés de toute formulation explicite puisqu'il n'y a pas eu de symbolisation verbale. Ces formes partielles de symbolisation peuvent être activées par un film ou une émission de télévision, mais aussi par un élément sensoriel isolé comme un bruit, une lumière ou une odeur. Celui qui est dans cette situation peut alors se mettre à frapper d'une manière inexplicable son conjoint ou ses enfants, leur imposer des punitions énigmatiques, les humilier ou encore leur infliger des violences psychologiques invisibles. Il est dans une sorte d'état second, confondant le passé et le présent, et, souvent, au sortir de cet état, il ne se souvient de rien. Et pour cause, il est clivé ! Entrons maintenant plus précisément dans la logique de ce mécanisme. Et, pour y parvenir, il nous faut distinguer entre deux processus exactement opposés : l'introjection et l'inclusion psychique.

3. Le travail psychique de l'introjection

Une catastrophe n'entraîne pas forcément une névrose traumatique. Celle-ci dépend de nombreux facteurs, liés à la personnalité, à l'histoire, à la réceptivité de chacun, mais aussi à son entourage. Le processus le plus efficace pour y faire face est ce que les psychanalystes ont appelé la symbolisation, et que les américains nomment *mentalisation*.

Elle ne concerne donc pas le « symbolique » qui est de l'ordre des symboles constitués. Elle est le *processus* par lequel chacun se constitue ses propres représentations de ses expériences du monde. Celles-ci revêtent trois formes : sensori-motrice (ce sont des gestes, des émotions et des attitudes) ; imagée (ce sont des images mentales ou matérielles) ; et enfin verbale (nous utilisons des mots pour en parler)². Ce travail n'est pas forcément conscient ni forcément volontaire, et il est en grande partie automatique. Lorsqu'un événement a été correctement symbolisé, sa transmission passe donc à la fois par des récits, des images partagées et des mises en scène, notamment à l'occasion de fêtes rituelles.

Mais, pour être correctement réalisée, cette symbolisation nécessite l'intervention d'un tiers.

4. L'échec partiel de l'introjection et ses causes

En cas de catastrophe, le premier choc traumatique est la catastrophe elle-même. Elle submerge le sujet de sensations, d'émotions, d'états du corps et de fantasmes tellement inhabituels qu'il en est bouleversé.

Mais à ce premier choc s'en ajoute souvent un second. Fréquemment, la victime d'une catastrophe ne trouve pas d'interlocuteur pour l'aider à s'en donner des représentations. Pire encore. Plus la catastrophe est violente, plus la victime a besoin d'un interlocuteur... et moins elle a de chance d'en trouver un. C'est qu'il est très difficile d'accepter d'écouter quelqu'un qui a vécu des choses terribles comme une déportation, une famine, un viol, une torture. Au traumatisme constitué par l'afflux de sensations et d'émotions impossibles à maîtriser, s'en ajoute donc un second : le sentiment de la trahison des proches. Et c'est encore pire lorsque la personne traumatisée rencontre une volonté politique d'amoindrir les choses.

On peut ainsi dire que le traumatisme « frappe toujours deux fois », pour reprendre le titre d'un film américain célèbre³. Il frappe la victime au moment de la catastrophe elle-même, puis au moment où les interlocuteurs privilégiés dont elle attendait aide et soutien se dérobent à lui.

5. Les conséquences de l'échec de l'introjection : le clivage et l'inclusion psychique

Lorsqu'un événement ne peut pas être symbolisé correctement, le psychisme réagit en enfermant dans une sorte de « vacuole » -ou de « placard » - psychique tout ce qui n'a pas pu être symbolisé : des sensations, des émotions, des états du corps, des représentations de soi et des autres et tous les fantasmes angoissants qui sont venus à l'esprit⁴.

Une telle inclusion constitue une forme d'inconscient, mais différent de l'inconscient constitué par le refoulement dans la théorie freudienne. Tout le refoulement est inconscient, mais tout ce qui est inconscient ne relève pas forcément du refoulement. Ici le mécanisme en jeu est le clivage. L'inconscient mis en jeu par le refoulement concerne les désirs sexuels culpabilisés, tandis que l'inconscient mis en jeu par l'inclusion psychique - qui est une forme de clivage partiel localisé - est de nature traumatique. Une telle inclusion crée une situation de « Secret » bien différente du secret relationnel courant, puisqu'il s'agit d'un secret psychique que son porteur cherche à se cacher à lui-même. J'ai proposé pour cela d'écrire ici ce mot avec un « S » majuscule : le *Secret* est un état psychique bien différent d'une situation de communication dans laquelle une personne ment sciemment à une autre. Le problème est que cette situation - qui correspond encore une fois à des expériences mal symbolisées - va perturber la vie relationnelle avec les proches et pouvoir porter son ombre sur plusieurs générations.

B. Les suintements de l'inclusion et ses conséquences

1. Les suintements du traumatisme

Quelle que soit la violence d'une catastrophe, elle a toujours reçu une symbolisation partielle, en générale sensori-motrice. Il en résulte des formes de symbolisation qui surgissent de façon inattendue et discordante. Ce sont les « suintements » du traumatisme mal symbolisé.

1. Des émotions incompréhensibles.

Dans son film *Mystic River*, Clint Eastwood met en scène un homme d'une quarantaine d'années en train de raconter une histoire à son fils au moment de l'endormir. Il y est question d'un enfant effrayé par un monstre et qui s'enfuit, sans doute une histoire proche de ce qu'est chez nous *Le Petit Chaperon Rouge*. Mais soudain, le spectateur assiste à un changement brutal dans l'intonation et les mimiques de ce père. Il comprend que celui-ci ne décrit plus la fuite d'un garçon surpris par un loup, mais sa propre course éperdue lorsque, vingt ans plus tôt, il s'est échappé de la cave dans laquelle deux pédophiles l'avaient séquestré pour abuser de lui. Cet homme ne raconte plus un conte, il ne raconte pas non plus son histoire de façon explicite, il met littéralement en scène un traumatisme secret... et destiné à le rester.

J'ai eu à m'occuper d'une situation proche. Une mère qui avait fugué de chez elle pendant son adolescence et avait été violée, portait vingt ans plus tard ce drame comme une tache que rien ne pourrait effacer⁵. Elle n'avait évidemment jamais raconté cet événement à son fils... mais elle avait pris l'habitude de lui raconter presque chaque soir l'histoire de la chèvre de Monsieur Seguin⁶. Comme dans le film de Clint Eastwood, c'est un peu son propre viol qu'elle racontait. Preuve en est que son fils, une fois devenu adulte, lui fit part de la question qu'il s'était toujours posée sans jamais oser lui en parler : « A quoi ressemblait donc le loup ? »

Le problème est que vers l'âge de quinze ans, ce garçon commença à aller très mal. Il se mit à fréquenter des lieux et des personnages

louches. Il se mit à jouer à son tour le rôle de la chèvre de Monsieur Seguin, peut-être avec le secret espoir de voir enfin le visage du loup... Il passait aussi beaucoup de temps à jouer à un jeu vidéo – *World of Warcraft* – où il jouait le rôle d'un mort vivant et passait son temps à hanter d'épaisses forêts sous le pseudonyme de « Wolf », le loup !

2. Des comportements incompréhensibles

C'est par exemple le parent qui évite systématiquement la rue où se trouvait l'immeuble de la police pendant la dictature. L'enfant ne reçoit aucune explication cohérente, et pour cause : le parent s'est trouvé dans le camp opposé à celui auquel participait le boulanger pendant la guerre civile, et il lui est impossible d'en parler.

3. Des comportements imprévisibles

Les comportements incompréhensibles du parent traumatisé sont aussi souvent imprévisibles. Il réagit à un bruit, une odeur, une lumière... Ce sont ces détails qui déclenchent la reviviscence du traumatisme. Par exemple, l'écrivain Jean-Claude Snyders nous raconte comment son père – qui était un ancien déporté – avait parfois des colères terribles et totalement inattendues au cours desquelles il semblait prendre plaisir à faire souffrir son fils. Et il nous raconte aussi comment, à d'autres moments, ce même père se déprimait de façon mystérieuse sous l'effet d'une souffrance inexplicable. En fait, le père de Jean-Claude Snyders revivait sa déportation, tantôt à la place de la victime qu'il avait été et tantôt en s'identifiant aux kapos et aux nazis qui l'avaient fait souffrir par plaisir. De nombreux enfants nés de parents déportés ont ainsi raconté que ceux-ci, bien qu'apparemment adaptés à la vie sociale, passaient par des moments étranges et violents dans leur vie familiale.

4. La mise en scène du drame passé

L'écrivain Serge Valetti raconte comment sa grand-mère hurlait tour à tour avec la voix d'une victime et celle d'un agresseur, au point que les voisins appelèrent un jour la police en pensant qu'ils entendaient un viol ! En fait, cette femme avait probablement été victime d'un viol

bien longtemps avant, et c'est cet épisode qu'elle revivait régulièrement dans son grand âge. Serge Valetti n'a pas trop mal géré cette situation – et les effets probables sur sa mère – puisqu'il est devenu écrivain de théâtre ! Quoiqu'il en soit, il n'est pas rare qu'un parent anciennement traumatisé se mette parfois à parler comme si un étranger s'exprimait par sa bouche.

5. Le passé et le présent mélangé

Le parent en proie à un passé traumatique mélange volontiers le passé et le présent, comme pour l'ancien militaire évoqué précédemment.

Voici un autre exemple. L'écrivain George Sand - qui s'appelait à l'origine Aurore Dudevant - a perdu son père - prénommé Maurice - d'une chute de cheval quand elle avait quatre ans. Sa grand-mère, qui ne pouvait pas faire le deuil de son fils, a demandé la garde de la fillette qu'elle a obtenue. Mais cette grand-mère s'est révélée rapidement perdre la tête... Elle dormait avec sa petite fille et l'appelait « Maurice » en la prenant pour son fils disparu. Or le père de cette grand-mère, dont elle n'avait jamais fait le deuil, se prénommait lui aussi Maurice. La fillette ne savait donc jamais si sa grand-mère la confondait avec son père ou avec son arrière grand père ! Une fois devenue grande, Aurore Dudevant est devenue un écrivain, mais elle s'est toujours habillée comme un homme, fumait la pipe, et s'est choisie un nom de plume masculin. En fait, quand on connaît son histoire, on comprend que ces diverses particularités étaient des façons de gérer la mort de son père, et aussi les traumatismes que sa grand-mère et sa mère avaient fait peser sur elle.

6. Des propos apparemment dénués de tout sens

Enfin, un parent traumatisé peut dire des choses apparemment dénuées de tout sens. Ainsi de cette mère dont le père avait disparu quand elle avait cinq ans et qui empêchait son enfant de dire que son père à lui était parti lorsque c'était le cas. Dès que le petit de trois ans et demi avait commencé à dire pour la première fois « Papa parti » au moment où son père partait travailler le matin, cette mère le lui avait interdit en pleurant et en criant : « Non, non, papa n'est pas parti ! ». Cette femme ne réagissait pas aux propos de son enfant par rapport à

la situation réelle, mais dans la continuité du traumatisme qu'elle avait subi elle-même au moment de la disparition de son propre père.

2. Les ricochets du traumatisme

Un enfant qui vit de façons répétées de telles situations risque de développer divers types de symptômes. Certains sont liés directement aux situations troublantes qu'il vit avec son parent, d'autres aux histoires qu'il se raconte pour essayer de comprendre ce qu'on lui cache.

1. L'insécurité psychique

Les enfants *insécurisés ambivalents* ont souvent des parents qui présentent des réactions inconstantes et imprévisibles avec leurs enfants. L'enfant craint le départ de son parent mais, épuisé par les efforts qu'il a fait pour tenter de se passer de lui, il n'est plus disponible pour son retour. Tout se passe comme s'il avait envisagé déjà que ce retour puisse ne pas se faire. Quant aux enfants *insécurisés-désorganisés*, leurs parents sont souvent des victimes de traumatismes graves non résolus, par exemple des deuils ou des carences éducatives précoces. Ils sont capables d'alterner des comportements extrêmes et inexplicables de telle façon que leurs enfants développent à leur tour des peurs inexplicables et des inquiétudes paradoxales.

En même temps, parfois, l'enfant peut sentir surgir du fond de lui ce qu'il n'a pas eu le droit de voir, d'entendre et de comprendre lorsque son parent revivait ses traumatismes passés. Cette situation correspond exactement à ce que décrit Antonin Artaud : « On regarde, effaré, l'apparition de l'au-delà ». Par exemple, l'enfant entend la voix des compagnons de guerre des parents tués au combat.

2. La culpabilité

L'enfant confronté à des manifestations de souffrance ou d'inquiétude chez l'un de ses parents se questionne toujours sur leur origine. Et, parfois, il peut penser qu'il en est lui-même le responsable, comme cette fillette qui, voyant sa mère et sa grand-mère angoissées et muettes pendant la guerre – parce que son oncle avait disparu – pensait que les deux femmes se taisaient parce qu'elles lui en voulaient à elle ! Dans les premières années de la vie, en effet, l'enfant se perçoit volontiers comme le centre des préoccupations des adultes qui l'entourent. Le problème est que celui qui commence à se sentir coupable de la souffrance de son parent risque bien de s'engager toujours plus loin sur ce chemin et finir par se sentir coupable de nombreuses situations dans lesquelles il n'est pour rien.

3. La honte

Quand un enfant ne parle pas de quelque chose qui lui est arrivé, c'est souvent parce qu'il en a honte. C'est pourquoi, quand ses parents se taisent, il imagine fréquemment que c'est parce que ses parents sont honteux. Certains enfants tenus dans l'ignorance de ce qu'on leur cache se mettent ainsi à imaginer le pire... Et ce « pire » est finalement plus destructeur pour eux que ne l'aurait été la confiance du secret. Ils se persuadent que leurs parents seraient coupables de quelque acte terrible qu'ils voudraient lui cacher. Mais l'enfant qui grandit en ayant l'impression que ses parents auraient commis quelque chose de honteux court le risque d'installer cette honte à l'intérieur de lui... et de se sentir ensuite honteux sans savoir pourquoi. De tels enfants ne sont pas, comme les précédents, rongés par la culpabilité, mais plutôt par la honte, et celle-ci n'est pas la leur, mais celle qu'ils ont imaginé à leurs parents et intériorisée.

4. L'hyper conformisme

Enfin, certains enfants perdent confiance dans leurs propres capacités, notamment lorsqu'ils sont confrontés à des parents qui nient l'existence d'un secret et leur disent que les choses ne sont pas telles qu'ils les ont vues, entendues ou pressenties. Ces enfants ont l'impression de ne plus pouvoir faire confiance dans leurs capacités à

comprendre le monde. Il peut en résulter de nombreux troubles de l'apprentissage. Mais, ayant perdu toute confiance dans ses capacités de comprendre le monde, l'enfant peut aussi décider de devenir soumis et obéissant en toutes circonstances.

5. La création

Une dernière façon pour l'enfant de réagir est de tenter de remettre au dehors ce que son parent, en proie à son passé, a fait naître chez lui. Par exemple, le cinéaste Alfred Hitchcock évoque la façon dont sa mère s'amuse à lui faire peur et accorde beaucoup d'importance à ce qu'il appelle le transfert de culpabilité par l'échange des regards⁹. Tout se passe, dans ces entretiens, comme si Alfred Hitchcock évoquait une catastrophe vécue par sa mère et jamais nommée, mais entrevue par lui dans son regard. Et Hitchcock est devenu ce cinéaste qui a su nous mettre chacun à la place d'un enfant « scotché » dans son siège, assistant terrifié aux défilements dans un œil immense, celui d'un écran de cinéma, des fantasmes d'un autre.

Le cinéaste Hanecke nous parle, quant à lui, de la collaboration de l'Autriche avec le nazisme d'une façon qui fait une grande place au silence familial. C'est notamment le cas dans le film *Benny's vidéo*. Un enfant accomplit un meurtre sans comprendre vraiment pourquoi, mais le comportement de ses parents nous donne l'explication. Ils font soigneusement disparaître le cadavre avec une application et une efficacité qui évoquent la manière dont l'Autriche a tenté de cacher son passé nazi. L'enfant ira les dénoncer à la police. Les parents, restés impunis pour les crimes de leurs propres parents qu'ils ont cachés, sont finalement punis pour avoir voulu cacher de la même façon le crime de leur fils.

C. Le thérapeute confronté au traumatisme familial

1. Créer un territoire de sécurité

La première chose à réaliser, avec de telles familles, est de constituer un territoire de sécurité. Pour cela, il faut éventuellement accepter que la famille déplace quelques objets dans le bureau de consultation : on ne se sent bien « contenu » que par un espace qu'on a la possibilité de transformer. Si cet espace n'est pas construit et garanti, rien ne peut se faire.

2. Se rendre attentif aux incohérences

Il est également important, avec ces familles, de prendre acte du fait que présent et passé sont souvent mélangés. Le thérapeute ne doit pas hésiter à faire référence à des violences passées vécues par la famille. Par exemple, devant une violence à laquelle il assiste, il peut dire : « Vous êtes violent, mais peut-être il y a eu des moments de violence dans votre famille » ; plutôt que s'en tenir à dire : « Vous êtes violent ».

De la même façon, face à un parent qui ment sans cesse, le thérapeute peut dire : « Il a dû y avoir beaucoup de choses cachées dans votre famille ».

Mais le plus important est de pointer les manifestations d'incohérence, notamment de la part des parents. Les petites manifestations d'incohérence pendant la thérapie sont souvent le signe d'incohérences beaucoup plus grandes dans la vie familiale. Le meilleur guide dans ce domaine est évidemment le sentiment d'étrangeté ou de bizarrerie éprouvé par le thérapeute. Il est essentiel, avec de telles familles, de toujours indiquer explicitement qu'on ne comprend pas lorsque tel est le cas. Et c'est d'autant plus important lorsque l'un des enfants présente des signes de culpabilité grave, de honte ou d'hyper conformisme, qui peuvent être autant d'aménagements pour faire face aux comportements incompréhensibles d'un parent.

3. Être le thérapon

Dans la Grèce ancienne, on appelait « thérapon » une personne qui avait deux qualités importantes : d'une part, elle était le témoin du héros au combat, comme Patrocle pour Achille dans *l'Illiade* ; et d'autre part, elle rendait les honneurs funéraires et aidait à enterrer les morts. Pour être ce témoin attendu, il ne faut pas hésiter à tenir parfois des propos empathiques du genre « C'est terrible ce que vous avez vécu », (pour le parent traumatisé) ou : « Hélas, c'est pas facile de s'y retrouver avec un père qui est parfois un peu perdu avec sa propre histoire » (à destination de son enfant). Quant au fait de devoir « Enterrer les morts », il nécessite d'abord de savoir nommer le passé.

Mais de telles rencontres supposent que le thérapeute soit capable d'entrer en résonance avec la victime et ses descendants. Et pour y parvenir, il doit disposer de zones de résonance qui lui permettent de rencontrer à l'intérieur de lui des blessures semblables à celles de son interlocuteur. Cela ne peut se faire que s'il est disponible à sa propre enfance en lui-même, et notamment à ses propres traumatismes passés, et aux traces laissées en lui par les traumatismes des générations précédentes. Ce sont les coïncidences et les interférences entre les uns et les autres qui créent les conditions d'une nouvelle intersubjectivité. Il en résulte pour chacun la possibilité de repenser son histoire individuelle et familiale à la fois comme cause et conséquence de l'histoire de tous.

En conclusion,

Nous voyons comment la mémoire des catastrophes du passé participe à la construction de la vie psychique des nouvelles générations, et notamment à la mise en place de leurs capacités de symbolisation. C'est pourquoi elle est une clé permettant à nos enfants de mieux surmonter les drames du futur. Et c'est là que le thérapeute familial a un rôle citoyen à jouer. En effet, si la chape de plomb qui pesait sur les secrets de famille commence à être levée, le silence est encore souvent la règle autour des catastrophes qui ont frappé un pays, une ville ou une région. Beaucoup préfèrent se taire pour ne pas perturber les survivants, voire pour ne pas « traumatiser » les nouvelles générations. Pourtant, c'est le contraire qui est vrai. Chaque désastre

a en effet une Histoire que chaque société se doit de recueillir : c'est la reconstitution du passé au plus près de la réalité. Mais il a aussi de multiples mémoires : ce sont les expériences vécues, et parfois imaginées, des témoins et protagonistes du drame. Ces mémoires sont dans un échange permanent avec l'Histoire. Les mémoires nourrissent l'Histoire tandis que l'Histoire relance et stimule les mémoires. Mais le rôle des mémoires individuelles ne se réduit pas à leur rapport à l'Histoire. Les événements vécus par un individu ne prennent en effet leur signification qu'en référence à d'autres qu'il a lui-même vécus, et aussi en référence aux mêmes événements vécus par d'autres.

C'est pourquoi la mémoire n'est pas immobile, mais vivante. A chaque fois qu'elle est convoquée, elle s'enrichit de nouvelles précisions dont on ne sait pas, d'abord, leur part de réalité et d'invention. Cette caractéristique est nécessaire à la lente assimilation du passé. Elle a pour conséquence que la mémoire n'est pas que devoir, mais aussi invention et fantaisie, et que son rôle principal est moins de commémoration des morts que de liens entre les vivants.

Bibliographie

- ABRAHAM N., TOROK M. (1978). *L'écorce et le noyau*, Paris, Flammarion.
- Ancelin Schützenberger A. (1993). *Aïe, mes aïeux*, Paris, La Méridienne.
- Bowlby J. (1969-1980). *Attachement et perte*. Paris: P.U.F, 1978-1984 (3 tomes).
- DAVOINE F., GAUDILLIÈRE J.M. (2006). *Histoire et trauma*, Paris, Stock.
- De Mijolla A. (1981). *Les visiteurs du Moi*, Paris, Belles Lettres.
- Kohut H. (1974). *Le Soi*, PUF, Paris.
- Nachin C. (1989). *Le deuil d'amour*, Paris, Editions Universitaires.
- Ricoeur P. (1983). *Temps et récit*, Paris, Seuil.

- Stern D N. (1989). *Le Monde interpersonnel du nourrisson, une perspective Psychanalytique et développementale*, Paris, P.U.F.
- Tisseron S. (1985). *Tintin chez le psychanalyste*, Paris, Aubier.
- Tisseron S. (1989). *Tintin et les secrets de famille*, Paris, Aubier, 1990.
- Tisseron S. (1992). *La Honte*, Paris, Dunod.
- Tisseron S. (1996). *Secrets de famille, mode d'emploi*, Paris, Hachette, 1997.
- Tisseron S. (2005). *Vérités et mensonges de nos émotions*, Paris, Albin Michel.
- Winnicott D.W. (1974). « La crainte de l'effondrement », *Nouvelle revue de Psychanalyse*, Gallimard, 1975.

* Psychiatre et psychanalyste. Auteur notamment de *Secrets de famille, mode d'emploi* (Ed. Ramsay, 1996, Rééd. Marabout) et *L'Intimité surexposée* (Ed. Ramsay, 2001, Rééd. Hachette).

1 J'ai introduit cette expression en 1996 dans mon ouvrage « *Secrets de famille, mode d'emploi* » (Ramsay, Réédit. Marabout, 1997. J'avais été précédé par deux psychanalystes français Nicolas Abraham et Maria Torok, qui ont tenté de penser ces phénomènes dès le début des années 1970. Mais leurs travaux avaient été très mal reçus par leurs collègues de la Société Psychanalytique de Paris (Abraham N. et Torok M., *L'écorce et le noyau*, Aubier Flammarion, 1978).

2 La « roue d'engrenage » entre le biologique/individuel et le social/collectif, sur laquelle Marcel Mauss s'interrogeait, est en fait constituée par ces trois roues imbriquées que sont les trois formes complémentaires de la symbolisation.

3 « Le facteur sonne toujours deux fois », film de Tay Garnett (02 mai 1946, USA, 12 novembre 1947, France).

4 Nicolas Abraham et Maria Torok, *L'écorce et le noyau*, Paris, Flammarion, 1978.

5 Pour un exposé complet de ce cas, on peut consulter mon ouvrage *Vérités et mensonges de nos émotions*, Paris, Albin Michel, 2005.

6 Il s'agit d'un conte dans lequel une petite chèvre qui veut découvrir le monde ronge sa corde, monte dans la montagne, s'émerveille devant la beauté du monde, puis se fait manger par le loup.

7 Mary Ainsworth, une élève de Bowlby, a imaginé une situation expérimentale appliquée à des enfants de douze à dix-huit mois, qu'elle a désignée sous le nom de « Situation étrange ». Son dispositif consiste à observer et noter les réactions d'un enfant au cours de séparations et de retrouvailles entre sa mère et lui, ainsi qu'au moment de l'introduction entre eux d'un inconnu. Elle met en évidence quatre modes d'attachement en fonction de quatre styles de réponse, bien que certains auteurs soulignent que tous les enfants ne peuvent pas être rattachés à ces catégories : l'attachement sécure, l'attachement insécurisé-détaché, l'attachement insécurisé ambivalent, et l'attachement insécurisé-désorganisé.

8 Dans ses divers films sur les conséquences de la guerre civile au Cambodge, le cinéaste Rithy Panh montre que des enfants peuvent présenter des hallucinations en relation avec les traumatismes non élaborés de leurs parents.

9 Entretiens avec François Truffaut.

Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia

N° 2008/1 - La violencia en la familia y en la sociedad

NIÑOS PEDÓFILOS: UNA VIOLENCIA BUMERÁN EN EL SENO DE LA FAMILIA

*ANNE LONCAN**

“La violencia, y la muerte que la significa, tienen un doble sentido: por un lado el horror que nos aleja, vinculado con el compromiso que inspira la vida; por el otro, un elemento solemne, así como aterrador, nos fascina, lo cual introduce un desconcierto soberano. »

G. Bataille, *El Erotismo*

Hablar de niños pedófilos es indicar la manera en que estos niños nos llegan cuando la Justicia se ocupa de ellos al entrar en la adolescencia por actividades sexuales con otros niños más jóvenes. Es también preguntarse implícitamente sobre la naturaleza del niño “perverso polimorfo”, e introducir cuestionamientos e hipótesis múltiples: ¿estos niños grandes se muestran perversos porque se mantuvieron en posicionamientos infantiles o recorrieron un camino psíquico que los condujo a estos actos perversos? Si elaboramos la hipótesis de que el

niño es sólo el protagonista principal de un drama que no se representa por primera vez, ¿cuáles son las formaciones y procesos psíquicos que dieron lugar, respecto de él y de su familia, a esta eventualidad “perversa”? ¿Dónde se origina la violencia bumerán que estalla en la familia a partir de la revelación de los actos de pedofilia? ¿De qué modo la Terapia Familiar Psicoanalítica abre la posibilidad de acoger y tratar la violencia movilizada por la revelación de los hechos? Una breve ilustración clínica sustentará mi reflexión.

¿Con qué objeto renunciar a la multiplicidad de mociones pulsionales?

Se sabe que la perversión polimorfa de los primeros años de vida corresponde, en sentido etimológico, a los cambios sucesivos de orientación de las pulsiones. Sin desarrollar estos conceptos conocidos, recordemos que, durante este periplo, la fuerza de la pulsión estará cuantitativamente coartada y cualitativamente redirigida, lo cual conducirá progresivamente, a partir de las reorganizaciones de la adolescencia, a la definición de un “perfil libidinal” específico para cada uno, portador de huellas conscientes e inconscientes de las etapas que lo moldearon.

En el caso de los niños pequeños, las actividades sexuales se imbrican más o menos en una organización multifocal oral, anal y completada por el interés que suscitan las zonas genitales y los juegos sexuales, sean solitarios o compartidos. El conjunto de estas actividades constituye una plataforma para el desarrollo de la vida psíquica que se fija a los vínculos primarios en evolución.

Podemos considerar que la exploración erótica mutua forma parte del descubrimiento del cuerpo, de sus funciones y de sus recursos y que da cuenta de un impulso vital bien constituido puesto que implica tomar en cuenta al otro. La actitud generalmente comprensiva de los padres se acompaña sin embargo de la convicción de que es necesario ponerle un freno. Los padres ejercen su autoridad con una triple preocupación, más o menos consciente: favorecer el desarrollo personal del niño, preservar la armonía familiar y tomar en cuenta las exigencias de la vida social.

Para Freud (1905), el comienzo de la latencia está “condicionado por el organismo y fijado por la herencia”, pero también es el resultado de la educación, que construye “diques” para oponerse a la fuerza de las pulsiones. El comienzo de la latencia que sigue a la efervescencia inicial se entiende como un triunfo de las estrategias parentales. Una era de relativa tranquilidad se anuncia puesto que el rumbo de las pulsiones se ha regularizado así como reorientado, se ha preparado para la sublimación, como por ejemplo hacia los estudios y las identificaciones. Previamente a la segunda tópica, Freud había destacado, sin proporcionar argumentos específicos, que las orientaciones primarias se encontraban a partir de ese momento sin función e incluso generaban aversión.

Todas estas construcciones permiten, en principio, desviarse de las primeras orientaciones pulsionales. Esta es la razón por la cual la persistencia de actividades sexuales compartidas, al finalizar la fase de latencia, luego de su liberación durante la adolescencia, pone en tela de juicio no sólo al autor de los actos delictivos o criminales perversos, sino también las actitudes parentales, cuyo fracaso se evidencia y cuestiona.

La situación de los jóvenes transgresores se examina hoy desde el punto de vista de la moral social, lo cual lleva a los profesionales a tomar precauciones para evitar toda estigmatización prematura. En lo que se refiere a la mediación de la psicopatología, no aporta mayores particularidades, excepto un mejor conocimiento del contexto psicológico de la adolescencia: la intensificación del deseo en función de las reorganizaciones fisiológicas, la reactivación edípica concomitante que se construye en un doble movimiento de confrontación y evitación. La represión del afecto es un dato significativo. Tradicionalmente se destaca la frecuencia de los antecedentes de abusos sexuales, eventualmente incestuosos de los padres o de las generaciones anteriores. No obstante, cuando la literatura destaca la vulnerabilidad de estos jóvenes, es para manifestar una preocupación primordial: la de potenciales recidivas.

Tengamos en cuenta en primer lugar que los actos de estos niños/adolescentes pedófilos están dirigidos a otros niños de menor edad, frente a los cuales ejercen una influencia natural y adoptan actitudes coercitivas, siendo esta dominación mayormente de orden psicológico. El concepto de perversión se impone, no ya en el sentido etimológico, sino en el sentido psicopatológico. Los estudios

psicoanalíticos se concentraron en los procesos, en la estructura del sujeto (Aulagnier, 1979), en la intersubjetividad que lo caracteriza (Eiguer, 1989, 2001a). Para el perverso, el objeto es necesario y el modo de satisfacción que lo implica es bastante constante. Tanto el primero como el segundo se eligen en función de la historia de cada sujeto. Entonces, para pensar la pedofilia infanto-puberal en términos de fallas de maduración, de regresión ocasional o compromiso ya avanzado con la perversión, nuestras herramientas clínicas de terapia familiar psicoanalítica ocupan un lugar privilegiado, pues en estas situaciones es el conjunto del grupo familiar quien sufre una herida intensa. Intentaremos identificar, desde nuestra perspectiva, algunos de los parámetros familiares que pueden contribuir a la manifestación de este tipo de problemática.

Algunos interrogantes sobre el funcionamiento familiar

Respecto de la familia del delincuente sexual se realizaron algunos estudios (Ciavaldini, 2001; Savin, 2001), de casos caracterizados por un incesto cuyo autor era generalmente el padre. Se destacó el factor de repetición generacional, así como la supresión del afecto, que se intentará, en consecuencia, movilizar (Ciavaldini, 2006).

Sin embargo, en lo que se refiere a jóvenes transgresores sexuales, la cuestión de la autoridad parental ocupa el primer lugar.

Si la autoridad parental la encarna en primer lugar el padre, también se le atribuye a la madre. Ya sea que emane del padre o de la madre, la autoridad está implicada en la función paterna que tiene eficacia en ambos. Se encuentra desencarnada a la vez que simbolizada, bajo la forma del superyó, el cual está aún en proceso de consolidación cuando el niño entra en la adolescencia. Esta última instancia, el superyó, se involucrará en todo conflicto de autoridad para determinar la resolución. Se instala más o menos profundamente en cada uno y adquiere un contorno familiar definido, tanto por las identificaciones sucesivas entre generaciones como por las resonancias intrafamiliares caracterizadas por el juego de la autoridad. Para el superyó familiar, hay un consenso en el reconocimiento de límites comunes y compartidos.

Ahora bien, las conductas perversas indican la ignorancia individual de esta limitación a la vez que su ineficacia familiar. Esto conduce a la hipótesis de un conflicto intrafamiliar a propósito del concepto del mal y de sus relaciones con la violencia. Este conflicto se origina, por cierto, en generaciones anteriores, pero se construye también a partir del vínculo de alianza que implica un nuevo tratamiento en el cual puede adquirir particularidades inéditas. Para terminar, el conjunto de los vínculos familiares y especialmente el vínculo fraterno le garantizan una actitud de alerta constante. El superyó familiar se encarga de organizar esta distribución. No obstante, parecería que en las situaciones que estudiamos, el superyó familiar permanece ineficaz en lo relativo a la estructuración de las prohibiciones, comprometiendo así las cualidades operativas de la censura.

El factor tiempo y la temporalidad familia

Dado que la autoridad se ejerce en una transicionalidad que requiere tiempo (Carel, 2002) con el fin de lograr efectos de negociación, que correlativamente es a la vez interna e intersubjetiva, debemos destacar que la instalación de "diques" internos no se hace en la dimensión del instante. Freud habla de la necesidad de que se instale la aversión y el pudor para contener la pulsión antes de que haya alcanzado todo su vigor. Una carrera de velocidad se emprende entre el flujo de la pulsión y los diques que se le oponen para contrarrestar posibles derivaciones perversas. La temporalidad psíquica familiar, que se equilibra en torno de los ritmos de cada uno, se organiza en función de la preponderancia de las exigencias de la realidad que la autoridad paterna sustenta. Se entiende que el factor educativo, los mitos y los ideales colaborarán para definir una percepción del tiempo suficientemente compartida. La temporalidad de la familia se traza en función de los acontecimientos que modifican sus contornos: nacimientos, partidas, alianzas, muertes, algunas de las cuales tienen un impacto más traumático. Estos traumatismos internos, a los cuales pueden añadirse otros traumatismos que afectan más remotamente, desarticulan la instalación de la conciencia del tiempo vivido, de su conexión con el pasado y el futuro y comprometen por lo tanto el acceso al afecto de pudor y repulsión implicados en el adormecimiento de las pulsiones sexuales. Sus efectos "a posteriori" no resultan ajenos

al modo perverso y actuado sobre el cual va a expresarse el resurgimiento pulsional.

La distorsión de la temporalidad se expresa, por ejemplo, y de manera obvia, en la diferencia de edad entre los niños asociados de las actividades sexuales ilícitas. Este hecho da cuenta de una supresión de la temporalidad en el iniciador de mayor edad, lo cual constituye una alerta inmediata sobre el impacto de antecedentes traumáticos personales o familiares. La atención prestada a la temporalidad familiar y a su evolución en el curso de la terapia, así como su tratamiento contratransferencial tendrán un papel decisivo en el proceso terapéutico

Envoltura o continente (enveloppe) familiar, intimidad y cierre

Las fallas vinculadas con el tiempo vivido están imbricadas en las anomalías de la envoltura (enveloppe) psíquica familiar. Estamos endeudados en particular con D. Anzieu¹, D. Houzel (1987) y E. Granjon (2005) por esta metáfora espacial. Es responsable de funciones dinámicas, como las de pantalla, filtro e interfaz, y está al servicio del self familiar. Una cantidad de procesos se desarrollan al resguardo del mundo exterior, para la formación, la transformación y la transmisión de los contenidos psíquicos compartidos que son constitutivos del sentimiento de pertenencia (fantasías, representaciones, mitos, ideales familiares). La envoltura (enveloppe) psíquica familiar es el lugar por excelencia del baño de intimidad para los miembros de la familia. En la medida en que la intimidad se origina en el compartir corporal madre-niño, cada sujeto es a priori capaz de revivirla, bajo una forma más o menos elaborada. Base de los vínculos familiares y del sentimiento de pertenencia, la experiencia de intimidad (Loncan, 2003) es cuestionable en los casos de delincuencia sexual de un niño. En esos casos está caracterizada por la inconsistencia y la regresión, empobrecida por la reducción de los intercambios con el exterior, retraída al contacto de la rigidez de la envoltura (enveloppe) familiar que no es ya más que un casco sin flexibilidad. Este casco transmite, ampliándolas, las amenazas del mundo exterior y forma un compartimiento de eco para las heridas

internas de la familia. En terapia, la movilidad, la proximidad corporal y la búsqueda de los contactos aparecen multiplicados para reemplazar la amputación o el defecto de partes que habrían sido psíquicamente más funcionales en el registro de la intimidad; estas manifestaciones revelan modelos arcaicos de transferencia, convocatorias a la vez imprecisas y turbadoras dirigidas al terapeuta, como último recurso. Proximidad física, sensorialidad y sexualidad se dan en una contigüidad tal que se implican mutuamente como representantes metonímicos potenciales. En respuesta, se produce un encierro en la vida familiar, a modo de defensa, que circunscribe la falta de recursos a una intimidad en la que se desplegarían vínculos intersubjetivos más ricos y cuyo anclaje narcisista se moderaría por investiduras objetales diversificadas. En vez de eso se manifiesta la impotencia de las capacidades para fantasear o soñar en forma conjunta.

Ejemplo clínico

Algunos datos resultantes de una terapia practicada conjuntamente con mi colega Alain Lafage ilustran los supuestos que preceden. Se trata de una familia compuesta por padre y madre de unos cuarenta años y por tres hijos, de 17, 13 y 8 años respectivamente al momento de la primera consulta. Esta familia reúne las condiciones de una buena inserción en la trama social y muestra un perfil acorde.

El segundo hijo, Corentin₂, mantuvo actividad sexual con un joven vecino, 7 años menor que él. Acaba de cumplir la mayoría de edad según el régimen penal. Antes de que les llegue un mandato judicial, los padres consultan rápidamente y se inscriben en la propuesta de una TFP. El juicio, que se producirá casi 1 año más tarde, caerá como una porra al atizar el impacto violento sufrido por la familia en el momento del descubrimiento de los hechos. Su severidad dará cuenta de la "gravedad" de los hechos.

La eficacia de la autoridad parental aparece aquí muy comprometida por factores que ilustran la teoría de los vínculos. El padre es un hombre cortés, que se relaciona con compostura. Se expresa fluidamente, acorde con su nivel superior de estudios y de su profesión, el cual requiere, como una de las principales características, el ejercicio de la autoridad. Su esposa, quien trabajó en la

administración privada, está a la búsqueda de empleo a raíz del cierre de la sociedad que la empleaba.

El juego de la autoridad y la transgresión parecería disponer de lo necesario para desarrollarse convenientemente. Sin embargo no sucede así. Corentin siempre se mostró transgresor, al punto de realizar acciones peligrosas: tomar prestada la moto del padre o manejar el vehículo familiar sin usar el freno de mano. Su hermano mayor Dorian, quien se presenta como ejemplar (desea ser docente), padeció graves dificultades de relación con el padre, agrediendo e insultándolo en forma repetida. La violencia que infiltra los vínculos de esta familia modelo inunda a todos. La autoridad se desmiente aunque cada uno define su significado, resulta ridiculizada constantemente en los hechos, con la complicidad recíproca inconsciente de los padres, como veremos.

La reconstrucción de algunos aspectos de la historia familiar permite entrever la fuente del profundo desequilibrio que compromete el ejercicio de la autoridad. El vínculo de alianza se había construido en base al rechazo o repudio (refus) de la autoridad del propio padre de la joven esposa, quien la juzgaba abusiva (ella se había fugado en la adolescencia para evitarla); su encuentro con un joven elegante y conquistador va a sellar la unión de la pareja. Podría decirse que, por parte materna, los hombres son profesionales del superyó cuyas creencias, por no decir valores, se oponen en todo a la instancia paterna. Los actos cometidos por Corentin representan un intento de provocación del símbolo instituido por esa filiación. Paradójicamente, Corentin es el único, entre todos los miembros de la familia, que acompaña a su madre a la iglesia, siguiendo la tradición de los antepasados maternos. La ruina en el vínculo de alianza parece relacionarse con la ambivalencia de la madre, quien no pudo evadir decididamente a su padre para construir su pareja y su familia: sigue estando completamente sometida al enorme dominio de su padre y se siente frente él "como una niña pequeña".

De hecho, la sola idea de autoridad la paraliza y se muestra incapaz de transmitir la de su esposo, el cual se encuentra anulado. En la medida en que el relevo en el vínculo de alianza es ineficaz, el padre podría sostenerse en su propia filiación. Pero el problema es que no sucede nada de esto. No surge ninguna asociación espontánea respecto de sus padres o sus hermanos, y si uno intenta una apertura interrogando las analogías posibles entre padre e hijos, no aparece nada. El black-out

es casi total en relación con esta filiación concebida como desprovista de problema. Sin ninguna sustentación en sus vínculos de filiación y alianza, el padre únicamente puede afirmar su autoridad en movimientos violentos que implican el cuerpo (tono de voz, gestos). Parecería que Corentin ha seguido este camino: el ascendiente que él ejerce sobre el pequeño vecino prescinde de autorización parental y se reduce a una dimensión de dominación en la que el cuerpo ocupa el primer plano.

La puesta en juego del cuerpo y el sexo denuncia una falla en la construcción familiar de la intimidad. Numerosos elementos clínicos indican el grosor y la rigidez del continente (enveloppe) psíquico familiar y el carácter defensivo de estas características, en particular, en relación con la influencia y dominio de los abuelos por línea materna. Esto implica exponer también su fragilidad. En el seno de la familia se desarrolló un sentimiento de encarcelamiento, encerramiento y amenaza externa, reforzado por el conflicto con los vecinos. Este encerramiento no se concibe sin embargo en beneficio de la pertenencia familiar cuyas señales resultan menospreciadas más que reivindicadas. Dentro del círculo familiar, cada uno se aísla y afirma la posesión de su territorio. Los hermanos son muy celosos entre sí y compiten sin piedad por el amor de la madre. Corentin, por ejemplo, convoca a su madre a su habitación, cuando quiere reasegurarla, al amparo de oídos indiscretos. Estos oídos son especialmente los de Valentín, el menor. Mortificado, este último nos dice que se esconde para espiar lo que sucede para intentar recoger los ecos del conciliábulo. Se revela por no poder participar en debates, desplazando el fantasma de la escena primaria a un nivel que resulta totalmente inadecuado por la proyección masiva en acción. En lo que le concierne, parece esforzarse en seducir a la madre adoptando una postura marcadamente femenina. En esta intimidad estrecha y dividida, la fuerza pulsional de la adolescencia temprana que asedia a Corentin está limitada; tropieza con objetos demasiado cercanos. El pequeño vecino es, por lo tanto, un fin "más razonable".

Como lo indicamos más arriba, la temporalidad está sujeta a distorsiones importantes. Con respecto a esto, todo parece favorecer la instalación de una temporalidad que esté de acuerdo con el tiempo social, pero los hitos permanecen inconsistentes, ineficaces. El encuentro y el casamiento, los nacimientos sucesivos, los cambios de profesión de los padres, los distintos pueblos habitados, las escuelas frecuentadas, los proyectos familiares: cada uno de estos elementos

es portador de una dimensión violenta y de una potencialidad traumática que da cuenta de la debilidad de los hitos organizadores de la temporalidad.

Conclusión

La historia de esta familia nos condujo a explorar el territorio familiar de un niño mayor o adolescente juzgado por actos de pedofilia hacia un niño. En el marco del grupo de terapia, hemos podido comprobar algunas particularidades. Se evidencia el concepto de un conflicto social y cultural entre las familias de origen de los padres, conflicto anclado en el vínculo de alianza, duplicado y reforzado por la asimetría de las investiduras de las filiaciones parentales respectivas en detrimento de la filiación paterna. En la filiación materna, en cambio, el foco es el abuelo, figura del tirano por excelencia. Estas singularidades, combinadas a una circulación edípica intensa en familia y a antecedentes de abuso de autoridad sobre la persona de la madre, llevan a evocar procesos defensivos cuyo fracaso se materializa en los actos ilícitos. Desplazamientos múltiples se operaron para frustrar tanto la tentación del incesto (madre/hijo, entre hermanos) como la de violencia. Es pues fuera del círculo familiar, pero en la proximidad, que se ejercerá el dominio de un mayor sobre un menor, con el objetivo de satisfacción pulsional si no de juego. En el mismo seno de los vínculos familiares circulan otros elementos desorganizadores, en particular, el tratamiento paradójico de la intimidad y el marasmo temporal.

Es imposible terminar sin destacar que para el niño, el conflicto que debe solucionar entre el bien y el mal respecto de actividades sexuales que le agradan es incomprensible sin ayuda externa. No pueden solucionarse si falta una autoridad parental eficaz. En situaciones como la mencionada, el superyó individual del niño ya crecido no pudo consolidarse por falta de un consenso familiar superyoico afianzado en las generaciones precedentes y ratificado en los pactos de alianza.

Bibliografía

- Anzieu D. (1974), « Le moi-peau », *Nouvelle revue de psychanalyse*, 9, 195-208.
- Anzieu D. (1985), *Le moi peau*, Paris, Dunod.
- Aulagnier P. (1979), *La violence de l'interprétation*, Paris, PUF.
- Carel A., (2002), Le processus d'autorité, *Revue française de psychanalyse*, 66, 1, 21-40.
- Ciavaldini A. (2001), La famille de l'agresseur sexuel : conditions du suivi thérapeutique en cas d'obligation de soins, *Le Divan familial*, 2001, n° 6, 25-34.
- Ciavaldini A. (2006), La pédophilie, figure de la dépression primaire, *Revue française de psychanalyse*, 1, LXX, 179-195.
- Eiguer, A. (1989), *Le pervers narcissique et son complice*. Paris, Dunod.
- Eiguer A. (2001a), *Des perversions sexuelles aux perversions morales. La jouissance et la domination*, Paris, Odile Jacob.
- Eiguer A. (2001b), *La famille de l'adolescent, le retour des ancêtres*. Paris, In Press.
- Freud S. (1905), *Trois essais sur la théorie de la sexualité*, Paris, Gallimard, 1962.
- Freud S. (1915), Pulsions et destin des pulsions, in *Œuvres complètes*, XIII, Paris, PUF, 161-185.
- Granjon E. (2005), L'enveloppe généalogique familiale, in Decherf G. (dir.), Darchis E. (dir.), *Crises familiales : violence et reconstruction*, Paris, In Press, 69-86.
- Houzel D. (1987), Le concept d'enveloppe psychique, in Anzieu D. et al. *Les enveloppes psychiques*, Paris, Dunod, 23-54.
- Le Poulichet S. (1994), *L'œuvre du temps en psychanalyse*, 2^{ème} éd. 2006, Paris, Payot & Rivages.

Loncan A. (2003), L'intimité familiale, un concept à géométrie variable, *Le divan familial*, 11, 25-37.

Savin B. (2001), Crime et famille, *Le Divan familial*, 6, 35-42.

Winnicott D.W. (1956), La tendance asociale, in *De la pédiatrie à la psychanalyse*. Paris, Payot, 175-184.

Winnicott D.W. (1967), Le rôle de miroir de la mère et de la famille dans le développement de l'enfant, trad. fr. *Nouvelle revue de psychanalyse*, 10, 1974, 79-86

* Docteur Anne Loncan, pédopsychiatre, membre de la SFTFP et de l'AIPCF.

135 rue du Roc, 81 000 Albi, France, anne.loncan@free.fr

¹ Las funciones del yo-piel según Anzieu (1974) son: mantenimiento, contención, para-excitación, individuación, intersensorialidad, soporte de la excitación sexual (que permite la diferencia entre los sexos y la recarga libidinal). En 1985, agrega la inscripción de las huellas sensoriales táctiles, noción próxima al pictograma de P. Aulagnier (op.cit.) y de la presentación del objeto –Winnicott (1962), así como la función de autodestrucción.

² Los nombres son obviamente ficticios. Los datos del caso han sufrido modificaciones que no cambian el sentido pero que impiden cualquier identificación.

Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia

N° 2008/1 - La violencia en la familia y en la sociedad

LAS RAÍCES GENERACIONALES DE LA VIOLENCIA EN LOS JÓVENES

*ANNA MARIA NICOLÒ**

Con frecuencia en las sociedades occidentales, asistimos a explosiones de violencia especialmente en los jóvenes, y particularmente en los adolescentes. Episodios de "acoso escolar" latentes desde antes, violentos comportamientos en grupos, en la escuela, actos de vandalismo o su manifestación dañina hacia la propia persona, como escarificaciones, piercing u otros daños semejantes, como quedar atrapados por juegos violentos en internet, son sólo algunos de los episodios que necesitan una adecuada comprensión. Estos fenómenos no parecen ser la simple expresión de mecanismos referidos a la falta de una satisfacción directa, o bien, a una identificación con el agresor.

Estos mecanismos, - los que hemos usado hasta ahora para explicarlos- parecen ser mas complejos.

Hay una enorme confusión alrededor de estos fenómenos.

Operando una gran simplificación, hay que distinguir entre agresividad y violencia, y entre violencia y sadismo.

Muchos adultos, y en particular muchos padres, se lamentan por los comportamientos violentos de sus hijos adolescentes, y a menudo ya en la primera consulta, comprendemos que ellos están hablando sólo

de aspectos agresivos con los cuales el adolescente está intentando separarse, viviendo un duelo evolutivo o usando la agresividad para definir su propia identidad y subjetivarse. Los padres muy ambivalentes hacia la individuación/separación de los hijos viven como agresivos estos momentos de separación, que tal vez se connotan como de real agresividad.

Por estas problemáticas, el adolescente necesitaría de una respuesta como la descrita por Winnicott en el artículo *"El uso del objeto"*, una respuesta en la que el progenitor frente a las amenazas agresivas del hijo que le dice *"te mato"* fuera capaz de contestarle *"mira, muero"* y un minuto después decirle: *"estoy vivo"*. Con este tipo de respuesta, el progenitor reasegura al adolescente acerca de la natural existencia de su agresividad, pero lo desilusiona respecto de su omnipotencia destructiva, afirmando, como dice el mismo Winnicott, el sentido de la realidad, de la cual el adolescente necesita desesperadamente. Estamos así en el ámbito de la agresividad sana que yo considero cerca de la sexualidad, una de las instancias organizadoras de la adolescencia (Nicolò, 2006).

Aunque la distinción entre violencia y sadismo podrá parecer evidente a primera vista, en algunas situaciones estos dos fenómenos se superponen. Creo que la distinción sustancial reside en el placer presente en las situaciones sádicas, ligado a la necesidad de poder sobre el otro y en el inducir un sufrimiento/placer que puede asumir características de erotización y que falta en las situaciones de violencia. Aunque asistimos tal vez a patologías límites, confusas entre el funcionamiento violento y el sádico, o donde la violencia puede estar llena de aspectos sádicos.

En otros casos la evolución ulterior de personalidades violentas hacia características sádicas, depende no solamente de la organización de la personalidad sino también de factores ocasionales que pueden hacerse estructurales, como por ejemplo, debido a los sucesos traumáticos que el adolescente pueda atravesar.

Como muchos otros autores, Glasser ha distinguido entre sadismo y violencia maligna, y por otra parte, la violencia protectora. Meloy (1992) ha distinguido también entre violencia de la presa predatoria y violencia afectiva, y entre violencia autopreservativa y sadismo o violencia dañina (1985). Esta última forma se encuentra en las personalidades psicopáticas y es una violencia planificada, anafectiva

y programada, mientras la primera representa una reacción a una amenaza real o imaginada. Yo trataré este último aspecto, la violencia afectiva, dado que, según mi opinión, esta es la violencia que generalmente caracteriza a los jóvenes actualmente, tanto singularmente como reunidos en bandas.

A causa de la naturaleza fisiológicamente traumática de los procesos evolutivos del adolescente, como por ejemplo la integración del cuerpo sexuado y el replanteo narcisístico objetal, la normal agresividad, - que como decía es una de las instancias organizadoras de este período de la vida -, puede generar un efecto desencadenante, si entra en colisión con funcionamientos traumáticos anteriores, que pueden haber caracterizado el funcionamiento familiar de aquel adolescente.

Se genera así la precipitación de un doble trauma. El joven violento intenta desembarazarse del proceso traumático que no consigue elaborar, atacando a un enemigo o a quienquiera le de la ocasión, dado que sobre él ha proyectado partes vergonzosas del Si mismo (Nicolò, 2005; 2006)

Este proceso le permite un alivio temporal, ya que puede funcionar como muro de contención contra el breakdown (Nicolò, 2005; 2006) y sobre todo le organiza una identidad negativa, construida sobre la omnipotencia, la negación de la dependencia, la autosuficiencia.

La violencia en este período de la vida tiene como finalidad inconsciente la definición de la identidad y se convierte así en la tentativa de diferenciarse y definirse también contra el otro o contra la realidad. La violencia confiere una sensación de fuerza y potencia, debido a factores de la historia personal; ya sea por las dinámicas propias de la adolescencia, el muchacho se siente en peligro y teme la pasividad. Los acting out violentos contrastan así con las vivencias depresivas o las angustias identitarias que estos jóvenes no consiguen integrar o elaborar y en un solo acting out calman las tensiones y los conflictos internos y externos, evitando el peligro temido, cuya elaboración ni el adolescente ni los padres consiguen hacer.

Comprender el funcionamiento familiar

Entre los diferentes factores que contribuyen a la génesis del comportamiento violento en los jóvenes y en los adolescentes, el funcionamiento de la familia es ciertamente uno de los más importantes. Pero ¿qué sucede en las familias donde hay un adolescente violento?. En la familia vista como un contexto de aprendizaje emocional y afectivo, el adolescente ha aprendido desde la origen de la vida, mecanismos de defensa trans personales e interpersonales específicos, con los cuales poder defenderse de la angustia y del dolor mental. En estas familias, el acting out, la concretización, la incapacidad de concebir el tiempo, la dificultad de contener las tensiones y controlar los impulsos, por sobre todo la dificultad de pensar, son algunas de las características más frecuentes y conocidas. Esta específica calidad de la vida familiar, humilla y desconoce las necesidades específicas del adolescente, determinando una situación donde una identidad violenta se convierte en la única posible respuesta para sobrevivir en ese contexto.

Conocemos ahora bastante acerca de algunos de los mecanismos que inducen en las familias la repetición de estos patterns violentos. Sabemos con certeza que a menudo los padres maltratantes han sido ellos mismos hijos maltratados. La identificación con el agresor, la disociación, la negación son mecanismos extensamente descriptos en los casos de maltrato, abuso y violencia. *“A menudo la disociación está mantenida también por el funcionamiento familiar, por la necesidad de mantener el secreto sobre las violencias y sobretodo, sobre los abusos. Existe así una identidad aparente y una identidad real de la familia y de las personas implicadas, que están en contradicción. El niño aprende modalidades de funcionamiento particular y sobre todo a no reconocerse como un **‘sujeto dotado de derechos en cuanto persona’**... se determina un enorme hueco entre el niño imaginario en la mente de los padres y lo real que ellos tienen delante, y por razones diferentes el niño abusado se hace invisible al padre abusante y a la madre que no lo protege, mientras el niño maltratado es desconocido en sus necesidades. Todo esto llevará a un adulto, el que a su vez abusa o maltrata, a casi no tener plena conciencia del significado de sus actos. Y es esta invisibilidad, este desconocimiento es uno de los aspectos más patológicos de este funcionamiento.”* (Nicolò, 2005; 2006)

Esta necesidad negada, no vista o reconocida en su identidad, siempre se amplía y se hace explosiva en la adolescencia, porque lo que la amplifica son las necesidades de base, específicas de esta edad.

a) El funcionamiento regresivo e indiferenciante.

Sin embargo, hay otro aspecto que me parece crucial focalizar en este contexto, y esto es el hecho de que los comportamientos violentos son expresión de una regresión, tanto individual cuanto familiar, a un nivel mental y organizador más primitivo.

En una de las películas más impresionantes que tratan los temas de la violencia en el grupo de los adolescentes, « *El señor de las moscas* »; asistimos a un progresivo deterioro del funcionamiento y de las relaciones en un grupo de adolescentes que están en una isla desierta, naufragos por un accidente. Se asiste rápidamente a funcionamientos de grupo, tipo ataque y fuga, al emerger el líder, surgen asuntos de base de dependencia mesiánica, generando una grave regresión paranoide. Los individuos más razonables quedan marginados y hasta son muertos.

El miedo a la soledad, al sentirse inermes frente a las dificultades, y la necesidad de definirse defensivamente con una identidad fuerte, gesta una adhesión no pensada al funcionamiento del grupo. Se genera así - como la llama Amati Sas, usando la teoría de Bleger-, "*una regresión defensiva a un estado de ambigüedad*" que nace de la violencia y provoca violencia. El ahondamiento de este punto, me parece útil para explicar lo que pasa en estas situaciones, donde el adolescente repite con el grupo de los iguales, algunas de aquellas complejas actitudes y funcionamientos que habían caracterizado el funcionamiento de su familia de origen.

La hipótesis de Bleger retomada por Amati Sas, concierne la existencia de un núcleo ambiguo depositado en el ambiente, que se hace portador de los aspectos más indiferenciados del sí mismo. Un residuo

de la indiferenciación primaria quedará siempre en cada objeto maduro.

Afirma Amati que *"Cuando hay cambios bruscos sea por movimientos repentinos del contexto depositario, sea por crisis en la vida del sujeto (emigración, o duelo, por ejemplo) la movilización de la ambigüedad que ha perdido su depositación puede manifestarse como incertidumbre o angustias de diferentes tonalidades"*.

La violencia y los traumas determinan después una regresión defensiva sobre el plano intersubjetivo.

Según Amati Sas, el conformismo y la incapacidad de crítica, están en correlación con la existencia de esta ambigüedad usada por el Yo, gracias a su cualidad mimética con la obnubilación y la indiferencia *"como un escudo para proteger su estructura, esta regresión provoca una gran alteración de las relaciones humanas y, sobre todo introduce el error, la paradoja, la ambigüedad"*.

Esta equivocación, además de la maleabilidad y la penetrabilidad que la violencia induce, sabotea el proyecto identificador del sujeto (Aulagnier) además de la dimensión ética y moral.

Según una terminología que me parece más familiar, diría que en esta familia y en los vínculos entre estas familias y el adolescente violento, existe una regresión a un nivel primitivo y poco diferenciado, que es uno de los niveles siempre presentes, pero no activos en el funcionamiento de cada familia. Ya que la violencia amenaza el sentido de seguridad del Sí mismo, la necesidad de pertenencia, de distribuir con el otro y el miedo al aislamiento, se incrementan defensivamente determinando una regresión hacia formas primitivas del funcionamiento tanto individual como del grupo familiar.

En esta situación la subjetividad de los miembros, y en modo especial la del adolescente, se vuelve una amenaza. La violencia de uno o de ambos padres, el desconocimiento de la misma y la mala comprensión de las reales necesidades de los hijos, ha creado una atmósfera de inseguridad, por las cuales la equivocación (de la que hablan Bleger y Amati Sas), la mentira y la confusión (por usar la terminología de Meltzer, pag.58) predominan como modalidades de funcionamiento y de identificación. El cinismo respecto del valor de la verdad envenenará la ética de las relaciones familiares y se destruirá así cada deseo de aprender.

Este tipo de funcionamiento hace problemática la relación de estos adolescentes con el grupo de pares, dado que ellos tienden a repetir, también con los coetáneos, la dinámica de desconocimiento, ataque-huída, sumisión-prevaricación, que caracteriza sutilmente su familia. Ya que la equivocación, la ambigüedad y la mentira atacaron su identidad, ellos tienen que exhibirla e imponerla para mostrar que la tienen y al mismo tiempo, carecen de instrumentos reales internalizados para pensar en diferenciarse y así subjetivarse. Esto determinará fácilmente su adhesión pasiva a grupos de iguales organizados como banda. En este clima no hay diferencias y por eso no hay culpables y víctimas, pues todos comparten el mismo funcionamiento, donde el borramiento de límites y fronteras, permite todo. No hay duelo sino sólo omnipotencia y por eso rechazo del edipo. Este tipo de funcionamiento y de identificación es pre edípica, arcaica e inespecífica.

Un muchacho de 17 años, el que ha sido tratado por mí en sesiones familiares, debido a episodios de acoso escolar en la escuela respecto de muchachos mas pequeños y dificultades de comportamiento en casa, relata un sueño en una sesión después de 8 meses de tratamiento: "Estaba en una casa desconocida que era su casa. Lo llamaban a comer e iba, pero se daba cuenta con estupor que sus familiares tenían una cara irreconocible. Parecían enmascarados dentro de una especie de media de nylon que los convertía a todos en iguales". Este aspecto parece espantarlo. Impulsado por su hermana mas pequeña, asocia la media de nylon a episodios que ha visto en una película o que había oído narrar, sobre robos, pequeños hurtos y varios actos delincuenciales que lo excitan. Los padres parecen desvalorizar el contenido del sueño, como también los problemas del hijo. No consiguen salir de la idea de que las sesiones son en realidad sólo una ocasión para mostrar su rabia, su desilusión hacia un hijo que según ellos, no obedece.

En este ejemplo, la segunda piel, que en el sueño se muestra metafóricamente en las medias de nylon que cubre la cara de los familiares, es un instrumento que vuelve a las personas indiferenciadas y esta anulación de la identidad se conecta con la anulación del sentido de responsabilidad, por lo que no se puede reconocer quién hace una acción. Junto al sentido de indiferenciación regresiva que caracteriza el funcionamiento de estas familias y al desconocimiento – identidad equívoca -, otros mecanismos intervienen

desde el inicio de estos procesos y se correlacionan con los mencionados.

b) El funcionamiento según la lógica del más fuerte.

En otro caso, Fabio de 20 años, una buena parte de las sesiones durante el primer año de tratamiento fueron organizadas sobre el descubrimiento y escarnio de mis errores o de mis ignorancias y competencias. El esquema repetitivo residía en intentar hacerme caer en algún error o bien vencerme sobre el plano de la dialéctica. En la sesión familiar, descubro que esta tendencia se presenta muy marcada en el padre quién humilla al resto de la familia con su habilidad retórica y erudición, pero también la madre, quién es profesora de la universidad, entra sutilmente en colusión, en una especie de diversión sádico y humillante hacia el interlocutor. El efecto de tal actitud sostenida con el correr de los años, lleva a ambos hijos a rechazar hablar en la vida cotidiana con el padre o la madre. El padre, jurista, está siempre pronto para decir la última palabra sobre el bien y el mal, sobre qué se debe hacer o no se debe hacer. Se descubrirá con el tiempo, su pasado de mujeriego incorregible, con pesados episodios de humillación con su mujer, quien por ejemplo antes y después del parto del primer hijo estaba sola, mientras el marido -quién afirmaba tener pesados compromisos laborales, estaba en realidad con otra mujer.

Estos breves ejemplos clínicos muestran como tales familias están caracterizadas por la obediencia y el padecimiento de humillación por parte del más fuerte. La regla es sufrir o hacer sufrir. En las situaciones extremas de familia gang no hay diferenciación entre los padres, ni entre padres e hijos sobre el plano de los límites y de la capacidad de contención.

Una persona que se halla en tal condición mental –dice Meltzer- no es capaz de pensar, « *pero es muy hábil para explotar los pensamientos de los otros y por finalidades diferentes de aquellos concebidos al principio* » (pag. 89). El pensar está por eso deteriorado, y es utilizado como instrumento de poder. La función paterna es despótica y paternalista y a causa de la corrupción de la instancia paterna, se deriva la sensación de que no existe justicia.

Uno de los adolescentes vistos por mí, estaba muy orgulloso de atacar a la policía, desplazando al exterior la rebelión que sentía hacia el padre y sostenía que la verdadera justicia era atacar al poder corrupto.

No había diferencia entre robar y ser despojado y usaba por eso el término "tomar" , pero tomar o hacerse tomar era del todo casual y considerado por él como un acontecimiento poco importante. En el caso de éste como de otros jóvenes, las provocaciones y las crisis de rabia y violencia lo caracterizaban, así los amigos le llamaban *loco* porque se enfadaba a menudo y los atormentaba. Sus crisis tenían la finalidad de querer cuestionar de nuevo esa escisión en un punto específico de ruptura y de estimular al ambiente para hacer lo mismo. Tal vez estos actings pueden ser considerados comunicaciones de aspectos del progenitor, los que el joven lleva consigo sin elaboración. Tal vez podemos asistir a la repetición de reales escenarios traumáticos, que según un punto de vista de Winnicott tendrían el objetivo de forzar al ambiente originario a respuestas diferentes de aquellas dadas al principio. Tal vez podemos también descubrir la fantasía de la existencia de una dimensión de pureza idealizada, y cuando los actings empiezan a recortarse, en ciertos casos verificamos la tentativa de reparación de los daños y de restauración de un aspecto puro, como el paciente que ponía a los otros siempre "en jaque" y que ahora hace voluntariado entre los homeless (personas sin hogar)

Como dice Winnicott: *"El actuar de estos pacientes constituye la alternativa a la desesperación. La mayoría de las veces el paciente se siente sin esperanza... y vive en un estado de depresión o de disociación que enmascaran el estado de caos que sobrevuela de continuo"* (Winnicott, 1984, op.cit.) Yo creo que la violencia y el actuar antisocial deben ser estimados y diferenciados con cuidado, pero siempre representan una comunicación.

Bibliografia

AA.AA Violence in Adolescence 1998 T. 16 n° 1 31

Aulagnier P. (1975). *La violence de l'interprétation*. Paris: PUF.

De Zulueta F. (1993), *From Pain to Violence*, Whurr Publishers, London (trad.it. *Dal dolore alla violenza*, Cortina, Milano, 1999).

Eiguer A. *La famille de l'adolescent le retour des ancetres* . 2001. In press editions. Paris

Kaplan A.G., cit. in De Zulueta F., *Dal dolore alla violenza*, Cortina, Milano, 1999, p.291.

Khan M. (1974), *The Privacy of the Self*, Hogarth Press, London (trad.it. *Lo spazio privato del sé*, Boringhieri, Torino, 1979).

Nicolò A. M. I mille volti dell'aggressività in adolescenza in Richard and Piggle 2/2006 Roma

Nicolò A.M. *La violencia en la pareja*. In *Violencia en la familia C*. Perez Testor e E.Alomar Kurz Ed EDEBE' Barcelona 2005

Person S.E., Klar H. (1994), *Il trauma tra memorie e fantasie*, in Ammaniti M. e Stern D. (a cura di), *Fantasia e realtà nelle relazioni interpersonali*, Laterza, Bari, 1995, pp.113-139.

Pichon Rivière E. (1979), *Teoria del vínculo*, Nueva Vision, Buenos Aires.

* MD., psychiatrist, training analyst SPI - IPA

Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia

N° 2008/1 - La violencia en la familia y en la sociedad

LA VIOLENCIA DEL DECIR Y EL NO DECIR EN EL CAMPO DEL PSICOANÁLISIS FAMILIAR

IRMA MOROSINI *

El secreto es una forma de la violencia psíquica que ejercen, quienes saben y callan, sobre quienes no tienen acceso a la información. Esa información implica un saber acerca de sí, de partes de sí, como es cuando se trata de aspectos de la historia familiar. Freud¹ lo señaló claramente al afirmar que ninguna generación puede ocultar a la siguiente las situaciones significativas que lo marcaron.

La información se transmite e imprime en el psiquismo en construcción.

La violencia del silencio se acompaña de los mecanismos de denegación que actúan como una defensa transpersonal² que induce por transmisión, a la repetición de aquello que se oculta, y que reaparece en los procesos inconscientes que subyacen al vínculo del grupo familiar.

Pero también existe la violencia del decir, la violencia de enfrentar por la palabra la re-vivencia y sus consecuencias.

Es mi objetivo referirme a la violencia acerca del decir y el no decir en el campo de la consulta, cuando desde el inicio de la labor analítica, el paciente nos plantea que acepta la propuesta de trabajo familiar, siempre y cuando el terapeuta respete su decisión acerca de no hablar

sobre una parte de su vida. Habrá una zona intocable a la que no se aludirá.

El familiar que lo solicita alude a un pacto de silencio que data del tiempo de los hechos a los que –informa- no hará referencias; pero paradójicamente al informar al terapeuta de ello, también lo hace respecto a la existencia de sucesos que deben quedar excluidos de toda posibilidad de análisis.

Esta información incluye al terapeuta en el pacto por lo que éste queda comprometido con algo que desconoce en sus alcances.

Esta situación implica varias violencias:

- La violencia de lo vivido : zona imposible de visitar en el relato pero que persiste en la memoria requiriendo ser tachada en la palabra.
- La violencia del significado: adquirido por implicancia en actos que parecieran haber alterado la imagen de sí. ¿Qué aspectos se han vulnerado de la persona?
- La violencia del secreto a conservar, y
- la violencia del pacto que impone como un preexistente entre el paciente (en este caso un miembro del grupo-familia) y el terapeuta, como una condición previa a la posibilidad de trabajo.

Cada una de ellas acarrea interrogantes:

- ¿Cómo trabajar con un familia que enferma por el no decir y muestra por sus síntomas que repite lo callado y a su vez aceptar zonas de silencio como condición primera para acceder a la historización necesaria?
- ¿Cómo advertir acerca de la repetición, actuada en el tiempo de cada generación, si esa repetición ancla en el proceso mismo del trabajo terapéutico al admitir la imposición de silencio?
- ¿Cómo acceder a develar los fantasmas y mitos?, ¿no es acaso otra forma de pasaje al acto este pedido de pacto de silencio?.
- ¿Cuál es el lugar que va a ocupar el terapeuta en el espacio psíquico del paciente?, ¿será un cómplice?, ¿un rehén que queda atrapado

avalando con su silencio cierta solidaridad con algo que desconoce en sus alcances?

-¿Qué sentido cobrará en el proceso terapéutico ese pacto de silencio consensuado sólo desde una parte de la familia?, ¿será acaso lo que haga posible el vínculo?

Estos interrogantes abren cuestiones para reflexionar acerca de los sentidos y consecuencias del decir y del callar tanto en los pacientes como en el terapeuta, partiendo ambas de una situación común compartida: *la violencia*.

Ilustraré con un ejemplo clínico³:

María trae a su hija adolescente a la consulta por un dolor pertinaz en la articulación témporo – mandibular, el que no cede a pesar de la medicación, artrosis progresiva y pérdida de la densidad ósea (la hija no es la única afectada, otro hijo ha padecido un cáncer mandibular con cuatro operaciones y rechazo de implante óseo). Es derivada por tres especialistas: el médico clínico, el reumatólogo y el odontólogo.

En las entrevistas con la hija y de la confección del genograma familiar surgen datos que requieren la ampliación de la historia de familia comprobando que se repiten situaciones a lo largo del devenir de cuatro generaciones.

Cuando con el consenso de su hija cito a la familia para trabajar juntos, la madre pide una entrevista personal, en la que explica su acuerdo con el trabajo familiar (matrimonio y tres hijos) pero advierte que hay situaciones de su historia personal y la de su marido, que solo ellos conocen y de las cuales ambos han pactado que no han de hablar nunca. (Ambos pertenecieron a la juventud que militó durante la generación del 70 en la Argentina en grupos políticos de la izquierda revolucionaria).

María me avisa que existe un espacio-tiempo donde residen experiencias que no deben ser tocadas, que sus hijos ignoran y que ellos, sus padres han decidido desde antes que nacieran, que quedaran selladas como secreto. Forma parte de un pacto de lealtad conyugal.

Peligro, no cruce la frontera.

La propuesta envolvía al terapeuta en una situación con poco margen de elección: o aceptaba e intentaba trabajar con lo posible; o cancelaba allí toda posibilidad de movilización de aquello que actuaba en el cuerpo de la hija por carencia de proceso simbólico. (Ya había observado en otros casos de problemáticas psicosomáticas sin respuesta a la medicación, que el factor común era la transmisión transgeneracional de experiencias traumáticas, donde el paciente quedaba como rehén de una historia a la que no tenía acceso consciente).

La propuesta implicaba renunciar a un proceso simbólico para acceder a otro.

El objetivo terapéutico se centraba en comprender lo que emergía codificado en el cuerpo de la paciente designada, partiendo de la base de que al abrir ciertos secretos a la consciencia familiar, algo del orden de la repetición, aún con sus transformaciones, se podría revisar sin una alusión necesariamente directa a lo vedado. Por esto decidí respetar su voluntad de silencio mientras ella necesitara sostenerlo pero aclaré que tal vez en algún momento, al trabajar aspectos de la historia familiar, quisiera revisar en un encuadre de pareja esta zona – tiempo que hoy se planteaba vedada.

¿Acaso no sería ésta una repetición de otros vínculos afirmados por medio de pactos?

El proceso terapéutico familiar se cumplió a lo largo de tres años, surgiendo el develamiento de violentas situaciones traumáticas (desaparición y muerte de ancestros varones en la guerra civil española, exilio y violaciones de las mujeres sobrevivientes) transmitidas entre generaciones sin tramitación hasta llegar a la enfermedad física y al riesgo de vida como sucedió con uno de los hijos y que al momento de la consulta sucedía con la hija.

Los hijos de esta cuarta generación (que generan la consulta), pudieron acceder a la historia familiar por medio de las narraciones de sus padres, escuchar, preguntar, relacionar, comprender de qué se habían hecho cargo, y acomodar lo recibido por herencia, en lugares menos incómodos.

Al final del tercer año de trabajar en TFP se dio el alta a la familia. Los objetivos terapéuticos se habían cumplido positivamente y fue ese resultado el que me llevó a volver a pensar y a replantearme el inicio y sus circunstancias. ¿Qué hubiera pasado si en el contexto del trabajo familiar hubieran emergido las partes complejas de la historia a las que aludía la necesidad de los cónyuges de comprometerme en un pacto de silencio solicitado como condición a priori de la posibilidad de trabajo terapéutico?

Me pregunté allí si era tan imperioso para mí ayudar a la hija, como lo era para la madre, aunque ella era quien ponía condiciones para trabajar a pesar de los cuadros orgánicos de sus hijos; pero ¿acaso esa necesidad de abordar un tratamiento no podría haber generado que ante la negativa del profesional a aceptar pactar silencio por hechos ignorados –al menos por parte del terapeuta- llevara a la madre a falsearlos?, y si esto fuera así, ¿no sería otra forma de disimular el silencio mediante un camouflage elegido, pero con un indicador de intolerancia en el vínculo transferencial-contratransferencial?.

¿Puede haber “verdades” que no pueden ser dichas, “verdades” que enfrenten a la persona con aspectos de sí, inadmisibles para uno mismo?...

Rachel Rosenblum⁴, en su trabajo *“Se puede morir de decir? Sarah Kofman, Primo Levi”* escribe : *“Se puede morir porque algunas cosas nunca hayan sido dichas, porque hayan sido ‘mal dichas’ o ‘mal escuchadas’ o ‘mal recibidas’... (pero) la escritura de sí puede también acercarse a las quemaduras de la infancia, desembocar sobre una exposición pública del odio sentido por otras víctimas, reavivar la vergüenza y la culpabilidad...”*

Volviendo al caso clínico:

María me aclara acerca de que tiempo y circunstancias de su vida no va a hablar.

Entiendo que sostiene aún un compromiso, asumido en aquel espacio-tiempo ante un grupo acerca de lo que será **silencio hoy y siempre**. Es la condición que el grupo le pide - a ella y a su novio - para entrar a

formar parte, condición de pertenencia, práctica efectiva de una militancia.

No tendrá respaldo ya que ante situaciones comprometidas se desconocerán las partes, para que unas no arrastren con el compromiso a las otras. María no lo dice pero denota una búsqueda de pertenencia, pagada con compromiso en actos y silencios.

Pienso que esos actos exigidos los enfrentaron con aspectos repudiados o impensados de sí mismos. ¿Hasta qué punto la necesidad de pertenecer lo valía para ellos?. Surge así la idea de una mística. Pero acaso esa mística ¿era diferente entre ese grupo revolucionario y el oponente?. ¿No se trata acaso de una misma violencia? Creo que aquí hay un punto interesante para pensar.

La necesidad de ocultar hechos no proviene del orgullo por una convicción sino de la vergüenza y la culpa por la no diferencia con aquello a lo que combatían.

Relatarlo, admitirlo, los asemejaría con lo que habían detractado hasta entonces, por lo que ***ese decir sería una catástrofe*** evitada por el pacto de silencio sellando entre ellos una recíproca protección. Cualquier ruptura o filtración pondría en riesgo ese saber de sí que ninguno quiere reconocer.

En este sentido María me avisa que hay 'algo' oscuro que no puede ser tocado y entiendo que es terapéutico aceptarlo tal como ellos lo necesitan. Todo lo demás se abre...pero ellos saben que hay una parte que no genera orgullo ni satisfacción a la conciencia sino dolor, el dolor de sentirse parte de lo mismo contra lo que luchaban y una forma de repetición del trauma transgeneracional, jugándose en ellos ambas partes en litigio. Sobrevivían con ello.

Pero su mayor temor era que los hijos accedieran a ese espacio-tiempo traumático de sus vidas.

Este punto se complicó al comprender en el trabajo terapéutico que la transmisión inconsciente igual hacía su labor.

La hija relataba en sesión familiar y dibujaba sus sueños y en ellos aparecían rejas, todos sus sueños estaban enrejados, ¿eran acaso las rejas de cuando su madre estuvo detenida y torturada?, ¿eran las rejas de alguna otra prisión clandestina donde ella no era

precisamente la detenida?... El trabajo de retorno de afectos, encerraban violencias y duelos insoportables de decir y pensar, emergiendo en su contenido inconsciente en el proceso onírico de la hija. La hija soñaba lo que la madre y el padre callaban.

María también calla lo que padeció mientras estuvo presa pero recalca que no habló, como si quisiera destacar las virtudes del silencio. De ese silencio ahora puede hablarle a sus hijos como si éste fuera diferente del silencio no elegido.

El silencio del orgullo difiere del silencio de la vergüenza. Les cuenta a los hijos que por su silencio su marido –entonces novio- *'pudo escapar a tiempo'*. No hablar es no delatar. El silencio por el que ajusta un pacto es una no delación pero en este caso sobre sí misma y la pareja, ¿será esto la base que sostiene y encadena el vínculo?. Hablar sería dar testimonio del horror, pero como parte gestante de ese horror. Se trata de saber si se puede vivir con ello a partir de contarlo, a partir de que otros sepan lo que han sido capaces de hacer, de saberlo sus hijos.

¿Qué soledad arrastraba esta pareja y desde dónde venía esta soledad poblada de muertes, que precisaban una pertenencia manejada con los mismos códigos violentos de aquellos por los que habían padecido sus ancestros en la guerra civil española, los exilios, los lugares desconocidos que reiteraban la hostilidad?, ¿era acaso cuestión de estar en el bando de los más violentos como se accedía finalmente a un espacio de poder? y ¿qué se reivindicaba con ello?

Esa pertenencia a la militancia activa y violenta contribuyó a su identidad en un tramo de sus vidas, pero luego fue la parte que decidieron esconder de todos y hasta de ellos mismos. Estas situaciones se trabajaron a través de equivalentes en escenificaciones y juegos psicodramáticos, incluyendo en las representaciones el material onírico.

Este material revistió una riqueza de asociaciones por las que se pudieron plantear situaciones afectivas similares a aquellas de las que no se habló. Los sueños de la hija penetraron en la cripta de sus padres. Transcurrido un tiempo desde la realización de este proceso terapéutico quiero compartir la experiencia con ustedes y me pregunto:

- Si el hecho de haber aceptado sostener ese silencio fue parte de la ayuda, desde lo tácito, a suavizar la propia mirada sobre sí mismos, restándole persecución interna.
- Si el respetar un pacto de la alianza conyugal ¿no instituyó acaso al terapeuta como una figura de confianza que facilitó la apertura de otras compuertas, las que guardaban secretos ancestrales con probable similitud con las situaciones traumáticas vedadas?.
- El hecho de que tanto terapeutas y padres hayan pertenecido al mismo contexto histórico de la generación joven de argentinos de los años 70 ¿no habrá facilitado la rápida comprensión de las circunstancias y por ello ofrecer un marco continente propicio, o por el contrario habrá funcionado como obstáculo para el abordaje de este tema?

Son preguntas para seguir pensando, si en ciertas circunstancias se debe respetar el silencio tanto como las palabras, ya que ambos son formas de decir acerca de algo sumamente difícil. Ambos son parte de la violencia y parte de su cura. A veces *decir* permite la vida y otras veces *decir* acerca a la muerte.

Lo interesante y complejo para nosotros, terapeutas, es saber diferenciar uno de otro.-

Bibliografía

- Eiguer A. (1998) : *Clinique psychanalytique du couple*, Dunod, Paris. 1998.
- Freud, S. (1913): Totem y Tabú. En *Obras Completas*. Tomo XIII. Pp. 142 a 148. AE. Buenos Aires.1994.
- Granjon, E. (1990): Les voix du silence. *Revue de Psychothérapie Psychanalytique de Groupe*.15. pp 79 – 96.
- Kaës, R. (1989): El pacto denegativo en los conjuntos transubjetivos. En Missenard y col.: *Lo Negativo. Figuras y modalidades*. AE. Buenos Aires. 1991.

Losso, R.; Buceta, C.; Horvat, P.; Leive, S.; Morosini, I.; Packciarz, A.; Schapiro, O. (2008): Violencia de estado y violencia revolucionaria en la Argentina. Transmisión transgeneracional del trauma migratorio. Consecuencias en la clínica. (Presentación al 3º Congreso Internacional de Psicoanálisis de Familia y Pareja. Barcelona. 2008).

Morosini, I. (2008): El cuerpo como escenario de la dramática transubjetiva. En Revista "*Psicoanálisis & Intersubjetividad*" n° 3. (www.intersubjetividad.com.ar) Buenos Aires. 2008.

Nicolò, A. M. (1995): La Folie a deux: hipótesis – modelo de un funcionamiento Interpersonal. Revista "*Psicoanálisis & Intersubjetividad*" n° 1. (www.intersubjetividad.com.ar) Buenos Aires. 2007.

Roseblum, R. (1998): Mourir de dire. *Bulletin de la Société Psychanalytique de Paris*. Août. 1998.

Ruffiot, A. (1981): Le groupe – familia en analyse. L' appareil psychique familial. en *La thérapie familiale psychanalytique du couple*. Dunod. Paris. 1984.

* Lic., Univ. Buenos Aires.

¹ Freud, S (1913): Totem y Tabú. En Obras Completas. T. XIII. Pp. 142 a 148. AE. Bs As. 1994.

² Nicolò, A. M. (1995): La Folie a deux: hipótesis – modelo de un funcionamiento Interpersonal. Revista "*Psicoanálisis & Intersubjetividad*" n° 1. (www.intersubjetividad.com.ar) Buenos Aires. 2007.

³ Con este caso clínico abordo el tema de la transmisión transgeneracional traumática y los cuadros psicósomáticos en un trabajo de mi autoría "*El cuerpo como escenario de la dramática transubjetiva*" el que se retoma en el trabajo presentado en este Congreso por el Equipo de Investigación en Familia y Pareja de la A.P.A. que coordina el Dr. R. Losso y del que formo parte, trabajo que titulamos: "*VIOLENCIA DE ESTADO Y VIOLENCIA REVOLUCIONARIA EN LA ARGENTINA. TRANSMISION TRANSGENERACIONAL DEL TRAUMA MIGRATORIO. CONSECUENCIAS EN LA CLÍNICA*".

⁴ Roseblum, R. (1998): Mourir de dire. *Bulletin de la Société Psychanalytique de Paris*. Août. 1998.

Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia

N° 2008/1 - La violencia en la familia y en la sociedad

PROCESSUS IDENTIFICATOIRES DANS LES CONSTELLATIONS OEDIPIENNES FAMILIALES: UN CAS DE RELATION EXTRACONJUGALE

*THORSTENSEN SONIA * , TOSTA BERLINCK MANUEL ***

Nous présenterons ici l'organisateur oedipien et ses processus identificatoires comme référence principale dans la thérapie d'un couple dont la plainte est celle d'une liaison extraconjugale du mari et le traumatisme qui en découle.

La littérature concernant la psychanalyse du couple et de la famille est marquée, comme cela ne pourrait manquer de l'être, par les préférences théoriques de chaque auteur. Comme le dit Nestor Braunstein dans son livre *Gozo* (2007, p.54), la psychanalyse a connu divers moments et chacun d'entre eux correspondra à une modalité différente de la concevoir ; il en est de même pour sa pratique, la place de l'analyste et le processus de sa formation.

Toutefois, comme la structuration oedipienne est le principal organisateur de la famille, l'oedipe sera toujours présent de manière implicite ou explicite dans l'esprit de l'analyste, quand celui-ci se trouvera en face du groupe familial. L'inverse équivaldrait à admettre qu'on devrait donner le même poids aux interventions de tous les membres de la famille. Le sens commun lui-même nous conduit à penser que la parole d'un père, celle d'une mère et celle de l'un de leurs enfants ne peuvent être reçues de manière identique. Dans la famille, chaque membre parle à partir de la position qu'il occupe et qui lui est assignée à l'intérieur de la structure familiale, autrement dit chaque prise de parole de la famille exprime avant tout une position

d'où l'on parle. Personnellement, je crois que la tâche principale de l'analyste du couple et de la famille est d'identifier la position d'où chacun parle ; en d'autres termes, de rendre conscients les discours des divers Autres qui, ensemble, constituent cette famille.

Selon Freud (1917, p.333, 337) et Lacan (1938, p.45), la famille s'organise à partir de l'oedipe et de ses vicissitudes. Lacan dit que c'est le complexe d'Oedipe qui définit la forme spécifique de la famille humaine et de toutes ses variations.

Pour Eiguer (1983,p.30) « Différemment des groupes informels, la famille a comme premier organisateur l'oedipe et ses transformations. Ce fait constitue justement la particularité de l'organisation familiale, sa raison d'être sociale ». Et (p.20) « C'est l'oedipe de chaque partenaire qui intervient dans le premier organisateur de la vie familiale inconsciente, le choix de l'objet (choix amoureux), et ce sont les objets parentaux intériorisés qui constituent le noyau de l'inconscient familial ». Cette phrase implique que, lorsque j'accueille un couple, je ne suis pas seulement en contact avec le couple d'individus qui est devant moi, mais avec au moins quatre autres, ou même davantage, selon les situations : leurs géniteurs, quelquefois les géniteurs de ces derniers ou d'autres figures ayant joué un rôle parental. L'expression constellations oedipiennes est pour cela très éclairante car il s'agit en effet d'un entrelacement ou d'une imbrication des parcours oedipiens de chaque membre de la famille. Le noyau de l'inconscient familial, pour utiliser le terme d'Eiguer, est donc formé par l'ensemble de ces fantaisies, ou de cette mythologie, qui constitue ce que nous appelons ici organisateur oedipien. Nous savons que la manière dont l'individu résout l'énigme oedipienne marquera toutes les phases de l'évolution de celui-ci et donc aussi son choix amoureux, la construction de sa vie conjugale, et la constitution de l'oedipe chez ses enfants. Il s'agit en fait d'une transmission transgénérationnelle de positionnements dans la famille au moyen de refoulement, sublimation et identification. Chacun de ses nouveaux membres occupera une place, une position qui lui est destinée, à partir de laquelle il opérera, à sa manière. L'oedipe instaurera la différence sexuelle par l'identification avec le géniteur du même sexe et la répression du désir pour le géniteur du sexe opposé. Simultanément, la différence générationnelle s'établira par la détermination de l'ajournement de la possibilité de la réalisation sexuelle génitale. Nous réfléchissons sur la manière dont la famille ou le couple se comporte en face du complexe d'Oedipe – s'ils le répriment, l'éluent ou l'excluent (forclusion) – et

donc également comment ils se comportent par rapport à la différence sexuelle et générationnelle, même si la famille est monoparentale dans les diverses formes que celle-ci présente (abandon, « production indépendante », mort). Dans ces divers cas, il peut ne pas y avoir la figure réelle du père, mais le vide constitué par l'absence de celle-ci aura un sens et provoquera une réaction. Selon Eiger, la famille, de même que l'individu, s'organise selon un mode névrotique, pervers ou psychotique (Eiguer, 1983, p.33) ce qui entraîne des conséquences aussi bien pour le *setting* que pour le choix des concepts théoriques nécessaires à la compréhension de ce *pathos* familial spécifique.

Parler d'organisation oedipienne implique de parler de processus identificatoires. Selon Freud (1921), identification primaire et résolution de l'oedipe sont corrélées. Jean Florence (1994, p.118) parlant de l'importance des indentifications dans la formation du symptôme dit : « Il n'y a pas de symptôme qui ne soit motivé par un roman, c'est-à-dire un ensemble de relations entre des personnages, entre une pluralité de personnages. L'identité névrotique est une identification romanesque ; elle est un mode de pensée inconscient qui modifie le moi. Le moi subit les effets du désir sexuel que représentent les personnes qui agissent dans le roman hystérique. Ce langage situe le moi comme une scène où s'opère une pantomime déterminée ailleurs, sur une Autre scène. Le désir sexuel est l'agent, l'acteur, le sujet actif des scènes qui métamorphosent le moi. Prendre au pied de la lettre le mot identification (Identifizierung) ne va pas manquer d'entraîner de sérieuses conséquences. Le moi vole en éclats, devient malléable et corvéable, soumis à la passion de l'autre, à celle du multiple, de la libido inconsciente, marionnette d'un drame dont il ne peut arriver à deviner les véritables motifs sinon en suivant le jeu des identifications. Celles-ci conduisent à un roman représentatif des pulsions et des défenses inconscientes. Double jeu qu'autorise le romanesque, jeu dramatique étant donné que le désir se met en scène, diffracté en une série de personnages d'emprunt, d'aspects contradictoires ». Ce passage de Florence, décrivant les processus identificatoires complexes et dramatiques qui se produisent dans la formation du symptôme chez l'individu, permet d'augurer la complexité encore plus grande du fonctionnement familial, qui est lui-même, comme nous le verrons, la résultante de l'entrelacement, ou de l'imbrication, des processus identificatoires individuels.

Dans le cas que nous allons maintenant relater, il est possible d'établir un rapport entre la formation des symptômes présentés par le couple et les diverses constellations oedipo – identificatoires concernées. J'ai choisi en effet de vous présenter maintenant quelques séquences de séances qui m'ont semblé fondamentales pour la compréhension de l'entrelacement des symptômes individuels et de ceux du couple. Mes interventions cherchent à interrompre la chaîne répétitive des représentations individuelles sur le lien, ouvrant ainsi un espace à de nouvelles représentations et à de nouvelles dynamiques conjugales.

Le cas

Alberto a 43 ans, Beatriz 42, et ils exercent l'un et l'autre une profession libérale. Ils ont une fille adoptive de 11 ans, Luciana. Beatriz me raconte qu'ils sont venus me consulter parce qu'Alberto a eu une liaison extraconjugale avec une collègue de travail, l'année précédente. Outre qu'il l'a trahie, dit-elle, il lui a menti, car il a nié toutes les évidences que Beatriz avait relevées peu à peu et, finalement, après qu'il avait été pris en flagrant délit avec sa maîtresse, elle « l'avait mis à la porte ». Alberto était resté un mois chez ses parents, quand il s'est aperçu de la « bêtise qu'il avait faite ». Il a immédiatement essayé de la reconquérir. Il est alors revenu à la maison, et Beatriz et lui ont décidé de chercher une aide, condition qu'elle a posée pour qu'ils puissent recommencer à vivre ensemble.

Beatriz, d'un ton accusateur, bien que contenu, rapporte en détail tout ce qui est arrivé : les attitudes de l'ex-maîtresse, les dénégations de son mari, l'isolement affectif où ils se trouvaient, chacun de leur côté ; sa souffrance et celle de leur fille. Elle conte également que leurs rapports l'un avec l'autre se dégradèrent depuis longtemps déjà. Comme femme, elle se sentait moins que rien, il ne s'intéressait plus à elle, la laissait de côté, ne prenait pas en considération ce qu'elle disait. Il lui reprochait en outre de ne pas contribuer suffisamment à l'économie domestique, ce qui l'humiliait beaucoup. Quelquefois, pour des questions d'argent, sa colère éclatait et il lui disait des paroles dures. Beatriz relate encore qu'elle a connu deux fortes dépressions et qu'elle avait eu envie de mourir, qu'elle restait couchée (elle n'a sollicité l'aide de personne) et qu'elle n'est sortie de tout cela qu'à cause de sa fille.

Alberto, qui l'écoute, se recroqueville sur lui-même dans son fauteuil, pâlit. Il a les traits décomposés mais il est d'accord avec ce qu'elle dit, que les choses se sont bien passées de cette manière, qu'il sait qu'il a mal agi, qu'il faut qu'il change, spécialement par rapport à la difficulté qu'il a de communiquer avec elle et avec sa fille. Il ajoute qu'il est déjà en train de changer et qu'il est venu ici disposé à réparer son erreur. Il raconte qu'il lui a été nécessaire d'aller habiter avec ses parents pour s'apercevoir que les rapports qu'ils avaient entre eux étaient mauvais : une mère qui veut tout régenter, y compris son mari, une soeur bien perturbée, et le père retraité qui ne supporte pas de rester à la maison avec les deux femmes et passe de nombreuses heures par jour à travailler comme prestataire de services en sous-traitance. Je lui demande de m'expliquer pourquoi son père ne supporte pas les femmes à la maison. Il explique que sa mère a toujours été dominatrice et que lui-même, quand il était petit, n'écoutait pas ce qu'elle disait, ni les reproches qu'elle lui faisait ; il n'y prêtait aucune attention et vivait dans son monde à lui. Il me raconte un souvenir de son enfance encore très vivant, où il joue avec sa petite auto, caché derrière le sofà de la salle de séjour pour se mettre à l'abri des interventions possibles de sa mère. Celle-ci est, jusqu'à maintenant, fortement hypocondriaque et toujours en quête de médecins et de médicaments. Ils habitaient alors un petit appartement et lui passait la plus grande partie de son temps devant la télévision. Comme il était très bon élève, ils le laissaient tranquille. Maintenant il se rendait compte de la mauvaise qualité des rapports entre ses parents et ne voulait pas de cela pour lui.

Beatriz est une femme d'apparence très jeune, jolie et soignée de sa personne. Il semble que ses parents l'aiment beaucoup, qu'ils lui donnent leur appui. Elle s'identifie à sa mère, celle-ci se présentant comme quelqu'un qui agit « comme il faut ». Elle, comme fille unique, est très consciente de sa fonction, qui est de correspondre aux attentes de ses parents à son égard. De son côté, Alberto, comme il le dit lui-même, semble faire en ce moment un grand effort en direction d'une plus grande complexité émotionnelle. J'émetts une première hypothèse de travail (à mon usage) à savoir que possiblement la mère envahissante a engendré des dissociations importantes dans sa vie psychique, ce qui a produit chez lui isolement, aliénation et pauvreté affective. Je le sens « peu raffiné » émotionnellement. Il ne disposait pas d'un modèle paternel lui permettant de faire face à l'invasion de la mère ; le père s'enfuit de la maison et lui, jeune garçon, se réfugie

dans la télévision et les études. Lacan (1938, p.104) dit : « dans les formes diminuées de l'image paternelle, il y a une déviation de l'énergie de sublimation de la direction créative vers sa réclusion en un idéal quelconque d'intégrité narcissique ». Alberto se réfugie dans l'isolement affectif, développe peu ses habiletés relationnelles et de communication ; plus tard, sa femme dira « il ne me parle pas, il n'écoute pas ce que je lui dis ». A d'autres moments, il s'identifie à la mère envahissante. La femme me dit : « Quand nous nous sommes mariés, il est devenu mon propriétaire ». Alberto, devant les frustrations inhérentes à la relation, oscille entre l'identification au modèle aliéné du père et l'identification à la mère dominatrice et autoritaire. Dans mon travail auprès de ce couple, j'ai dû tenir compte de la problématique pré-oedipienne d'Alberto dans son rapport avec sa mère, qui l'a amené à se retirer dans un isolement affectif pour se protéger contre une éventuelle invasion par les contenus susceptibles de conduire à la folie, qui étaient ceux de sa mère. Dans le transfert qu'il opère sur moi et latéralement sur Beatriz, nous sommes toutes les deux identifiées avec la mère perturbatrice et il se replie sur lui-même, pâlit d'anxiété, car cette fois-ci il ne peut se dérober, comme il l'a toujours fait, comme son père, au risque de perdre son épouse. À la fin des premières séances, il déclare soulagé "J'ai survécu, du moins pour ce qui est d'aujourd'hui ».

Quand je leur demande à quel moment ils sentent que les problèmes ont commencé, ils répondent qu'au début les choses allaient bien, que tous les deux travaillaient beaucoup pour pouvoir acheter l'appartement, lui en particulier ; ils ne pensaient pas à avoir un enfant. C'est alors qu'on décèle chez Beatriz un problème gynécologique et qu'elle commence à suivre un traitement. C'est à ce moment qu'elle apprend l'existence d'un bébé nouveau-né, une petite fille, abandonnée, en attente d'adoption. Elle est très sensibilisée, va voir cette enfant, et ce fut, selon elle, « le coup de foudre ». Quand elle fait part à Alberto de son désir d'adopter le bébé, celui-ci réagit de manière extrêmement négative. L'impasse va durer un mois, elle allant voir l'enfant tous les jours et se renseignant sur la possibilité juridique de l'adoption. Finalement, elle obtient la garde provisoire de l'enfant.

Albert dit que, dès que l'enfant a surgi dans sa vie, Beatriz a été perturbée et, le jour où le bébé est arrivé, il a senti ceci : « le matin, j'ai pris congé de ma femme pour retrouver le soir une mère. Elle n'est jamais redevenue ce qu'elle était avant ». Beatriz raconte que ce n'est

qu'au bout de très longtemps que son mari a fini par accepter le bébé, il disait qu'on ne connaissait pas ses antécédents. Ces propos l'avaient blessée et elle s'était attachée encore davantage à son bébé. « Nous étions toutes les deux contre lui ». Alberto, de son côté, dit : « Je ne pensais pas du tout à avoir un enfant, ma femme était en traitement, c'était quelque chose pour plus tard ». Beatriz ajoute que Luciana régurgitait beaucoup, qu'elle lui faisait passer des nuits blanches, alors que justement elle essayait de maintenir ses activités professionnelles dans la journée et, par ailleurs, elle avait pris pour garder son enfant une femme qui se faisait passer pour la mère de l'enfant, ce qui la mettait dans une colère folle. Et il lui fallait encore faire face à l'attitude de rejet de son mari à l'égard de l'enfant.

En entendant cela, Alberto se fait tout petit, se sent coupable. Il est livide. Il dit « Ça a dû être horrible pour elle ». Je lui dis qu'il lui a fallu de son côté avaler des couleuvres de bonne taille ». « Ah ! oui, vous l'avez bien dit, » répond-il un peu soulagé. Je lui demande à elle si elle sentait combien elle avait peu tenu compte de son désir à lui. Elle me regarde, un peu surprise, répond que l'enfant était très mignonne, qu'elle s'est prise d'affection pour elle immédiatement, que c'était un véritable songe, un « présent du ciel ». Comment aurait-elle pu ne pas la garder ? Je lui demande si c'était qu'elle craignait de ne pas pouvoir avoir d'enfants. Elle me dit que non, que jamais son médecin ne lui a dit qu'elle ne pourrait pas en avoir. Je lui demande à lui pourquoi alors ils n'en ont pas eu. Alberto répond : « Impossible ! On n'arrivait déjà pas à élever une fille, une seule ! Imaginez un peu s'il y en avait eu d'autres ! Payer l'école, les cours d'informatique, d'anglais... Pas question ». J'ajoute « Si une fille vous avait déjà fait perdre votre femme, qu'en aurait-il été si vous en aviez eu plusieurs, n'est-ce pas ? ». Il rit beaucoup.

On perçoit que la relation de Beatriz avec Luciana est beaucoup indifférenciée et, qu'il devait déjà s'être produit au début de ses rapports avec Alberto quelque chose qui ne la satisfaisait pas, sans que toutefois elle en ait eu conscience ; peut-être ce à quoi j'ai donné le nom de « faible raffinement émotionnel » de sa part à lui, et qui, s'ajoutant au lien qu'Alberto avait avec sa mère, reléguait Beatriz à la position de tiers exclu. D'un autre côté, Alberto lui-même dit que, avec l'arrivée du bébé, il a perdu sa femme et qu'il était donc devenu le tiers exclu de ces rapports entre Beatriz et Luciana, une situation à laquelle quelques années plus tard, il a, inconsciemment, voulu donner une réponse à la hauteur en prenant une maîtresse. Il semble bien

que, aussitôt après leur mariage, Alberto ait adopté envers sa femme l'attitude dominatrice de sa mère envers son père, en inversant les rôles. Beatriz essaiera bien de le contenir dans certaines limites mais ce ne sera pas suffisant, pour des motifs que nous verrons plus loin.

Lors de l'une des séances, Beatriz dit mieux comprendre le pourquoi de tout ce qui est arrivé, mais qu'elle n'accepte pas d'avoir été trompée de la sorte ni la manière arrogante dont il l'a traitée ; c'est une chose qu'elle n'arrive pas à lui pardonner, pas plus qu'elle n'arrive à se pardonner à elle-même d'avoir supporté cette situation. Lui se fait tout petit sur sa chaise et change de couleur, elle module le ton de l'accusation pour l'épargner. Je signale cette caractéristique qui est la leur, qu'ils ont le souci de se ménager l'un l'autre dans leur relation. Elle dit qu'elle est furieuse et qu'elle sent qu'elle ne peut pas tout déverser sur lui.

Lors d'une autre séance, elle arrive tout en colère, contant qu'ils étaient allés chez sa belle-mère, que celle-ci avait fait des remarques cruelles sur son compte et qu'Alberto, comme toujours, n'avait pas ouvert la bouche. Elle dit qu'il n'avait rien retenu de ce que nous étions en train de discuter pendant les séances et qu'elle ne voyait aucune solution pour améliorer leurs rapports. Alberto admet que l'attitude de sa mère a été injuste mais qu'il n'a pas eu la présence d'esprit de « mettre des limites ». Il se montre abattu en raison de cette « faiblesse ».

Beatriz met alors à plat toute cette histoire triangulaire ; elle explique que sa belle-mère se posait en propriétaire de son fils et de la maison du couple, et que, sous prétexte d'aider, elle envahissait tout et imposait son propre style. Elle ne cessait de répéter que son « pauvre » fils était obligé de travailler très dur pour assurer la vie du couple « quelle perle, le mari que je t'ai donné » ; une fois, elle lui a dit qu'il n'était pas question qu'elle se mette en tête de faire un enfant tout de suite. Beatriz a senti cette phrase comme une intrusion dans leur vie sexuelle. Quand on le lui demandait, elle (sa belle-mère) s'occupait de sa petite fille mais ne manquait pas de faire remarquer qu'elle leur faisait une grande faveur. Au moment de la crise du couple, elle a dit à son fils que, pour commencer une liaison avec une autre femme, il devait rompre avec la première, comme si elle n'avait aucune considération pour Beatriz. Alberto confirme cet épisode et, au rappel de cette passivité d'Alberto face à sa mère, Beatriz devient de plus en plus furieuse.

Je signale à Alberto qu'il est maintenant en train de prendre conscience de ces aspects de sa relation avec sa mère et qu'il n'aura pas de réponse toute prête à opposer aux invasions de celle-ci, parce que son père ne lui a pas montré comment réagir d'une autre manière. Mettre des limites à sa mère, à la différence de ce qui arrivait dans l'aliénation antérieure, est une habileté qu'il lui faudra désormais acquérir.

Je signale également que nous passons de la situation triangulaire avec la maîtresse à une situation triangulaire avec la mère. Beatriz énumère alors diverses occasions où, leur liaison déjà terminée, l'ex-maîtresse de son mari continuait à lui téléphoner et lui ne lui imposait aucune limite claire, et, la dernière fois, elle lui avait pris des mains le portable et avait dit elle-même son fait à cette femme ; et comment l'attitude qu'elle avait dû prendre l'avait frustrée. Lui se défend « Je me suis aperçu peu à peu que cette femme était complètement folle et j'ai eu peur qu'elle fasse une bêtise ». Moi, plaisantant « Et oui ! dire non à des femmes folles et envahissantes, ce n'est pas sa spécialité ! » Elle, en colère : « Et pourquoi avec moi a-t-il toujours été autoritaire et exigeant ? » Moi, sur le même ton que précédemment : « Il semble que pour vivre ensemble, il avait choisi une femme plus douce, non ? » Je me dis que, probablement, dans son mariage il a trouvé que la meilleure solution était de s'identifier à la mère autoritaire et envahissante plutôt qu'au père, passif face à la mère, mais je n'ai pas trouvé prudent de faire cette interprétation à ce moment-là. Je me suis également demandé pourquoi il avait choisi une maîtresse folle et envahissante ou si c'était seulement parce qu'il était en quête d'une relation fusionnelle exclusive.

Plus tard, à l'anniversaire de sa belle-soeur, Beatriz, bien qu'elle ait encouragé sa fille à accompagner son père, refuse d'y aller elle-même. Elle entend rester à distance de sa belle-mère. Sa mère le lui reproche alors fortement, et elle de son côté impose des limites à sa mère « Ne t'occupe pas de ça, ces choses-là, je les résous moi-même ».

À la séance suivante, Beatriz se dit très angoissée. Elle demande une séance de couple extra, dit qu'elle se sent de plus en plus loin d'Alberto, qu'elle a perdu le goût de se pomponner pour l'attendre et d'être à sa disposition comme elle l'avait toujours été. Les souvenirs de l'époque de la relation extraconjugale la poursuivent, voilà un an que tout cela est arrivé et elle croit qu'elle ne va jamais arriver à surmonter le traumatisme de cet épisode. Au début de notre travail

ensemble elle se sentait plus proche de lui qu'elle ne l'est maintenant. Je lui demande quand elle a commencé à s'éloigner de lui. Elle conte que cet éloignement remonte à l'incident avec sa belle-mère, lors duquel il ne l'a pas défendue et qu'elle n'a aucun espoir qu'il change. Il se montre assez angoissée.

Je sens que la complémentation névrotique des deux est déjà évidente et peut être signalée. Cela signifie qu'elle passera de la condition d'accusatrice à celle d'impliquée dans la situation conjugale dans laquelle ils vivent.

Je lui signale que, comme fille unique, très aimée par ses parents, elle a adopté l'attitude de la bonne fille qui cherche à leur faire plaisir, à correspondre à leurs attentes à son égard, de celle qui fait tout impeccablement comme sa mère le lui a appris, et qui se sent coupable dès qu'elle s'écarte de ce modèle. Elle se met à pleurer et dit qu'Alberto lui fait des reproches à tout propos, rejette sur elle la responsabilité des dépenses du couple alors qu'en fait tout est décidé en commun et qu'elle ne fait qu'exécuter. Et pourtant, quand ils sont à court d'argent, il l'accuse d'être dépensière. Elle se trouvait complètement nulle, se faisait un tas de reproches, oubliait les responsabilités à lui sur cette question. M'adressant alors à lui, je lui dit qu'arrivant à la maison la tête pleine de problèmes de travail il est possible qu'il décharge sur elle sa mauvaise humeur, il a pu se faire qu'elle ait interprété son irritation comme une accusation. Elle crie presque « Mais cela arrive sans arrêt ». Je lui fais remarquer que sa dépression peut avoir été provoquée par cet emmurement où elle se trouve prise entre les auto-exigences qu'elle s'impose, parce que fille des attentes de ses parents, et les accusations dues à la mauvaise humeur d'Alberto, ce qui fait d'elle une coupable au carré. Elle confirme, très révoltée. Il est tout intimidé sur sa chaise et se met à pleurer. Elle, prévenante, lui passe un mouchoir. Il dit : « C'est arrivé souvent. Comme tout cela est difficile, je ne vais jamais comprendre comment ces choses-là fonctionnent ». Je lui dit qu'il est actuellement dans une phase de grandes modifications, qu'il est en train d'apprendre à se familiariser avec une plus grande complexité émotionnelle.

J'ajoute que de la même manière une grande modification est en train de s'opérer en elle, aussi bien quand elle refuse d'aller à l'anniversaire de sa belle-soeur que lorsqu'elle ne laisse pas sa mère lui faire de reproches à ce sujet. Et qu'avant tout, il lui faut veiller à ne plus

donner dans le piège de la femme parfaite, répondant ainsi aux attentes de ses propres parents et reconsidérer sa passivité face aux accusations injustifiées de son mari. Elle dit qu'il y a longtemps qu'elle savait que leur vie de couple ne la satisfaisait pas, mais qu'il n'écoutait pas ses plaintes, qu'elle cherchait à faire des efforts pour que ça marche bien et qu'elle se jugeait coupable de ce qui n'était pas bon.

Je lui dis que c'est peut-être de là qu'a surgi l'envie compulsive de l'adoption, Luciana apparaissant comme le salut pour la carence affective qu'elle vivait dans la relation avec Alberto, le rôle de mère suppléant aux lacunes du mariage. De même que, dans le passé, l'arrivée de Luciana était venue combler un vide, l'insatisfaction à elle, la relation extraconjugale était venue, quelques années après, combler un autre vide : les insatisfactions à lui, et spécialement son ressentiment devant l'entrée du bébé au milieu de leur couple.

A la session suivante, il commence à se dire très impressionné par ce qu'il a appelé son côté macabre, la manière dont il décharge sur elle ses insatisfactions de toute sorte, spécialement ses insatisfactions professionnelles, sa difficulté à percevoir le côté émotionnel, ce qui le fait passer à côté de ce que Beatriz sentait. Elle en profite pour relater, en colère, qu'il l'avait offert un très beau cabinet de travail et qu'ensuite, quand la situation financière était devenue critique, il s'était mis à l'accuser d'avoir un cabinet bien meilleur que le sien, ce qui l'avait fortement culpabilisée. Beatriz manifeste déjà son ressentiment de manière plus directe et, devant cette attaque, Alberto, comme il l'a toujours fait, s'enfonce dans son fauteuil, livide.

Je sens qu'il me faut équilibrer la situation et je me tourne du côté de Beatriz pour la sonder, sans avoir aucune idée de ce que j'allais rencontrer. Je lui demande comment il pouvait se faire qu'une femme moderne comme elle ait pu se laisser prendre dans un tel engrenage : être accusée injustement, se sentir culpabilisée, rester muette au point de connaître deux dépressions sérieuses. Beatriz hésite, conte quelques faits épars. Subitement, elle se souvient et raconte d'une seule traite, par phrases entrecoupées, que l'aîné des beaux-frères de sa mère avait abusé sexuellement d'elle (sa mère), que celle-ci s'en était plainte à sa propre mère (la grand-mère de Beatriz) et qu'elle se serait entendu dire qu'on ne pouvait rien faire, sans quoi sa soeur serait obligée de se séparer de son mari. Son père, le grand-père de Beatriz, mis au courant, n'avait pas agi davantage. Dans l'enfance et l'adolescence de Beatriz, ce même oncle avait, à plusieurs reprises,

pratiqué sur elle des attouchements. Elle s'en était plainte à sa mère, qui lui avait répondu que ce qui lui arrivait n'était rien auprès de ce qui lui était arrivé à elle-même dans le passé. Du coup, subitement, Beatriz, hors d'elle-même, déclare toute furieuse : « Si un homme s'avise de toucher à ma fille, je lui saute à la gorge et je le tue ». Alberto lui aussi est perturbé et dit qu'il n'avait jamais entendu parler de cette histoire, qu'il ne s'attendait pas à ça. Il pensait qu'elle allait plutôt conter combien elle était bouleversée quand ses parents se querellaient. Une fois il l'avait trouvée, accroupie à même le sol et en pleurs, dans la chambre voisine de celle où ses parents se disputaient.

Tous les deux ont été secoués par tout ce qui a surgi. Je dis que maintenant on peut comprendre pourquoi Béatrice se taisait quand elle se sentait injustement attaquée par Alberto, étant donné que c'est ce qu'elle avait appris auprès de sa mère, que les problèmes à l'intérieur de la famille devaient être passés sous silence pour qu'il n'y ait pas de séparation.

Je commence à mieux comprendre les dépressions de Beatriz, son attitude réservée en face de la trahison de son mari, sa retenue quand elle exprime sa colère et surtout son angoisse dans les dernières séances. Beatriz se trouve, sans en avoir conscience, prisonnière de normes familiales peu explicites et non remises en question, qui se réfèrent à l'attitude de la femme en face de l'homme et sa jouissance. J'utilise à dessein le terme jouissance et non désir parce que c'est de cela qu'il s'agit ici : la jouissance sexuelle non-castrée du beau-frère de la mère, la jouissance agressive des déplacements verbaux du mari de mauvaise humeur (« Mon côté macabre » comme il dit). Beatriz a reçu comme héritage de sa famille une norme inconsciente, à savoir que pour conserver le désir qu'éprouve l'homme pour elle, et donc maintenir la famille unie, la femme doit s'offrir à sa jouissance. C'est le prix à payer. On réprime sa rage pour le bien de la famille et c'est la dépression qui surgit pour la remplacer. Dans le travail thérapeutique, la répression de la colère s'affaiblit et, avant d'avoir pu symboliser la norme, elle dit, furieuse, « si un homme s'avise de toucher à ma fille, je le tue ». Probablement que l'amertume de Beatriz vient surtout du fait qu'Alberto n'est pas capable de sauter à la gorge de ses agresseurs (dans le cas, sa belle-mère) pour la défendre et la sauver de la prison que constitue son héritage familial.

Le concept de transmission psychique transgénérationnelle est fondamental pour comprendre le fonctionnement de la famille aussi

bien que celui de l'individu. Freud l'avait déjà mentionné d'innombrables fois et dans des sens différents (*voir Inglès – Mazzarela, 2006, p.39*). Ce concept est très utilisé aujourd'hui spécialement comme transmission des non-dits, des tabous réprimés par la famille, qui demeurent comme un héritage et qui surgiront comme symptômes, en général à la troisième génération (*voir Inglès – Mazzarela, 2006, p. 110*). Lacan (1938, p.49) affirme clairement que la transmission transgénérationnelle se produit de manière très ample, sous une forme consciente et inconsciente, et entraîne la transmission de complexes, d'imagos, de sentiments et de croyances, ce qui implique que la construction de la subjectivité se produit non seulement à partir d'élaborations intrasubjectives mais aussi du relationnel ou de l'intersubjectif.

Quelques considérations finales

Bien que l'oedipe soit l'organisateur principal de la famille, d'autres organisateurs y sont également impliqués. Dans son travail de 1938, Lacan parle déjà de trois complexes familiaux : les complexes maternel, fraternel et oedipien, qui fonctionnent ensemble, aussi bien dans la constitution de l'individu que dans celle de la famille. Nous dirons toutefois, à la suite de Lacan, que c'« est le complexe d'Oedipe qui définit la forme spécifique de la famille humaine et de toutes ses variations ». Les individus s'unissent, inconsciemment en quête d'une nouvelle rencontre avec les bonnes parties des objets primordiaux auxquels ils ont renoncé dans le passé. Les diverses manières dont ils réagissent aux frustrations inhérentes au brisement de cette illusion constituent le symptôme du couple.

C'est ainsi que, victime d'une illusion fusionnelle, Alberto ne supporte pas que Beatriz s'écarte du rôle de mère idéalisée et inconditionnellement sienne et qu'elle interpose sa fille entre eux deux. D'un autre côté, il ne réussit pas à se rapprocher d'elle affectivement ni à prêter l'oreille à ses plaintes concernant leur relation. En effet, l'isolement affectif qu'il a dû construire entre lui et sa mère l'empêche de se sentir proche de sa femme et de ses besoins. Elle dit "Il ne m'écoute pas". Avoir une maîtresse pour être découvert (dans son propre milieu de travail) est l'expression d'un désir, celui que Beatriz se sente exclu, comme lui-même s'est senti exclu par l'arrivée du bébé. Beatriz, de son côté, rêve d'une relation idyllique, sans les

heurts qui marquent celle de ses parents et, pour cette raison, réprime la colère découlant des frustrations de sa relation, en s'identifiant selon le mode oedipien avec sa mère « surtout pas de vagues » ; elle s'efforce de remplir le rôle de mère « adéquate », conjointement avec une relation « adéquate », au prix de deux dépressions importantes. Quand on réussit à écarter le refoulement qui cachait le réel de l'abus sexuel, elle peut entrer en contact avec sa colère, sortir du rôle de fille du désir de sa mère et agir pour son propre compte. Du même coup, elle cesse de compléter de manière masochiste la jouissance sadique d'Alberto et ses déchargements vindicatifs à son égard. Lui, craignant de la perdre, fait un gros effort pour échapper à son enfermement narcissique, de sorte qu'il puisse mieux la distinguer de lui-même, revoir ses nécessités fusionnelles et accepter de la partager avec sa fille.

Quand le symptôme de l'un des partenaires « s'imbrique » dans le symptôme de l'autre, se forme le symptôme du couple ; le cercle vicieux de la répétition s'installe, rendant impossible la solution créative des problèmes qui surgissent dans la relation. Dans le cas ici rapporté, le démontage de cette imbrication de symptômes se produit par la prise de conscience des intertransferts conjugaux. J'appelle intertransferts conjugaux les transferts réciproques que les partenaires effectuent entre eux, en projetant sur l'autre les affects, les attentes et les conflits originaires oedipiens aussi bien que pré-oedipiens. Le vigueur et la clarté avec lesquelles surgissent ces intertransferts semblent bien confirmer l'importance des vécus primordiaux dans le choix amoureux adult (citation de Eigner à la page 1 de ce texte).

Les symptômes du couple sont donc compris comme un entrelacement de symptômes individuels qui, lorsqu'ils se fixent de manière complémentaire, provoquent la stagnation de la relation, dans un cercle répétitif et sans issue. À mesure que les symptômes individuels et leurs origines antérieures à la relation sont compris par les deux partenaires, peut surgir une complicité affective et s'établir un cercle vertueux dans la relation.

Il est également important de souligner que, lorsque nous parlons d'organisateur oedipien, nous suivons la pensée lacanienne sur l'oedipe structurel (Bleichmar, H.1980, 1^e partie). Nous nous référons donc à une **fonction symbolique** à exercer à l'égard de l'enfant, ce qui lui permettra en quelque sorte, si tout marche bien, de renoncer à son premier objet, une étape dont, tout au long de sa vie, il portera

inévitablement les marques. Nous ne parlons pas de la personne du père en elle-même mais de celui ou de ce qui remplit cette fonction. Ce peut être le père biologique, le beau-père, le père intérieur de la mère, son travail, sa religion. Quelqu'un qui puisse capturer le désir de la mère et qui fasse en sorte qu'elle transmette à son bébé que celui-ci ne la complète pas. C'est cette fonction interdisant la jouissance de la complétude primordiale du bébé avec sa mère que nous appelons fonction du père et qui permet le surgissement du sujet du désir. Il se peut que cette fonction ne soit pas remplie ou le soit seulement partiellement, qu'il y ait ou non présence physique du père.

Dans ce sens, il ne convient pas de dire que le paradigme oedipien établi par Freud, à partir de la famille bourgeoise du XIX e siècle, ne sert pas à comprendre la famille contemporaine, si différente dans sa forme de celle-là. Comme le dit Mezan (2007, p.37), « l'oedipe est l'oedipe : le sujet, l'objet de son désir, la puissance qui l'interdit. Et la figure empirique qui occupe l'une des pointes du triangle ne se réduit pas obligatoirement au père biologique ». Quand donc nous nous référons aux familles contemporaines « alternatives », nous pourrions aussi bien parler d'une famille où s'est produite la structuration oedipienne, qu'elle ait ou non un format différent du format traditionnel, que d'une famille qui a éludé l'oedipe ou l'a exclu (par forclusion), ce qui entraîne des conséquences très importantes pour le mode d'intervention de l'analyste.

Dans le cas présenté ici, j'ai cherché à montrer comment, en donnant la priorité dans notre travail aux transferts réciproques d'un partenaire sur l'autre, s'était mis en marche un processus de changement.

- Traducteur : Jean Briant

Références indiquées

Bleichmar, H. 1980. Introduction al estudio de las perversiones. La teoria del Edipo en Freud y Lacan. Buenos Aires : Ed Nueva Vision.

Braunstein, N. 1990. La jouissance : un concept lacanien. Ed. Point Hors-Ligne. En portugais 2007. Gozo. São Paulo: Editora Escuta

- Eiguer, A. 1983. Um divan pour la famille. Paris. Éditions du Centurion.
En portugais, 1985. Um divã para a família. Porto Alegre: Artes Médicas.
- Florence,J. 1987. Les identifications in Manonni, M. et al Les identifications: confrontations de la clinique et de la théorie de Freud à Lacan. En portugais 1994. As identificações. Rio de Janeiro: Ed Relume Dumará
- Freud, S. 1917. Introductory Lectures on Psycho-Analysis (Lecture 21, vol XVI) Standard Edition. London: The Hogarth Press.
- Freud, S.1921. Group Psychology and the analysis of the Ego. (cap VII, vol XVIII) Standard Edition. London: The Hogarth Press.
- Inglês-Mazzarella, T. 2006. Fazer-se herdeiro: a transmissão psíquica entre gerações. São Paulo: Editora Escuta.
- Mezan,R. 2001 in Levisky,D. Um monge no divã. São Paulo: Casa do Psicólogo
- Lacan, J. 1938. La família. Buenos Aires: Ed Homo Sapiens.(1977)

* Sonia Thorstensen psychologist, psychoanalyst.

Stanford University's Masters Degree (1972).

Clinical work in private practice with couples, families and adults, since 1972.

Working in a second Masters Degree at the Catholic University of São Paulo; my dissertation will be on Family Psychoanalysis.

** sociologist, psychoanalyst, Ph.D. (Cornell University, Ithaca, NY, USA), Professor at the Catholic University of Sao Paulo - PUC-SP, Brazil, director of the Laboratory of Fundamental Psychopathology (PUC-SP,Brazil), president of the University Association for Research in Fundamental Psychopathology, editor of Pulsional Revista de Psicanálise (Pulsional Journal of Psychoanalysis) and of the Revista Latinoamericana de Psicopatologia Fundamental (LatinAmerican Journal of Fundamental Psychopathology), director of the Escuta Press.

Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia

N° 2008/1 - La violencia en la familia y en la sociedad

FREUD Y LA VIOLENCIA

DAVID BENHAIM^{*}

La obra freudiana está atravesada por un análisis denso, rico, riguroso y profundo de la *Kultur* que permite delimitar el fenómeno de la violencia en su esencia. No se necesita hacer un llamado a los filósofos ni a los sociólogos para analizar la relación entre violencia y sociedad o establecer un diagnóstico sobre el estado de civilización que es el nuestro.

De *Totem y Tabú* a *Moisés y la religión monoteísta* pasando por *De la guerra y la muerte*. *Temas de actualidad*, *Psicología de masas y análisis del yo*, *Malestar en la cultura*, *¿Por qué la guerra?*, Freud no cesa de volver sobre la cuestión de la violencia del hombre en su dimensión no sólo social sino cultural y antropológica.

La palabra violencia no forma parte del léxico psicoanalítico. Es un término del lenguaje corriente semánticamente cargado; tiene connotaciones de agresión, de uso abusivo de la fuerza, de violación. En el lenguaje ordinario, la violencia es la fuerza brutal de la cual se hace uso para someter a alguien. Es violenta toda acción que se ejerce sobre alguien en contra de su voluntad para someterle o dominarle. En su respuesta a Einstein, en 1933, quien presentó la relación *indisociable* entre derecho y poder como *un hecho con el cual se debe necesariamente contar*, Freud va hasta escoger utilizar el término de violencia preferentemente al de poder : *¿Estoy autorizado a sustituir la palabra «poder» por «violencia» («Gewalt»), más dura y estridente?* (*¿Por qué la guerra?* p.187-188).

Freud siempre ha afirmado la idea de un antagonismo entre la *Kultur* y la vida pulsional; en sus preocupaciones intelectuales, eso remonta tan lejos como las *Cartas a Fliess*. En un manuscrito del 31 de mayo 1897, le escribió que *el incesto es un hecho antisocial del cual, para existir, la civilización a debido poco a poco renunciar*. Él siempre ha sostenido sin desmentirse que la neurosis es un síntoma de la *Kultur*. En su artículo, *La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna* escribe : *yo destacaría este punto de vista : la neurosis, hasta donde llega y quienquiera que sea el afectado por ella, sabe arruinar el propósito cultural* (p.180).

Si damos una ojeada a sus últimos escritos, podemos constatar que una obra como *Malestar en la cultura* reposa sobre una idea, que el destino del individuo y el de la comunidad son indisociables, que uno actúa a través del otro. Los escritos sobre la guerra no haran sino ilustrar esta idea.

En 1915, en *De la guerra y muerte. Temas de actualidad*, Freud evoca el derrumbamiento de una ilusión, causado por la guerra. La ilusión que se derrumba es la creencia en la idea de progreso en las costumbres, la cortesía, la ética, en suma en la relación entre los hombres.

Interroga los ideales de la cultura desde el punto de vista de la economía psíquica y hablará más tarde de *malestar* reaccionando así frente a la constatación del derrumbe de los ideales del hombre occidental y *del tejido de la comunidad europea*. [...] *La desilusión es infligida por la cultura*, como lo subraya Laurence Kahn (*Faire parler le destin*, p.191). Ese malestar no se apaciguará sino que irá creciendo *hasta realizar una recaída en una barbarie poco menos que prehistórica* (*Moisés y la religión monoteísta*, p.52).

En 1921, en *Psicología de las masas y análisis del yo*, obra precursora a la vez de la investigación de una grupalidad psíquica interna y de la que se constituye como el enfoque psicoanalítico de grupo, Freud afirma que lo social no se disocia de lo individual para constituir un estrato separado del psiquismo. Es constitutivo del psiquismo. La oposición entre la psicología individual y la psicología social es puesta en cuestión : *En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato pero*

enteramente legítimo (Psicología de las masas y análisis del yo, p. 67). La psicología social parte del individuo y se interroga sobre lo que pasa en su psique cuando es sumergida en una masa, qué tipos de fuerzas esta masa va hacer pesar sobre su funcionamiento psíquico, y que modificaciones este será obligado a operar frente a la presión de esas fuerzas (Laval Guy, Bourreaux ordinaires, p.24, mi traducción). Freud desarrolla a la vez una reflexión sobre la naturaleza de la masa, la formación de grupos y sobre el líder. En su análisis de la hipnosis, proporciona algunos elementos esenciales de reflexión. La relación hipnótica es una relación de masa a dos. La estructura de la masa es compleja; la hipnosis retiene un solo elemento que aísla ; el comportamiento del individuo de la masa frente al conductor (p.108-109). Comparando la hipnosis con el estado amoroso, Freud escribe : La misma sumisión humillada, igual obediencia y falta de crítica hacia el hipnotizador como hacia el objeto amado. La misma absorción de la propia iniciativa; no hay duda : el hipnotizador ha ocupado el lugar

del ideal del yo [...] Esta última aseveración retoma la fórmula que resume el estado amoroso : Se ha puesto el objeto en el lugar del ideal del yo. El hipnotizador es el objeto único : no se repara en ningún otro además de él, añade Freud. El vínculo hipnótico es una entrega enamorada irrestricta que excluye toda satisfacción sexual (p.108) Lo que el hipnotizador afirma y demanda es vivido oníricamente por el hipnotizado. Es importante subrayar, primero, que las situaciones de «masa» no se definen tanto por el número de personas que figuran que por el hecho de ser regidas por la función del ideal (Scarfone Dominique, Oublier Freud?, p.173); luego, que las pulsiones sexuales inhibidas llegan a crear vínculos muy duraderos entre los seres humanos en la medida en que no son susceptibles de producir una plena satisfacción, contrariamente a las pulsiones sexuales no inhibidas que a través de la descarga, se apagan después de la satisfacción. Para durar, estas últimas deben estar intrincadas en los componentes inhibidos, es decir, puramente tiernos. Este análisis permite a Freud explicar a la vez el vínculo que une a los individuos en la masa y el que les une al líder ; una masa primaria de esta índole es una multitud de individuos que han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo (Freud, Psicología de las masas, p.109-110). De lo que Freud nos habla aquí, es de la disolución del individuo en la masa, que se producirá en los años de la subida del nazismo, una verdadera masificación del individuo que desaparece como tal a través de esta

identificación con el líder puesto como ideal. Se trata de una masificación totalitaria.

Evocaba yo más arriba la preferencia acordada por Freud en *¿Por qué la guerra?* al término de *violencia* que él sustituye al de poder. ¿Por qué esta sustitución? Pensaría que Freud tiene en mente la *violencia de lo pulsional*: la pulsión ataca desde el interior. Esta violencia es tanto aquella de lo sexual como aquella de la pulsión de agresión o de destrucción que no cesará después de la guerra de 1914 y el giro de 1920, de preocuparle.

Ya en el mito de la horda primitiva dominada por el padre todopoderoso, en *Totem y Tabú*, el incesto, el asesinato y el canibalismo aparecen como los deseos fundamentales que se desprenden de la pulsión. Esta violencia no se ejerce únicamente contra el otro, sino contra sí, si recordamos que *toda cultura debe edificarse sobre una compulsión y una renuncia de lo pulsional* (Freud, el porvenir de una ilusión, pag.7).

No sabría terminar esta rápida evocación de la reflexión de Freud sobre la violencia sin detenerme en una obra clave: *Malestar en la cultura*. En esta obra nos encontramos una misma idea: el vínculo indisoluble entre el individuo y la comunidad, la cuestión de las relaciones del derecho y de la violencia evocados en *¿Por qué la guerra?* concierne principalmente *la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres* (*Malestar en la cultura*, p.88). Se trata de uno de los dos fines que el asigna a la *Kultur*, el otro siendo *la protección del ser humano frente a la naturaleza* (p.88), que presupone la dominación de las fuerzas de esta última. Analizando los rasgos característicos de una cultura, escribe en *Malestar en la cultura*: *Acaso, se pueda empezar consignando que **el elemento cultural está dado con el primer intento de regular estos vínculos sociales**[...] que ellos entablan como vecinos, como dispensadores de ayuda, como objeto sexual de otra persona, como miembros de una familia o de un Estado*(p.93).

El porvenir de una ilusión subrayaba ya que, de esos dos fines, es este último el que provoca la más profunda y la más amarga de las insatisfacciones frente a la lentitud de sus «progresos», mientras que la dominación de la naturaleza sabe de progresos constantes.

En *¿Por qué la guerra?*, Freud afirma, de manera un poco lapidaria, según mi opinión, que la cohesión de la comunidad depende de dos

factores : la coacción de la violencia y los vínculos sentimentales – las identificaciones – entre los miembros del cuerpo comunitario. Añade que si uno de los dos factores falta, el otro puede eventualmente mantener la comunidad. *Psicología de las masas y Malestar en la cultura* establecen un enfoque más claro sobre los mecanismos en juego en el análisis de la constitución de una comunidad.

¿Qué entiende Freud por comunidad? La reunión de una mayoría de seres endebles que se constituyen contra el individuo más fuerte, haciendo prevalecer su violencia contra él. *La convivencia humana sólo se vuelve posible*, escribe, *cuando se aglutina una mayoría más fuerte que los individuos aislados, y cohesionada frente a estos.* (p.93). Esta violencia colectiva de la que la comunidad reivindica el monopolio contra el individuo que querría o podría atacarla, es lo que nosotros llamamos «derecho».

Ahora, el poder de esta comunidad, continúa Freud, *se contrapone, como «derecho», al poder del individuo, que es condenado como «violencia bruta».* Añade : *esta sustitución del poder del individuo por el de la comunidad es el paso cultural decisivo* (p.94). La esencia de esta sustitución consiste en la limitación de las posibilidades de satisfacción de los miembros de la comunidad, mientras que el poder del individuo aislado, en estado natural, es ilimitado.

* * *

Tres artículos desarrollan el tema de esta segunda parte, *Violencia en la sociedad*. El primero de Anna y Roberto Losso nos propone unas reflexiones teóricas, densas y ricas en su contenido. Después de definir la violencia, la sitúan en una perspectiva transgeneracional: las familias crean mitos cuyo objetivo es, como lo subrayan, «historizar» las violencias sufridas. "Condenadas a transmitir" todo aquello que no se puede elaborar, estas familias delegan a las generaciones siguientes una misión: "cumplir demandas imposibles, que son en realidad demandas de los personajes míticos, quedando así ligados a *lealtades invisibles*." Se trata de una transmisión *transpsíquica* que se efectúa a través de los sujetos. Los elementos que se transmiten son elementos brutos, mudos, que no se modifican de una generación a otra. En la medida en que se imponen a la nueva generación como mandato de

cumplir una misión acorde a los mitos familiares, constituyen una violencia familiar transgeneracional que los autores califican como "activa". Nicholas Abraham, Maria Torok, Alberto Eiguer, Yolanda Gampel han puesto de manifiesto estos contenidos y forjado las herramientas conceptuales que permiten identificarlos y analizarlos. Pero existe otra forma de violencia familiar transgeneracional que Anna y Roberto Losso califican como "pasiva" y que se caracteriza por la *ausencia de modelos*. Ponen de manifiesto una calidad de transmisión que uno de ellos ha denominado *trófica* y que se origina en el grupo familiar como transmisión intergeneracional. Se trata de una transmisión estructurante. Un rasgo esencial de la sociedad contemporánea, según los autores, sería *un déficit de la transmisión trófica*. Un ejemplo asombroso esta constituido por la cultura de lo instantáneo, de lo perecedero, de lo efímero que hace que la *imitación* prevalezca como modelo sobre la *identificación*. Todo esto nos enfrenta a *una crisis de la transmisión*. Retoman luego conceptos como *estado de excepción* del filósofo italiano Giorgio Agamben, *garantes metasociales* de Touraine, *individuo productor o consumidor* de Judith Revel y Toni Negri para analizar la violencia social y poner de relieve el carácter complejo y difícil de los procesos de subjetivación en nuestra sociedad globalizada. ¿Qué ocurre cuando no se logra "historizar"? *los contenidos escindidos y no pensados*, escriben los autores, *pueden quedar como marcas corporales, a las que hemos llamado **reminiscencias corporales**, lo que hará que la violencia traumática sufrida y no elaborada por otras generaciones se manifieste a través de afecciones psicósomáticas*. Sin desarrollar lo que los autores entienden por *reminiscencias corporales*, subrayaré la noción de *inconsciente corporal* y la idea que los afectos transmitidos por vía transpsíquica pueden quedar como *registros en el cuerpo*. En esos casos, ya no hay memoria mental sino corporal; la experiencia es *actuada* en el cuerpo como dice Gaddini. El artículo termina con la narración del caso de la familia C. que viene a ilustrar toda esta reflexión sobre la violencia.

El segundo, *Sociedad sin límites: familias y sujetos en estado límite* de Graciela Consoli, Susana Guerchicoff, Ezequiel Jaroslavsky, Irma Morosini, Maria Gabriela Ruiz nos ofrece el retrato de una sociedad desvinculada donde individuos y familias quedan aquejados por males que parecen consumirlos. Para caracterizarlos, los autores recurren al sociólogo Bauman y a su concepto de liquidez: vivimos en tiempos «liquidos». Esto contrasta con lo que Bowlby llamó figuras de *apego*,

aquellas que pueden traernos *estabilidad y confianza con su constancia*. Esta es la paradoja sobre la cual los autores fundan su reflexión. Lo que emerge de un punto de vista patológico es: la patología de los bordes, los estados límites *que son uno de los grandes desafíos de la clínica de la actualidad*. Los autores sitúan su reflexión en una perspectiva vincular y transgeneracional. Este tipo de paciente perturba al analista con sus síntomas y sus demandas. Fragilidad de las redes vinculares, *déficit de simbolización, facilidad de sus actuaciones* caracterizan igualmente a los miembros de la familia. A partir de la experiencia vincular, ponen de relieve síntomas como la regresión del funcionamiento psíquico o la dificultad a diferenciarse, resultado del incremento de procesos transubjetivos. Estas consideraciones recortan el análisis freudiano del fenómeno de las masas y del individuo sumergido en ellas. A esto podemos añadir la cuestión de las alianzas inconscientes en su vertiente patológica tal y como las analiza Kaës. *La patología de déficit en la constitución psíquica y en el narcisismo*, escriben los autores, *del cual los estados límites son un ejemplo paradigmático, son proclives a generar procesos desubjetivantes*. Esto les lleva a analizar el proceso de subjetivación que consiste en devenir sujeto singular, pero sin olvidar que el sujeto está sujetado en los vínculos que le sostienen y en los que se inserta. Sigue luego un fino análisis del surgimiento de la violencia cuando la identidad se siente amenazada. Terminaré con dos citas con respecto a nuestro tiempo que me parecen traducir una realidad con la que nos enfrentamos a menudo en nuestro trabajo con los pacientes y que refleja el trabajo "contra la corriente" que efectuamos en nuestros consultorios: *El riesgo de nuestro tiempo es que ofrece una inmediatez en el resultado placentero que puede paralizar los proyectos con tiempos mediatos. Esa es la mayor violencia*. La segunda: *Enfrentamos entonces la paradoja de contar con un gran espacio de libertad dado por la amplitud de ofertas del mercado, pero con un paralelo empobrecimiento del mundo interno, del pensamiento, del aprendizaje por la experiencia, dificultando el discernir entre la heterogeneidad compleja de una realidad que ostenta confusión por ausencia de marcas identificatorias*.

No voy a resumir ni analizar el tercer artículo que lleva como título: *La bomba que me hizo estallar continua haciendo estallar a mi familia* de Hanni Shalvi Mann. Eso me llevaría a escribir un nuevo artículo como comentario, al estilo de los comentarios talmúdicos. Voy solo a retomar algunas de las ideas que quedaron en mi mente después de

su lectura. Podemos situar este artículo en la misma perspectiva vincular y transgeneracional que los anteriores. Su trasfondo es el de los múltiples ataques terroristas de los que son víctimas los civiles israelianos, niños como adultos. El título es una frase que se le puede atribuir al muerto como si en una fantasía pudiésemos imaginarle espectador de lo que va ocurriendo después de su muerte. En las primeras líneas, la autora define claramente el tema de su artículo: el estudio de los procesos inconscientes únicos que se producen en las familias y en las parejas que han experimentado la pérdida a continuación de un ataque terrorista. Insiste sobre el carácter *único* de esos procesos inconscientes. ¿Cuáles son esos procesos y qué tienen de único? Durante muchos años trabajó con familias víctimas de esos ataques, lo que la llevó a la conclusión que *la agresión/agresividad tanto manifiesta como latente constituye el componente emotivo principal* que pone en peligro a los miembros de la familia en cuanto individuos y a la familia - como unidad familiar - en la medida en que hay un cúmulo continuo de energía destructiva en nuevos, diversos y diferentes *patterns* emocionales. Retoma la explicación de Freud de 1920, recordándonos que este último considera la agresión como una tentativa del sujeto para controlar la situación traumática, transformando el rol pasivo en rol activo: la agresión es, por consiguiente, la respuesta al trauma. El psicoanálisis considera que el impacto de los acontecimientos traumáticos en la psiquis sólo pueden ser tratados a través de la elaboración de un conocimiento más profundo de su significado singular para el individuo, lo que permitirá su integración en el consciente. *El trauma*, nos dice la autora, *afecta y trastorna el núcleo de la identidad individual, y puede dañar la capacidad de simbolización del individuo. Puesto que el sobreviviente no podrá jamás restaurar el estado pre-traumático, el duelo hace parte del proceso terapéutico, a lo que se añade el duelo del miembro querido de la familia. La necesidad de enfrentar el alcance de la destructividad humana hace que la tarea de la terapia sea muy difícil.* La bomba, de artefacto material, se convierte una vez que ha estallado, en bomba metafórica, en «bola de fuego» cuya energía destructiva y mortal busca hospedarse en un miembro de la familia que será su contenedor.

Contener una agresividad excesiva significa poner en peligro el equilibrio intra-psíquico y vincular, por consiguiente, es como si los miembros de la familia “jugasen” a deshacerse de la “bola de fuego”, lanzandosela el uno al otro. Ser el contenedor es algo insoportable.

Más se intensifica la agresividad y más se corre el riesgo de romper las organizaciones defensivas primarias, lo que puede causar reacciones patológicas tales como una descompensación psicótica, un suicidio, un divorcio mismo en las familias que nunca sufrieron trastornos emocionales.

El resto del artículo determina lo que constituye el proceso terapéutico con esas familias y las etapas que se deben seguir. Sigue luego la exposición del caso que permite ilustrar las elaboraciones teóricas expuestas anteriormente.

Bibliografía

FREUD S.(1908 [1992]), *La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna* in *Obras completas* (1906-1908), tomo IX, Amorrortu editores.

Freud S. (1915 [1992]), *De la guerra y muerte. Temas de actualidad* in *Obras completas* (1914-1916) , tomo XIV, Amorrortu editores.

Freud S. (1921 [1992]), *Psicología de las masas y análisis del yo*, in *Obras completas* (1920-1922), tomo XVIII, Amorrortu editores.

Freud S. (1927 [1992]), *El povernir de una ilusión* in *Obras completas* (1927-1930), tomo XXI, Amorrortu editores.

Freud S. (1929 [1992]), *El malestar en la cultura* in *Obras completas* (1927-1930), tomo XXI, Amorrortu editores.

Freud S. (1933 (1992)), *¿Por què la guerra ?* in *Obras completas* (1932-1936), tomo XXII, Amorrortu editores.

Freud S. (1939 [1992]), *Moisés y la religión monoteísta* in *Obras completas* (1937-1939), tomo XXIII, Amorrortu editores.

Kahn L. (2005), *Faire parler le destin*, Paris, Klincksieck.

Laval Guy (2002), *Bourreaux ordinaires, Psychanalyse du meurtre totalitaire*, Paris, Épîtres, P.U.F.

Scarfone Dominique (1999), *Oublier Freud?*, Montréal, Les Éditions du Boréal.

* David Benhaïm - 900 Rockland App 309 - Outremont, Québec,
H2V3A2 Canada

Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia

N° 2008/1 - La violencia en la familia y en la sociedad

VIOLENCIA DE ESTADO Y VIOLENCIA REVOLUCIONARIA EN LA ARGENTINA. TRANSMISION TRANSGENERACIONAL DEL TRAUMA MIGRATORIO. CONSECUENCIAS EN LA CLÍNICA.

*ROBERTO LOSSO, CRISTINA BUCETA, PEDRO HORVAT,
SUSANA LEIVE DE BONFIGLIO, IRMA MOROSINI, ANA
PACKCIARZ DE LOSSO, OLGA SCHAPIRO**

Introducción

Gran parte de las migraciones se producen a partir de situaciones traumáticas en que la sociedad se vuelve expulsiva por motivos religiosos, económicos y/o políticos y la tierra madre se torna hostil. Este es el caso de la mayor parte de las familias que emigraron desde Europa a la Argentina a fines del siglo XIX y principios del XX.

En la Argentina, podemos distinguir dos grandes corrientes inmigratorias: la primera, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, más relacionada con la necesidad de salir de la pobreza. La segunda, signada por las dos guerras mundiales y la guerra civil española, que implicaron la existencia de un trauma diferente, lo que hizo que, entre otras cosas, muchas veces estos inmigrantes no pudieran hablar de su experiencia. Los primeros, al poder contar su historia y hablar de sus orígenes, pudieron hacer el duelo de la tierra de la que provenían.

Los segundos, dada la calidad de la situación traumática vivida, tendieron a no hablar, a reprimir lo traumático, y muchas veces, a actuarlo.

Esta primera generación traumatizada, hizo en general grandes esfuerzos para adaptarse, siendo la segunda generación la que habría de constituir la mayor parte de la clase media argentina. La tercera generación protagonizó los hechos de los años '70 con sus características de violencia, incluso armada (violencia de Estado y violencia revolucionaria).

Una forma de procesar hechos y situaciones vividas, es la de volver la mirada para reflexionar sobre ellos un prolongado tiempo después de que éstos hayan ocurrido.

Nosotros, los autores de este trabajo, pertenecemos a la generación que fue la juventud de los años 70 y también somos los hijos y nietos de aquellos padres y abuelos inmigrantes, que llegaron con sus valijas llenas de sueños pero con sus corazones desolados. Entre ambos polos de tiempo y situación, quienes recorrían el camino tenían que construir una nueva identidad, trabajo regido por el apremio real por alcanzar una rápida adaptación al nuevo contexto.

De esas historias de familias separadas, de tierras y tradiciones que sólo van a ocupar espacios de relatos entre padres e hijos, canciones de cuna cantadas en otro idioma, algunas pocas fotos ajadas traídas como soporte en el peregrinaje, darán cuenta de esa otra realidad a la que los ancestros renunciaron, y a cobrar el sentido de tanta nostalgia y dolor. Sentimiento que siembra la idea de soledad y que acarrea la rebeldía como un llamado, cuya voz sería difícil de acallar: un llamado de voz inaudible a la vez que ineludible. A esa voz responderían las generaciones siguientes, la de los nietos, la de los afincados, la de los nacidos como argentinos.

La familia de María y Edmundo

A partir del caso de la familia de María y Edmundo, tratamos de establecer una relación entre la violencia que sufrieron las familias migrantes, tanto en el país de origen como en el de adopción, y los fenómenos de violencia en la Argentina en los tiempos de la tercera

generación, además de la aparición, en esas familias, de patologías mentales y orgánicas.

Cuatro generaciones en la familia de María

La historia de María comienza, para nosotros, dos generaciones atrás, con una familia desmembrada por la Guerra Civil Española, donde lucharon y murieron su abuelo materno y sus dos hijos varones. Su madre alcanza a refugiarse junto a su abuela en una cueva, logrando sobrevivir. Al terminar la guerra, ambas consiguen viajar a Chile, dejando atrás los restos insepultos de sus seres queridos.

En Chile trabajan ambas como domésticas, en la misma casa y con el mismo patrón. La madre de María, que entonces tenía 16 años, es llevada a servirlos a una finca en el Sur del país. Allí, el patrón la viola repetidas veces en el sótano de la casa, amordazándola para sofocar sus gritos. Como resultado de ello queda embarazada y es despedida del trabajo. En el camino de regreso a Santiago para encontrarse con su madre, aborta espontáneamente.

Las dos mujeres se reencuentran y tiempo después viajan a la Argentina.

Comienza allí una etapa más tranquila. La joven se casa y tiene a su vez dos hijas. Una de ellas es María, en la que centramos parte de nuestro relato.

Cuatro generaciones en la familia de Edmundo

Los abuelos de Edmundo, también españoles, vinieron antes a la Argentina. Trabajaron como agricultores y tuvieron diez hijos.

En la secuencia de estos diez hijos, le siguen al mayor, Juan, dos hermanos gemelos, que partirán a luchar a España, al declararse la Guerra Civil, a pesar de la oposición familiar. Ambos mueren allí. Se repiten los cuerpos no enterrados de hijos que se pierden. Uno de los gemelos se llamaba Edmundo, nombre *que* se repetirá en las generaciones siguientes.

Juan siempre se sentiría culpable porque él, siendo el mayor, no había podido retener a sus hermanos y evitar su muerte.

Se casa, y tiene seis hijos. Al mayor de ellos lo llama Edmundo en memoria de su hermano muerto, pero éste muere a su vez a poco de nacer. Con el segundo hijo repite el nombre y es el Edmundo que hoy conocimos, casado con María. Edmundo carga pues con el nombre de los muertos de dos generaciones.

La pareja de María y Edmundo

María y Edmundo se conocen en la Facultad como activistas políticos militando ambos –en los 70- en un grupo de izquierda. María es detenida, y torturada. Pasa largo tiempo con los ojos vendados, soportando el sufrimiento sin delatar a sus compañeros, entre ellos a Edmundo, quien, gracias a su silencio, puede escapar.

Pasado un tiempo, a ella la liberan, según su relato, *“por una crisis de asma... para que no me les muera ahí”*.

María y Edmundo se casan y tienen tres hijos. Estos hijos (cuarta generación), padecen hoy serios trastornos psicosomáticos, motivo del inicio de las consultas. José padeció de un tumor mandibular a raíz del cual fue operado en cuatro ocasiones, y finalmente, a causa de una grave infección se le debió extraer el trasplante óseo que se le había efectuado. Mimi padecía de un dolor pertinaz en la articulación témporo-maxilar con deterioro de la densidad ósea y un principio de artrosis en dicha articulación. Padecía asimismo fobias diversas, no deseaba separarse de la madre, y en la escuela secundaria, “no soportaba permanecer en la clase de historia” (era historia de Europa): se sentía mal y pedía retirarse de la clase.

Transmisión transgeneracional del trauma y violencia social

Nos planteamos la hipótesis de una vinculación entre las situaciones traumáticas de las generaciones que migraron a la Argentina y el fenómeno social de violencia que se vivió allí en los años 70.

Consideramos que la generación de los '70 puede haber llevado a un plano de lucha aquello que había quedado escindido, encapsulado en la memoria en relación con el suceso real traumático y la movilización de afectos unidos a él y transmitidos por los antepasados inmigrantes, sometidos y denigrados, donde se pone en evidencia la potencia que éstos adquieren al pasar de la fantasía inconsciente al acto.

En ese sentido, pensamos que, además de la transmisión transgeneracional de las situaciones traumáticas, ha existido una transmisión colectiva del trauma en los grupos sociales. Se trata entonces, de una transmisión que trasciende la que se efectúa en el interior de los grupos familiares.

Dos circunstancias hacen particular este tipo de trauma: la aparición de lo siniestro y la absoluta indefensión de las víctimas, que trae como consecuencia la total incapacidad del yo de organizar las defensas. La combinación de estos factores deviene en una vivencia catastrófica.

En los casos que comentamos la situación de violencia sufrida por la primera generación no se produjo por catástrofes naturales o sucesos accidentales, sino por la acción concreta de grupos humanos con características particulares organizados para la acción violenta. Esto produce a la vez la internalización de otro real, a la vez semejante y persecutorio.

El rol del Estado

Nos preguntamos cuál es el lugar que el Estado tiene en el psiquismo del individuo y de la familia. El Estado tiene muchas veces (o debería tener) un rol coherente con su papel de sostén de la Ley, y como tal el significado, en el psiquismo de los individuos, de representante de una instancia cuidadora, una suerte de superyó benigno. En los casos que estudiamos, consideramos que, en la primera generación -y en algunos, como el que presentamos, también en la segunda- el Estado no protege, sino que persigue y mata, y en la tercera será nuevamente traumatizante y perseguidor.

Los analistas y la violencia transgeneracional

Nosotros, los terapeutas, también formamos parte de esta sociedad y cultura y de algún modo estamos incluidos en esta situación traumática: somos en gran parte hijos o nietos de inmigrantes que sufrieron traumas en sus países de origen, sufrieron también por emigrar o quedaron como cuerpos insepultos, vale decir que desde nuestro lugar y función de terapeutas compartimos buena parte de lo mismo que les pasaba a los pacientes. Asimismo vivimos y sufrimos las situaciones de violencia de los 70 en la Argentina y estamos también atravesados por los valores de la época. Lo mismo que nuestros pacientes somos receptáculos de la transmisión colectiva del trauma a nivel social.

El hecho de haber vivido experiencias más o menos comunes nos puede ayudar a funcionar como esas "otras voces", la polifonía de voces a la que se refiere Kaës como indispensable para la elaboración de esas situaciones, lo que nos puede permitir continuar con la búsqueda de sentido, de un "sentido perdido" al decir de P.Aulagnier. Un intento de evitar que donde faltan palabras surjan amenazantes los actos en el cuerpo o en la realidad.

Nos preguntamos por otra parte hasta dónde esta inclusión en la problemática puede transformarse en un obstáculo para la cura, es decir para lograr la historización. Intentamos reconstruir el pasado desde nuestros propios interrogantes del presente, pero allí también podemos vernos atravesados por nuestras propias resistencias. En efecto, puede suceder que a veces no podamos, si la función de nuestro preconciente está también atacada y paralizada, -como sucede en las situaciones traumáticas-, lo mismo que la de nuestros pacientes, funcionar como esas voces. Debemos estar atentos hacia esos "puntos ciegos. Es bueno saberlo y seguir adelante: esta es nuestra meta. Entonces, nosotros, sus terapeutas y coterráneos de espacio y tiempo podemos desde allí, ampliar la función de ser sus "porta – palabras".

Bibliografía

- ALTOUNIAN J. (2005): *L'intraduisible / Deuil, mémoire, transmission*, Paris, Dunod..
- BAR DE JONES, G. (2001): La migración como quiebre vital. En: *Teoría y clínica de los vínculos*. II Congreso Argentino de Psicoanálisis de Familia y Pareja. vol. 1 . p. 473
- EIGUER A. (2006): Mécanismes compensatoires face au déracinement: fonction du transgénérationnel. En. Eiguer, A. et al. *La part des ancêtres*. Paris, Dunod, pp. 135-147.
- GRIMBERG L., GRIMBERG R. (1984): *Psicoanálisis de la migración y el exilio*. Madrid, Alianza Editorial.
- KAËS R (2002): Polifonía del relato y trabajo de la intersubjetividad en la elaboración de la experiencia traumática. Conferencia dictada en la AAPPG, Buenos Aires.
- KORDON D., EDELMAN L. (2002): Impacto psíquico y transmisión inter y transgeneracional en situaciones traumáticas de origen social. En: AA. VV: *Paisajes del dolor, senderos de esperanza. salud mental y derechos humanos en el cono sur*. Buenos Aires, Polemos, pp.109-128
- LOSSO R. (2001): *Psicoanálisis de la familia. Recorridos teórico-técnicos*. Buenos Aires, Lumen. trad. it. *Psicoanalisi della famiglia. Percorsi teorico-tecnici*. Milano, Franco Angeli
- LOSSO R. (2006): Intrapsychic, Interpsychic and Transpsychic Communication. En; *New Paradigms for treating relationships*; (ed. Scharff, J. S. and Scharff, D.)- Lanham, MD, Janson Aronson, pp. 33-42
- LOSSO R., PACKCIARZ LOSSO, A. (2005): Lo intrapsíquico, lo interpsíquico y lo transpsíquico en psicoanálisis de parejas. *Revista de Psicoanálisis*, 42, 4, pp. 937-950
- LOSSO R., PACKCIARZ LOSSO, A. (2007): Repetición transgeneracional, elaboración transgeneracional. La fantasía inconsciente compartida familiar de elaboración transgeneracional.

Presentado en el panel *"Remembering, Repeating and Working Through in Psychoanalytic Family Therapy"*. 45th. IPA Congress, Berlin. *Revista de Psicoanálisis*, en prensa

LOSSO R., GANDOLFO J., HORVAT P., LEIVE BONFIGLIO S.,
PACKCIARZ LOSSO A. (2005): La migration des enfants:
métamorphose familiale, progressive ou défensive. *Le Divan
Familial*, n. 14, p. 209-218

NICOLUSSI F. (1996): Reflexiones psicoanalíticas sobre la migración.
Rev. de Psicoanálisis, vol. 53, num.1, p.323

* Grupo de Investigación de la Asociación Psicoanalítica Argentina

Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia

N° 2008/1 - La violencia en la familia y en la sociedad

"THE BOMB THAT EXPLODED ME CONTINUES TO BLOW UP MY FAMILY..."

*HANNI MANN – SHALVI**

This paper focuses on the unique unconscious processes that take place in families and couples who experienced loss from terror attacks.

Over the years Israel is exposed to different kinds of terror attacks that target civilian children and adults, in the most unexpected circumstances during everyday life.

Experience has taught me that in such circumstances unique unconscious processes take place.

Freud (1920) used the word "trauma" which means in Greek 'wound', to emphasis how the mind can be wounded by events which overwhelm mental processes by being too sudden or extreme to accommodate and process (1916).

Working for many years with families that experienced loss in terror attack I realize that **latent and overt aggression were the main emotional components** that endangered the family members as individuals and as a family unit by accumulating continuous destructive energy in new, various, and different emotional patterns.

Aggression is a known response to trauma. Freud, (1920) explained it as a person's attempt to control the traumatic situation by turning the

passive role into an active role. Anna Freud (1936) explained it as a defense mechanism of identification with the aggressor.

The psychoanalytic view on trauma identifies that the impact of traumatic events upon the mind can only be treated through achieving a deeper knowledge of the particular meaning of those events for that individual, integrating it into the individual's conscious existence. The trauma touches and disrupts the core of the individual's identity, and may damage the individual's capacity to symbolize. Since the survivor can never be restored to a pre-trauma state, mourning is part of the therapeutic process, in addition to the mourning of the beloved dead family member. The need to face the extent of human destructiveness makes the task of therapy very difficult (Garland, 1998).

The "ball of fire" is uncontrollable in the family

According to Freud a "constancy principle" regulates the distribution of energy within an organism in order to keep the level of stimulation as close to zero as possible (1895:197, 1920:9).

When a bomb explodes and kills a family member, the deadly destructive energy penetrates the family system with its ongoing explosive quality and seeks a suitable container to absorb it, become its "host" and enable the release of its explosive material, 'freeing' the other family members.

Since containing excessive aggression means risking intra-psyche and interpersonal equilibrium the dreadful 'ball of fire' is thrown between the family members in their efforts to push it away. Severely traumatic event stirs up the unresolved pains and conflicts of childhood (Garland, 1998). In the case of terror attacks, it "magnetized" to existing undealt with - unconscious violent forces, hidden in the personality or in the relationships and 'uses' them as anchors.

The intensified aggression breaks former organizations of defenses, and can cause pathologic reactions like psychotic breakdown, suicide, divorce etc, even in families that had not suffered in the past from any emotional pathology. The symptomatic manifestations can be so removed from the origin that it can easily be misinterpreted as not being related to the death that had occurred earlier.

Thus, in addition to the difficult mourning processes, these families have to confront the intensified aggression that is locked-up within their family system, threatening to continue endless explosions from unexpected directions.

The therapeutic process

All the therapeutic functions that are relevant in object relations couple and family therapy can be applied to treatment of families that have experienced violent death of a family member:

- Opening the potential space for exploration
- holding relationships,
- And accepting individual and family projective identifications... feeding them back to the patient (Scharff and Scharff, 2000: 15).

In extreme family trauma the explosive nature of the aggression shapes all of the above emotional processes. If the process is not identified (by the therapist and then in the therapeutic process), therapy is conducted under ongoing threats of explosions from innumerable unexpected sources and directions, preventing the evolvment of a therapeutic safe space.

The therapeutic process demands:

- **Thorough family evaluation** of:
 - The patterns of relationships and how they have changed because of the trauma.
 - The emotional personality structure of the family members in order to identify unresolved repressed conflicts that might allow discharge of the explosive aggression.
 - Tracking the illusive path that the aggressive energy has taken in each family member and in the family dynamics.

- **Identifying vulnerable family members and relationship patterns** that are at risk to become the second-line 'absorbers,' once the first-line 'symptom presenters' will be treated (the 'weak vertebra', a 'scapegoat': etc);
- **Allowing a therapeutic process** that enables working-through of the identified undealt conflicts that put the certain person or relationship at risk;
- **Allowing space for the mourning process**, bearing in mind that the aggressive forces in the family are still striving to be released;
- **Containing the acute violent forces**. This makes it possible for family members to meet their extreme rage and work-it through;
- **Forming new patterns** of relationships and personality dynamics.

Treatment can never take away the pain of the violent death of a loved one. Nor will the family ever return to their past emotional dynamics. But treatment can safeguard the family from a chain-response of continuous intensive crises. And at the same time, allow them to experience a process of growth and development on their way to continuing their life in a new equilibrium.

The Buckle Family

Avi, 68 years old and Hadar 66 years old are the parents of two sons (Eran and Eli), a daughter (Mia) and grandparents of ten grandchildren. They have been married for 40 years in what can be described as a quite "good tense" relationship. Disputes were part of their normal relationship pattern, and centered most of the time on his frequent business travels abroad. Avi's father had left the family when Avi was four. Avi never forgave him but did not talk about it.

Hadar came from a strict patriarchal family. When she was 7 years old her mother was killed by an Arab sniper and she was raised by her father's second wife, whom she did not like. The Buckles appeared to be a mainstream family that led a rich economic, social and family life.

Hadar was the center of the extended family. The children fulfilled the parents' expectations; all were married to 'the right' spouses, held respectable jobs and lead 'decent lives.'

The idyllic picture was shattered when their first born son Eran was killed. "One morning" Hadar told me: "I heard on the news that a suicide bomber exploded himself in a commercial center in Tel-Aviv, I knew immediately that Eran was killed, I called Avi and shouted: let's go to the hospital... I arrived and screamed 'I am Eran's mother, I want to see him, but it was too late.'"

From this moment their lives changed, "the destructive energy" penetrated the family attacking interpersonal relationships and internal equilibrium.

The therapeutic climate was constantly changing because of the burst of new centers of aggression which provoked life-threatening crises in the family. As Scharff and Scharff (1979:170) describe: "in psychoanalytic couple and family therapy by providing the time, space the structure we offer "provision of frame" in which work can go on... the setups need to be adequate and appropriate to the job to be done..."

Thorough family evaluation

a) Patterns of relationship in the nuclear family

A closer look inside the 'perfect family façade' revealed a **passive - aggressive pattern between the parents** which pronounced itself through Hadar's ongoing accusations and Avi's complying, yet never satisfying, reaction pattern.

The mother-child relational pattern was controlled by the **mother's 'victim' position**. The children were always aware 'how not to upset mother' who had endless reasons to be upset. The only **exception was Hadar's relationship with her eldest son Eran**, whom she loved the most and felt that he, and everything he did, was **perfect**. This caused his siblings to feel **jealous** which was reverse to complying behavior by trying to be 'as good as Eran.'

Hadar said: "the minute he was born I looked into his big blue eyes and I knew that he is special. I love all my children but with him it was

always something else..." Only after his death, in one of the individual sessions, the secret origin of this special love started to unfold and with it the multi layers of the family jealousy ...

b) Identifying vulnerable family members and relationship patterns

The most vulnerable family member who was at-risk to absorb the aggressive energy was Hadar who as a young child lost her mother in a similar situation and since then has carried a burden of suppressed unconscious, undealt-with emotional conflicts. Probably her controlling relationship pattern with her family served as a defense against those feelings.

Indeed, shortly after Eran's death Hadar's relationship with her family deteriorated, she 'fired' destructive aggression in all directions. Like 'cards in a row,' aggressive conflicts were exploding among different family members.

- During the individual sessions Hadar told me that she married Avi as a replacement for a relationship with an ex - lover that her father objected to. It became clear that she transmitted her emotions for her ex-lover to her first born child Eran. The blocked love flooded her uncontrollably. The ex-lover heard in the news that her son was killed and called her. The love between them burst forth again. She considered marrying him. This libidinal energy served as a 'pain-killer' for her grief. But the combination of destructive aggression and unacceptable libidinal attraction was too much to handle at the same time.
- The tension between Avi and Hadar became more intense and aggressive.
- Being in a 'symbiotic' relationship with her children Hadar penetrated their individual and married space carrying with her destructive aggression.
- New and old conflicts in the young couples reactivated, especially between the daughter who was identifying with her mother and her husband. They were considering divorce.

- The hidden conflict between Eran's 'two wives': Naomi the widow and Hadar deteriorated to a point where Naomi did not allow Hadar to see her grandchildren anymore.
- The destructive aggression moved to the third generation, making them the next vulnerable candidates. The process was escalating to a point of suicidal thoughts in Eran's eldest son, who, in addition to the loss of his father, lost the connection to his father's family.
- Hadar's aggression which did not fully explode yet, was targeted towards herself and she became weaker, sicker, thinner and angrier almost to a point where her life was in danger.
- Avi's undealt anger towards his disappearing father was reactivated; flooding him and serving at the same time as a distraction from his son's death.
- Eli's anger toward his father who was not there for him throughout his childhood was reactivated. A tense gap opened between them, manifesting itself in sarcastic remarks from Eli toward his father on family occasions and with long periods of detached silence.
- Avi became more and more isolated within his own family and therefore a good candidate to become the next vulnerable distractive – aggression - absorber.
- Avi became involved in Mia's life. Mia's marriage crisis served as diversion from his grief and a solution for his emotional isolation in the family, since he 'was called upon' to help his daughter and could not 'indulge' himself in his own undealt-with emotional crisis.

c) Unfolding, differentiating and working through

It was clear that the whole family was at risk, with the aggressive energy moving from one generation to the other. The next disaster 'was written on the wall.' Since the multiple crises were chain reactions to the terror attack, not all the crises needed to be treated. I choose to treat four centers which I thought would stop the dangerous distractive process:

- Hadar's emotional dynamics;
- Avi's emotional dynamics;
- Hadar and Avi's marriage;
- Mia and Uri's marriage.

Since the suicide threats were situated in the third generation, I felt that stopping the process in the first and second generation would 'free' the grandchildren. In order to allow Hadar to work on her relationship with her ex-lover, I met Hadar and Avi separately and as a couple. I met Mia and Uri in couple therapy. The therapeutic process continued for three years.

Treatment process

- In Hadar's individual psychotherapy she **became aware that her love for her ex-lover was the origin of her special love towards Eran**. Her ex-lover's return into her life made it possible to **confront her genuine feelings**, rather than fantasized feelings, towards him.
- She **re-lived the mourning for her mother including her anger** towards her. This made it easier for her to go through a **separation-individuation process from her mother and from her children** as well.
- Avi **worked on his undealt-with anger** towards his father. A new space opened in him. He could face his emotional difficulty in engaging in meaningful warm relationships with his sons. Consequently his relationship with Eli improved.
- The above processes unchained Hadar and Avi's present relationships from the pull of past unconscious conflicts, and paved the road in couple therapy to be able to discuss old conflicts while allowing for different points of view and emotional needs. Towards the end of therapy, Avi's new intimacy with his son Eli began to raise new tensions in Hadar's and Eli's relationship, pushing them back to their 'good, but sometimes tense' familiar relationship pattern.

- Mia and Uri's couple therapy **was centered on boundaries** at the different levels of family relations.
- **New norms of relationship:** legitimating: emotions, needs and wishes' expressions, and boundaries around personal and shared space started to penetrate the family unit through the family members in therapy.

d) Making space for the mourning process and containing the acute violent forces

During the therapeutic mourning process, the released destructive aggression meshed with their grief, especially with the anger. Bursts of extreme pain, torturous feelings, violent anger, grief and much more flooded the family members shaking them and leaving them helpless to these extreme uncontrollable forces.

In these stages I needed to function as a reliance container who could absorb the extreme intensity, and not be destroyed by it and also to be able to allow feelings to be expressed in words and thus legitimate 'digestible' expressions. Understanding the underlying dynamics helped me to be able to do this. Once the destructive – aggression could be released in the therapeutic safe space, a working-through process became possible. Stage by stage the grip of the explosive energy loosened and the family formed new equilibrium patterns.

Forming new patterns

Hadar decided not to leave her husband and they went back to their "normal-tense" relationship. Boundaries and personal space replaced the symbiotic relationship between Hadar and her children, making it possible for Mia and Uri to build their marriage. For the first time, Hadar permitted herself to tell her children when she was too tired to invite them for the weekend meals and when she did not want to baby-sit for her grandchildren. Hadar now, calmer, made peace with her daughter-in-law and gained healthier relationships with her dead son's children. Her grandchild no longer had suicidal thoughts. With the widow's cooperation Hadar took upon herself the role of telling Eran's children stories about Eran's childhood, a role that gave her a

new constructive status in their family. All the family members formed new patterns of more satisfying relationships.

Towards the end of the therapy the entire family engaged in Eran's memorial project.

Conclusion

Time did not allow for more detailed description of the therapeutic process, nor for detailing aspects of transference and counter-transference which in family and couple therapy is a tool for influencing more directly the several focused transferences and are the major organizers of the therapist's understanding (Scharff and Scharff, 1979).

I have tried to show special aspects of family and couple therapy under extreme trauma. The family, and with them the therapist, faced extreme levels of destructive aggression that expanded, flowed and overwhelmed all the intra-psychoic and inter-relational levels, crossing-over generations and in inner internalized emotional relationships, in its flow to continue to explode.

These conditions create unpredicted strenuous crises. The therapist is required to perform complex therapeutic functions: throughout therapy an ongoing 'diagnostic eye' must be open to individuals and to the family as a unit, including those who are outside the therapeutic circle; with attentiveness to the route that the destructive energy takes once its current hosts were treated, identify the focal points of life risks and intervene. At the same time a safe space for the therapist and the family, which enables undisturbed therapeutic work to take place, needs to be created.

Serving as a container in both functions simultaneously, with the awareness to transference and counter-transference processes places high emotional demand on the therapist, who is required not to fall into an omnipotent stance in order to cope.

Further identification for treatment of the different characteristics of families in extreme trauma needs to be done.

References

FREUD A. (1936). "The Ego and The Mechanisms of Defence". In: The Writing of Anna Freud, Vol. 11. New York: International University Press, 1966.

FREUD S. (1895) "Studies on Hysteria" The Standard edition of the complete Psychological Works of Sigmund Freud. 2: 9 London: Hogarth Press

Freud S. (1920) "Beyond the Pleasure Principle-" The Standard edition of the complete Psychological Works of Sigmund Freud. 18: 9 London: Hogarth Press,

Freud S. (1916) "Introductory Lectures on Psychoanalysis", The Standard edition of the complete Psychological Works of Sigmund Freud. 16: 275 London: Hogarth Press,

Garland C. (1998) [2007]. "Why Psychoanalysis?" In: Understanding Trauma a Psychoanalytical Approach, Second Enlarged Edition. Ed by: Caroline Garland, The Tavistock clinic series. London, New – York: Carnac.

Greenberg J.R., Mitchell S.-A. (2003) Object Relations in Psychoanalytic Theory. Cambridge/Massachusetts/London: Harvard University Press. (First published in 1983).

Scharff S.J., Scharff D. (1987) [1991] Object Relations Family Therapy. Northvale, NJ: Jason Aronson.

Scharff S.J., Scharff D. (2000) New Paradigms for treating Relationships. Lanham, Boulder, New-York, Toronto, Oxford: Jason Aronson

Schneider S. (2005). "The Effect of Trauma on the Conductor of the Group: A Type of Identificatory Countertransference" International Journal of Group Psychotherapy 55: 1

- * Ph.D., [Integrative Psychotherapy Training, Magid Institute, The Hebrew University of Jerusalem.](#)
- [Private Practice: 10 Marcus St. Jerusalem, 92233 - 1 Shtraichman St. Tel – Aviv, 69671](#)
- [Mail: hanni-ms@hotmail.com](mailto:hanni-ms@hotmail.com), hanni@mscc.huji.ac.il

Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia

N° 2008/1 - La violencia en la familia y en la sociedad

SOCIEDAD SIN LÍMITES: FAMILIAS Y SUJETOS EN ESTADO LÍMITE

*GRACIELA CONSOLI, SUSANA GUERCHICOFF, EZEQUIEL JAROSLAVSKY, IRMA MOROSINI, MARÍA GABRIELA RUIZ **

Los tiempos actuales (Lyotard, 1995) (Giddens, 1990) se caracterizan como tiempos del vacío (Lipovetsky, 1996) donde el ritmo vertiginoso dado por el pasar de objeto a objeto de deseo, muestra la falta de sentido del mismo. Así desfilan no sólo por la consulta analítica sino por los escenarios de la vida cotidiana las figuras del niño aburrido o medicado, el adolescente desmotivado, el adulto abrumado, el anciano abandonado, y las familias disgregadas.

Se llamó a esos tiempos: "líquidos" (Bauman) por sus cualidades de fluidez cambiante de una realidad que estando hoy, perdía su sentido mañana.

Pero la gran contradicción o paradoja es que los seres humanos necesitamos desde el inicio de nuestras vidas, figuras de "apego" seguro (Bowlby) que nos aporten estabilidad y confianza con su constancia, con la certeza del afecto que abre ese "espacio al que podemos advenir" (P. Aulagnier).

* Asociación Argentina de Psicoanalistas de Familia y Pareja - A.A.P.F. y P.

La paradoja planteada entre la necesidad afectiva y estable y lo pasajero de los encuentros con constantes re-cambios de parejas, hace que esta seguridad se desdibuje y caigan las certezas primarias confrontadas con la incertidumbre que generan valores, códigos, lenguajes, los que ni bien se acceden a ellos, ya variaron.

Vemos emerger, entonces, los estados límites que son uno de los grandes desafíos de la clínica en la actualidad. Estos pacientes nos convocan y nos perturban como analistas tanto por sus síntomas (adicciones, trastornos de la alimentación, ataques de pánico, depresiones, sentimientos de vacuidad psíquica y pasajes al acto) como también por sus demandas. Al consultarnos nos encontramos con redes vinculares familiares de un alto grado de fragilidad, déficit de simbolización y facilidad para actuaciones diversas; pero esto no sólo sucede con el paciente que es objeto de consulta, sino también con los otros miembros de la familia que sufren y hacen sufrir a los demás integrantes. Y ¿por qué no? a los analistas individuales, a los de familia, a los integrantes de los equipos institucionales.

Sabemos por la experiencia en la clínica individual, pero mucho más en la vincular (a través de la observación en los dispositivos de pareja, familia, grupos, instituciones). que en las personas se pueden producir regresiones en su funcionamiento psíquico, las que determinan dificultades en sus capacidades de diferenciación, discriminación y el pensar respecto de sí mismos (reflectividad) como consecuencia del incremento de procesos transubjetivos que los condicionan y los determinan dando lugar a las formas psicopatológicas del sufrimiento de los vínculos instituidos (Kaës, 1996).

El camino transitado desde el lema del mayo francés de 1968 "prohibido – prohibir" hasta el "todo bien" de nuestros días, muestra senderos de banderas levantadas en pro de ideales que avanzaron hacia una confusión donde se extraviaron las banderas junto con los ideales.

Ya Sigmund Freud en Psicología de las Masas y Análisis del Yo nos enseñó acerca de ciertos procesos que hacían perder a los sujetos su singularidad y su capacidad de pensar. Los fenómenos de masa y su influencia des-diferenciadora en la psiquis de sus integrantes, la hipnosis y la sugestión como así también los fenómenos de la identificación histórica cualifican fenómenos que Freud estudió muy

atinadamente y que ocurren habitualmente con más frecuencia de lo que suponemos.

La influencia que tiene en los sujetos las alianzas inconscientes (los pactos narcisistas y pactos renegativos) en su vertiente patológica, los acoplamientos psíquicos grupales que potencian transmisiones transpsíquicas (el APG a predominio isomórfico) pueden favorecer procesos de desobjetivación y de pérdida de la singularidad de cada uno.

También sabemos que la producción de estos procesos desobjetivantes depende de que los miembros que participan en los vínculos, sean proclives a dichas influencias. Es decir que tengan en la conformación de su aparato psíquico y de su narcisismo, un déficit en el desarrollo de su propia subjetividad y de su capacidad de pensar, significar e historizar y de un pensamiento reflexivo (pensar acerca de sí mismo) presentando fallas en la constitución de su narcisismo primario, con prevalencia de una angustia depresiva (Jean Bergeret, 1974), (Green A., 1980), lo cual los vuelve muy necesitados de un vínculo con funciones anaclíticas de sostén y continencia que es lo que no tuvieron en las condiciones de origen de su constitución psíquica, en sus vínculos primarios familiares.

La confusión es una cualidad que se ha extendido en el ejercicio de la parentalidad, en el ejercicio de la ley familiar, en los lugares de autoridad, respeto, solidez afectiva, compromiso recíproco con reconocimiento. La falta de reconocimiento opera en la intersubjetividad como un ruido que perturba las posibilidades del vínculo resintiéndolo las respectivas posibilidades de subjetivación.

La subjetividad está atravesada por modos de organización familiar cuyos pilares son la diferencia sexual y la diferencia generacional, ya que apuntaladas en ambas, se perfilan las identidades y se ajustan los vínculos.

Las patologías de déficit en la constitución psíquica y en el narcisismo, del cual los estados límites son un ejemplo paradigmático, son proclives a generar procesos desobjetivantes.

Entendemos la subjetivación como el proceso de construcción de la subjetividad. Es el proceso de devenir sujeto singular en la intersubjetividad" (Kaës, 2006). Implica que el Yo disponga de sus procesos secundarios, (las representaciones del preconsciente) que le

permiten poder pensar los pensamientos, posibilitan la historización y los proyectos identificatorios.

El Sujeto, es un sujeto sujetado a los vínculos en los cuales está inserto (familiares, grupales e institucionales etc.) y a las formaciones vinculares (las alianzas inconscientes y el aparato psíquico vincular) y todos dependemos, querámoslo ó no, de los vínculos en los cuales nos sostenemos, nos proveemos y en su origen nos constituimos como individuos.

La sociedad, la cultura y la historia proveen al Yo el contenido mismo de las representaciones a partir de las cuales puede oficiarse el saber de sí y para sí, la temporalidad y la posibilidad de identificarse elaborando un proyecto.

Cuando la identidad se siente amenazada (violencia fundamental, Bergeret) las descargas requieren de formas violentas. Desde esa violencia hay una búsqueda desesperada de apuntalamiento en vínculos con algunos otros considerados semejantes por el sólo hecho de atravesar las mismas condiciones de exclusión. Esta violencia que gesta códigos, produce formas de desubjetivación. La exclusión pone el acento en el estado de estar por fuera del orden social, el expulsado es resultado de una operación social.

Este estado se parece a la angustia catastrófica (Winnicott) que experimenta el ser humano al perder las bases de sustentación dadas por el afecto seguro, la confianza, el reconocimiento y ante la amenaza de pérdida se produce una movilización de recursos extraordinarios para superar los peligros de este arrasamiento.

Si se vuelve a fracasar el camino es el marasmo.

El resquebrajamiento de los "garantes metasociales" (Kaës) conjuntamente con los "garantes metapsíquicos" (Kaës) contribuye a la desubjetivación como forma de violencia silente ya que el hombre, fue visto más como objeto consumidor o productor que como persona. El mercado se dirige a un sujeto que solo tiene derechos de consumidor, y no los derechos y obligaciones conferidos al ciudadano.

Afirma Kaës que la "inestabilidad de los zócalos" produce estos cuadros tan frecuentes debido a la fragilización de las alianzas inconscientes como el *pacto de renuncia* que instala la descarga

inmediata de las pulsiones, entronizando deseos cambiantes y anulando impedimentos pautados por la cultura.

El riesgo de nuestro tiempo es que ofrece una inmediatez en el resultado placentero que puede paralizar los proyectos con tiempos mediatos. Esa es la mayor violencia.

El otro como espejo, límite, lugar de diferenciación y de deseo se opaca. El otro es prescindible.

La modificación de los bordes entre lo interno y externo en la familia y en lo social, corrió a quienes trataban de advenir a un espacio con límites confusos. La incertidumbre ocupó el lugar de ciertas verdades, las que aunque a veces eran certezas impuestas protegían de la inermidad. Enfrentamos entonces la paradoja de contar con un gran espacio de libertad dado por la amplitud de ofertas de mercado, pero con un paralelo empobrecimiento del mundo interno, del pensamiento, del aprendizaje por la experiencia, dificultando el discernir entre la heterogeneidad compleja de una realidad que ostenta confusión por ausencia de marcas identificatorias.

La patología social de la época exhibe problemas de borde, que expresan dificultades para diferenciar el adentro y el afuera, manejando la violencia contra sí y/o contra el mundo.

Cuando atendemos pacientes en estado límite, nos encontramos con la necesidad de visualizar quién es el paciente a diferencia de las familias de organización neurótica.

Trabajar con grupos de familias nos enfrenta cotidianamente con sus problemáticas y con las nuestras, ya que no sólo abordamos la transferencia sino la contratransferencia y la intertransferencia.

La condición básica de trabajo es la de ofrecer un marco suficientemente estable para contener la violencia que emerge bajo diversas formas proponiendo escenificaciones que movilicen las cargas libidinales estancadas.

En las patologías de borde que se manifiestan en familias con trastornos de subjetivación, el funcionamiento es aglutinado – sincrético (Bleger) denegando con la palabra, lo que expresa el cuerpo y/o los actos (desmentida).

Generalmente este modo de relación que circula entre el grupo de familia los lleva a enfrentarse con la violencia de sus cuerpos. 'Ni juntos ni separados' es una forma de luchar por recortarse pero sosteniendo la base común a lo que no acceden por el pensamiento sino por la acción, que es lo que en TFP tratamos de simbolizar para facilitar el despeje. Los choques violentos entre sí intentan desmentir el sufrimiento en el que están embarcados sin alcanzar la representación de ese dolor. -

Bibliografía

- AULAGNIER, P. (1975): *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires. AE.
- BAUDRILLARD, Jean (1998): *Cultura y simulacro*. Barcelona. Kairós.
- BAUMAN, Z. (2005): *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica de España.
- BERGERET, J. (1995): *Freud, la violence et la dépression*, P.U.F. Ed.
- BERNARD M. (1997) *Introducción a la lectura de la obra de René Kaës*
Edición de
la AAPPG, Buenos Aires.
- BLEGER, J. (1967): *Simbiosis y ambigüedad*. Paidós. Buenos Aires.
- BOWLBY, J. (1985): *La separación afectiva*. Barcelona. Paidós.
- CHILAND, C. (1971) : *L'enfant de six ans et son avenir*, PUF, Paris.
- COREA, C.; LEWKOWICZ, I. (2004): *Escuela y Ciudadanía en Pedagogía del aburrido*. Paidós, Buenos Aires.
- DI MARCO, G. ; SCHMUKLER, B. (1997): *Madres y Democratización de la Familia en La Argentina Contemporánea*, Editorial Biblos. Buenos Aires.
- DUSCHATZKY, S. ; COREA, C. (2002): *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el derecho de las instituciones*. Paidós Buenos Aires . 2007

- EIGUER, A. ; GRANJON, E. (1998) : *Thérapie familiale psychanalytique (TFP) :*
Nouvelles indications, variantes techniques. N° 1/Automne 1998.
Revue Le Divan familial. Paris.
- EIGUER, A. (2007): *La parenté déboussolée.* Revue de AIPCF. N° 1
« La famille et ses ancêtres ».
- FREUD, S. (1914): *Introducción al Narcisismo,* Tomo XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- FREUD, S. (1921): *Psicología de las Masas y Análisis del Yo,* Tomo XVIII. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- GIDDENS, ANTHONY (1990): *Consecuencias de la Modernidad.* Alianza Editorial, 1993, España.
- GREEN, A. (1980): *El complejo de la madre muerta,* en *Narcisismo de Vida, Narcisismo de Muerte,* Amorrortu Editores, 1986, Buenos Aires.
- JAROSLAVSKY, E.A. (2006): *Subjetivación ¿Un objetivo Terapéutico del Psicoanálisis?,* presentación en la mesa redonda AEAPG de próxima publicación en *Psicoanálisis Ayer y Hoy,* Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia, Buenos Aires.
- JAROSLAVSKY, E.A. (2007): *La clínica vincular subjetivación – desubjetivación.* Mesa Redonda en la Asociación Argentina de Psicoanalistas de Familia y Pareja, Buenos Aires.
- JAROSLAVSKY, E.A. (2006): *La familia en el siglo XXI, perspectivas psicoanalíticas,* presentación mesa redonda: *La familia en el siglo XXI, perspectivas psicoanalíticas, antropológicas y pediátricas,* en la Asociación Médica Argentina, 11/12/2006, Buenos Aires.
- KAËS, R. (1996): *Sufrimiento y Psicopatología de los vínculos instituidos,* en *Sufrimiento y Psicopatología de los vínculos institucionales,* Paidós, 1998, Bs. As.
- KAËS, R. et al. (2006) : *La matrice groupale de la subjectivation : les alliances inconscientes,* (cap. VI) en *La Subjectivation.* Dunod. 2006, Paris.

- KAËS, R. (2007): *El malestar en el mundo moderno. Los fundamentos de la vida psíquica y el marco metapsíquica del sufrimiento contemporáneo*. Conferencia. A.A.P.P.G. Abril 2007. Buenos Aires.
- LEBEAUX, I. (1986) : *Je, Sujet et Identification. Eléments pour une discussion*. Topique, n° 37, Paris, Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, Tomo XXIII, N° 1, año 2000, Buenos Aires.
- LEWKOWICZ, I. (2004): *Pensar sin Estado, La subjetividad en la era de la fluidez*, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- LIPOVETSKY, G. (1996): *La era del vacío, Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona. Anagrama.
- LYOTARD, Jean-François (1995): *La posmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona. Gedisa.
- QUIROGA, A. (2008): *Entrevista a Ana P. de Quiroga*, de próxima publicación en Revista Psicoanálisis & Intersubjetividad www.psicoanalisisintintersubjetividad.com
- ROUSILLON, R. (2006) : *Pluralité de l'appropriation subjective*, cap. 3, La subjectivation Dunod mayo 2006, Paris.
- TORRADO, S. (2003): *Historia de la Familia en la Argentina Moderna (1870-2000)* Ediciones de la Flor, Buenos Aires.
- VENTRICI, G. (2007): *La clínica vincular Desubjetivación – Subjetivación*, Mesa Redonda en la Asociación Argentina de Psicoanalistas de Familia y Pareja, Buenos Aires. 2007
- WINNICOTT, D. (1965): *El Desarrollo del Trauma en Relación con el Desarrollo del Individuo dentro de la Familia. En Exploraciones Psicoanalíticas I* (1991). Paidós. Buenos Aires 2000.
- WINNICOTT, D.(1971): *Realidad y Juego*. Gedisa. Barcelona 1999.

Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia

N° 2008/1 - La violencia en la familia y en la sociedad

JAITIN R. (2006). *CLINIQUE DE L'INCESTE FRATERNEL*. PARIS: DUNOD.

Rosa JAITIN est psychanalyste, thérapeute de famille et de groupe, et intervient dans de nombreuses institutions comme superviseur et analyste de la pratique clinique. Ajoutons que l'auteur est d'origine Argentine, où elle a exercé comme thérapeute de groupes d'enfants et a enseigné la psychologie de l'Education à l'Université de Buenos Aires : elle a été amenée à réfléchir sur les événements liés à la dictature Argentine, et sur leurs conséquences traumatiques. Si son ouvrage se nourrit donc d'une très riche expérience individuelle, groupale et familiale, il ne se limite pas à une réflexion, certes approfondie sur la théorie et la clinique : il ouvre aussi des perspectives plus larges sur certains modèles de compréhension de phénomènes politiques et sociaux. Le fraternel n'est, en ce sens, pas seulement à comprendre dans son acception de lien familial, mais plus généralement, comme un mode de lien social relationnel dont il est en quelque sorte un prototype.

Le travail de R. JAITIN se présente avec une grande rigueur. L'auteur s'appuie sur sa connaissance et sa pratique de la thérapie familiale psychanalytique à la fois dans l'Ecole Argentine (E. PICHON-RIVIERE) et dans l'Ecole française (selon les propositions mises en place par A. RUFFIOT). Cherchant les points de convergence entre les deux écoles, R. JAITIN, propose le concept d'*appareil psychique fraternel*, (prolongement de l'appareil psychique groupal de R. KAËS, et de l'appareil psychique familial, selon A. RUFFIOT). Cette conceptualisation permet de mettre en lumière les spécificités du

groupe interne fraternel, tel qu'il se tisse et s'articule dans la trame du tissu psychique familial. L'organisation psychique du lien fraternel peut alors devenir vecteur de transmission psychique spécifique au sein du familial, transmission des archives familiales et du discours des ancêtres sur ce que représente le fait d'être frère et sœur dans telle famille.

L'auteur définit ensuite deux aspects des organisateurs du lien fraternel : la catégorie du *spatial* et celle du *temporel*. La catégorie du spatial reprend la notion de l'enveloppe, construite à partir des idéaux familiaux dont la fratrie se fait le porte voix : reprenant identité et représentation idéalisées, les « frères » se tissent un contenant protecteur et différencié générationnellement des parents, prenant en compte par ailleurs le contexte historique et social. La catégorie du temporel se construit à partir de l'expérience des rythmes d'accordage dans les échanges entre les enfants, sur des modes qui évoluent progressivement d'une rencontre corporelle-sensorielle vers une différenciation intégrant passé, présent et futur.

S'intéressant à l'expérience culturelle (au sens de D.W. WINNICOTT), R. JAÏTIN montre que le frère et la sœur, comme objets réels, sont les premiers jouets. Ils placent l'enfant devant la nécessité de renoncer à être objet exclusif de la mère, et à organiser des stratégies qui aident à la différenciation entre objet interne et objet externe, entre réalité psychique et réalité groupale. Cette rencontre n'est évidemment pas exempte de violence, et amène inévitablement la question de la prise de pouvoir, de la rivalité et du choc avec celui qui constitue alors « l'ennemi » ou « l'ami-allié ». C'est en ce sens que le lien fraternel est une ouverture primaire à la dimension politique.

La question de l'inceste fraternel vient prendre place dans l'élaboration théorique comme une potentialité intrinsèque du lien fraternel. L'auteur définit les conditions de dysfonctionnement familial qui en amènent le risque, à savoir une indifférenciation générationnelle, une défaillance de l'enveloppe familiale, et une non reconnaissance du frère comme tiers et de soi-même comme un sujet identifié et référé à une loi organisant l'ensemble familial et social. Si une union sexuelle entre frère et sœur de même génération constitue *un inceste primaire*, il existe aussi *un inceste secondaire* qui serait perpétré dans un groupe dans lequel le lien est symboliquement un lien fraternel (familles recomposées ou enfants placés en institutions). La réflexion de R. JAÏTIN doit rendre les cliniciens sensibles et attentifs à certaines

situations rencontrées dans les institutions, qu'il convient d'aborder avec une extrême prudence : en effet, si la question de la transgression de la loi de l'interdit de l'inceste doit être traitée dans son versant judiciaire en cas de passage à l'acte, il ne faut pas pour autant négliger *la dimension défensive* de modalités de liens « incestuels » pouvant parfois constituer des étayages vitaux pour des groupes familiaux en situation traumatique.

Le grand intérêt de cet ouvrage est qu'il associe étroitement théorie et clinique. Si la théorie est parfois dense, elle s'éclaire dans l'analyse clinique que fait l'auteur dans des protocoles rigoureux qui permettent un travail de réflexion approfondi. La variété des situations présentées (thérapies familiales menées par l'auteur, mais aussi travail institutionnel en foyer pour enfants et adolescents), permet une grande ouverture, d'autant que R. JAITIN met toujours sa clinique à l'épreuve des échanges avec d'autres cliniciens. Il en découle une pensée nerveuse et humaine, qui ne cherche pas à enfermer le sujet dans une théorie, mais au contraire à affiner et ouvrir vers une saisie plus juste, même si elle se complexifie.

Enfin, le thème même de cet ouvrage, le lien fraternel, renvoie chacun de nous à une dimension et des expériences qui font écho, que ce soit dans notre histoire familiale, dans nos histoires institutionnelles, ou dans des vécus plus politiques ou citoyens.

Revista Internacional de Psicoanálisis de Pareja y Familia

N° 2008/1 - La violencia en la familia y en la sociedad

**MANZANO J., PALACIO ESPASA F., ZILKHA N. (1999).
LES SCENARIOS NARCISSIQUES DE LA PARENTALITE.
PARIS: PRESSES UNIVERSITAIRES DE FRANCE.**

“Charlie weeps his mother’s sadness”. Charlie is a five-year-old boy who is lately showing symptoms of maniacal hyperactivity, disturbed relationships, and problems in separating from his mother. His mother believes his difficulties have begun when she lost her grandmother, who had offered her unbounded love and comprehension since childhood, thus compensating the lack of attention she felt was receiving from her parents. A three-session consultation with the presence of parents and their child brings to light the mother’s identification with the lost and idealized object, and her subsequent submission to her son, without ever imposing him any limit. Charlie experiences all the attentions he is given as the realization of his phantasies of incest and parricide, which also emerge through the transference, whereby the therapist becomes the rival that he must attack and destroy.

Daniel’s case is about a very opposite nine-year-old boy with an aggressive behaviour, which can already be described as antisocial. Family counselling reveals how his mother projects on him her very authoritative father, whereas his father experiences him both as his own violent father and the unfairly treated boy that he always felt to be. Therefore, while the parents are thus able to recover their libidinal link with their own father images, the boy identifies himself with the aggressive and omnipotent aspects of these collusive parental projections: he then organizes, as by proxy, an antisocial personality.

These are only two of the several clinical cases analyzed in this book illustrating how often parents, in order to ward off their phantoms, don't just repress their memories, but are led to use projection or projective identification. In the first example, the mother identifies herself with the ideal parents she had wished to have; in the second case, the parents identify themselves with the child who fears to lose his parents' affection. These phantasmatic scenarios are in most instances preconscious, and can therefore be often transformed into a satisfying condition for family members by means of a careful interpretative working-through of transference and countertransference, focused on anaclitical and edipical issues. This is the case for the first clinical illustration, but not always, unfortunately, these techniques are successful. In the second clinical picture, both the parents and the son had a substantially positive pre-transference; nonetheless, the sole work on the projected paternal persecutory imago of the parents on the child proved to be insufficient. An individual psychotherapy is therefore advisable for the boy.

After their previous extensive writings on the subject, Manzano, Palacio Espasa and Zilkha propose in this book further clinical work and theoretic elaboration on therapeutic interventions designed for parents and children, with a specific focus on the area of relationships.

Following Fraiberg's pioneering therapeutic experiments, based on the conceptualization of the *ghosts in the nursery*, Palacio Espasa himself and Cramer developed the technique of short psychotherapy with young children and their mothers. Their elaboration started from the notions of *phantasmatic interaction* and *symptomatic interactive sequence*, a composed structure at the junction between intra-psychic and interacted dynamics. Palacio Espasa and Manzano further extended this approach, even applying it to adolescents.

The subject of parent-child counselling for a large range of ages is developed and theorized throughout this book, on the assumption that there are a few core elements, which can hamper evolution processes at different stages of development. The specific significance of this book is in designing and illustrating a counselling model, which is soundly rooted in a psychoanalytic methodology and conceptualization. Just as in Freud's formulation of psychoanalysis, here we find an "investigation method", a "treatment method" and a very clear and articulated theoretical framework; all this is supported and detailed through exhaustive and convincing clinical examples, which together

offer a complete picture of the range of clinical situations addressed by the proposed theorization.

Narcissism is the key concept in this book, stemming from Freud's definition in 1914, when he stated that parent's love for their children is nothing but their own revived narcissism. Moreover, setting the narcissistic against the anaclytic libidinal object choice, Freud described the different constellations where the individual loves in the other "either what he is, or what he was, what he would like to be, the person that was a part of himself."

Using in their counselling work a shifting perspective from parents' and children's psychic world to the relational field, Manzano, Palacio Espasa, and Zilkha point out that relational configurations similar to those which Freud caught in adults' narcissistic love relationships can be found in different proportions and forms in all parents-children relationships. Specifically, they are speaking of secondary narcissism, viewed as the presence of an object representation of the other who becomes one's own self through the phantoms of introjective and projective identification, which can partially or totally dissolve the boundaries between oneself and the object.

Moving from this assumptions, the Authors define the "narcissistic scenarios in parenthood", which can be identified through a series of elements that are constantly present and detectable. The core mechanism is surely the projection or, more exactly, the projective identification of parents towards their child: what is projected is a self-representation, therefore invested by narcissistic libido, both directly and indirectly - through the image of an inner object with whom an identification was established. The parents' projection towards their child corresponds to their *complementary identification* or counter-identification with another inner representation: the result is a picture always involving a relationship between "self" and "self". Creating this scene is always aimed to realize a fulfilment of a narcissistic nature; other goals can be achieved at the same time, mostly defensive or useful to realize object libidinal satisfactions. These projections and identifications result in the *acted interaction* which, by means of its realistic quality, transforms the scenario in something that goes beyond a pure imaginative essence, and converts it to a symptom allowing masked substitute satisfactions.

Two different dynamic courses can be detected in these interactions. In one case, a scene is “fixed”, with the aim of convincing oneself that it will be unalterable: a father, for example, recognizes his son as the ideal and omnipotent child that he would have liked to be, identifying himself in the ideal father he had always longed for. In the other case, what has been experienced as an unacceptable past is “repeated” in a mended form, which corresponds to one’s own unsatisfied wishes; it occurs, for example, when a parent projects onto his/her child the image of the sad and deserted child he felt he was, and, identifying himself in a parent that does not abandon, retroactively restores his own story and becomes the son that never underwent separation.

Phantoms and unconscious imaginary roles are therefore determinant for parents’ representations of themselves as well as for their behaviour with their children. This process encourages children to develop particular forms of expression, which become part of the specific communication system between them and their parents. Children will respond to the phantasmatic pressures expressed by their parents’ communicative behaviour according both to their drives and defences and to their needs of attachment and holding. Either if a child identifies himself, totally or partially, with the representations projected onto him, or if he projects back or rejects the role his parents gave him, his developmental processes might be disturbed and symptoms might occur.

It should be emphasized that a narcissistic relationships between parents and children always accompanies, in variable proportions, an object relationship where the child is recognized and loved as an individualized subject. When problems arise during early development, the narcissistic relationship becomes overriding and hinders the move to the prevalence of an object relationship. A balance between the different forces can be maintained as long as the child adapts to the projective pressures exerted by his parents and plays the role he has been assigned. Counselling is usually required when the child does not adapt anymore to these projections and manifests his individual needs, which do not match with his parents’ projections, thus upsetting the family balance; however, also the child’s compliance with these projections might drive him to developmental problems as well as to troubled relationships with the external world.

In clinical practice of counselling, different sources are available to outline the narcissistic scenarios and the relational dynamics that are

to be used in interpretative interventions. Among these, specifically important are parents' and, if possible, children's verbal communications, parents' pre-transference towards the therapist, the therapist's counter-reactions, and evidences from the observation of interactive parents-child behaviour.

Clinical illustrations, which take up a very large part of this book, develop on the basis of a conceptual framework that is composed of these key elements:

- parents' predominant projection;
- parents' counteridentification;
- aim of the projection;
- child's reaction to the projection;
- signification/understanding of the symptoms (based on the diagnostic evaluation of child and parents);
- factors that originated the decompensation which led to the consultation;
- parents' pre-transference;
- child's pre-transference;
- therapist's counter-reactions;
- therapist's interventions;
- evolution of the situation.

As far as technique is concerned, Cramer and Palacio Espasa had already stressed (Cramer, 1974; Cramer, Palacio Espasa, 1993) the peculiar sensitivity to therapeutic interventions and the natural availability to change characterizing post-partum period. In this book they demonstrate how a short psychotherapy approach can be applied to counselling for parents and children of all ages, including adolescents. When adolescents are involved, as well as children beyond infancy, the interpretations will be simultaneously addressed to the parents and to the child or adolescent, and they shall consider that the Oedipus conflict will be added the narcissistic scenario. Moreover, fathers are more often included, whereas in the past literature they

were rather marginal characters, due to the fact that the focus was mainly on the mother-child relationship. This counselling methodology is dated back to Winnicott, who introduced a technique of child psychotherapeutic intervention consisting in sporadic sessions instead of regular and methodical ones as in the traditional setting.

The interpretation addressed to the parents in a family setting allows the child to become aware of the suffered conflictual overload resulting from his parents' projections. On the other hand, the direct interpretation to the child in the presence of his parents permits both parts to grasp the conflict they mutually arouse in each other, in a self-feeding vicious circle. A pivotal concept for this model of understanding is the so called "phantasmatic interaction", which Cramer introduced in 1982: it attaches parents' phantoms a fundamental role in the creation of the child's psychic world and in the parents' reaction towards the child's phantoms.

In all cases, the background for the appearance of troubles in parents-child relationship is made of the whole of psychological processes that usually take place in parents at their children's birth. First of all, there is the *developmental mourning* that is the reactivation of the experience of loss of original objects: insofar as it hasn't undergone enough working through, it can show up in the parent-child relationship as a narcissistic scenario. An other widespread process is the *forced re-identification* with the image of one's own parents', which revives conflicts with the sexual images of one's parents, by then repressed since latency and adolescence.

Projective identification or, in other words, the projection of aspects of the parent's self onto the child, is nearly always the projection of an inner object that contains these self-aspects which were projected onto it: this is a normal phantom that performs fundamental functions for development and communication, but it can become pathological for defensive reasons, especially related to separation and object loss anxieties. In such cases, the *intensity* of projection is discriminating, and can be assessed through the degree of aggression, violence and splitting of the parental phantom, the quality of the resulting omnipotent control and fusion, the quantity of Ego lost by the parent due to projection, and the obstacles to communication and awareness: all this is in contrast with the normal projective identification, that is at the service of empathy.

The missing of the status of child that is involved in the shift to the adult condition intensifies as the parents make a request of help, thus fostering a pre-transference towards the analyst; if it is positive, a short therapy is indicated, whereas if it is negative, a short course is not recommended. The importance of pre-transference and of the related countertransference as therapeutic instruments results from the fact that the projections towards the therapist are the same or closely related to those that the parents address towards their children.

One of the key elements in the therapeutic approach presented in this book is the fundamental use of the interpretative tool, as long as the pre-transference is predominantly positive. *Interpretation* is not addressed to the transference from the parent to the therapist, but to the transference from the parent towards the child, thus giving priority to anaclitical projections, and not to the edipic ones (the first one taking over and including edipic images and then generating less resistance). By means of this work, a parent can take back his own projections towards his child and start an intrapsychic working-through of the conflict. The authors suggest to avoid, when possible, to interpret negative transference, which would need a much longer long psychotherapeutic process.

Interpretation is essential in order to establish new preconscious links and to transform both the projections onto the child and the parent's identifications, thus avoiding that repetition mechanism resettle in after ephemeral "transference recoveries". Provided that the therapist has the function of a container of the parents', and possibly the child's, projective identifications, which he modifies through his own *insight* and related psychic activity, interpretation is still necessary in order to project back the modified projections to patients. This helps them reintroject their own inner objects and transformed parts, as well as the therapeutic function that generates understanding and becomes therefore a new inner resource.

The *clinical configurations* of the most typical and frequent narcissistic scenarios can be classified according to the dominant type of projective identification of parents towards their child. Between the two main pictures to be considered, the first one shows a prevalent projection onto the child of the parents' childish images of themselves; in the second one, the dominant projection involves the image of a significant inner object in the parents' past. Projections of infantile

self-images and objects of the past that are experienced as persecutory or very harmed are considered unsuitable to short interventions.

Short interventions are fit when parental projections involve *self-images* experienced as *deprived or abandoned, idealized, or damaged*, or when parents' inner objects are *damaged, idealized*, or marked by *hostile or negative features*. In the most favourable situations, when parental images projected onto the child stand out for their mostly negative features, the parent strives for restoring, through projective identification, a bond with the significant missed object of his past; then the analyst can use this libidic potential to free the child from negative projections. In cases where a short therapeutic approach is not suggested, as when parents project persecutory or very damaged self-images or inner object representations onto the child, we are dealing with projective identifications of a basically expulsive kind: the parent evacuates negative representations either of the child he was or of significant objects experienced as aggressive or damaged by himself. The Authors propose the definition of "dissociated narcissism" when speaking about the mechanism by which parents oppose a strong resistance to acknowledge the basic tie between their actual condition as parents and their past experience as children with their own parents. In that case, parental idealization is massive and entirely unconscious, so that it is very difficult to single out the narcissistic aspects in parents.

In the *theoretical conclusions* developed at the end of the book, the Authors stress the extension that the "anaclytic phantasmal representations" have in parental narcissistic scenarios. In contrast with Freud's formulations, which apparently dropped the notion of a self-preserving drive while introducing the concept of narcissism, the Authors start from Kleinian theory to suggest that libidinal drives, in elaborating the depressive position and the struggle against the death drive, include both aspects of self-preservation and sexual features.

The specific significance of this theoretic elaboration lies therefore in identifying a double phantasmal value, both anaclytical and sexual, in the phantoms that characterize parent-children relationships: therefore, it definitely departs from theories stemming from Bowlby's formulations, which assign a key role to the notion of attachment. Moreover, it emphasizes how anaclytical phantoms often work as a sound preconscious defense to edipical and incestuous phantoms.

The other distinguishing aspect in this book is the wealth of clinical material that is offered as a support to the proposed theories and to illustrate the suggested technique: it results in a very clear and terse exposition, which sometimes might even seem excessive. This, though, might be a risk worth taking when the aim is to generously conveying so many ideas in a clear manner and describing intervention techniques suitable even to other clinical contexts.